

S. WEST

La dama
de
las Flores

El Escocés Errante 3



Contenido

[Portadilla](#)

[Información copiar](#)

[Prefacio. El fin de la paz.](#)

[Capítulo uno. La vida plácida.](#)

[Capítulo dos. La boda MacKenzie.](#)

[Capítulo tres. La verdad siempre duele.](#)

[Capítulo cuatro. La venganza une tanto como la amistad.](#)

[Capítulo cinco. Un reencuentro agridulce.](#)

[Capítulo seis. El corazón de un padre.](#)

[Capítulo siete. La pasión no se olvida.](#)

[Capítulo ocho. Un viaje accidentado.](#)

[Capítulo nueve. Corazones angustiados.](#)

[Capítulo diez. Regreso al hogar.](#)

[Capítulo once. ¿La verdad nos hace libres?](#)

[Capítulo doce. Del amor al odio solo hay un paso.](#)

[Capítulo trece. Un acto de venganza.](#)

[Capítulo catorce. Miedo en el corazón.](#)

[Capítulo quince. La felicidad es de los valientes.](#)

[Capítulo dieciséis. El ritual.](#)

[Epílogo. El futuro.](#)

[Otras novelas DirtyBooks](#)

La dama de las flores

Trilogía El escocés errante 3

Sophie West

DirtyBooks

©Sophie West 2018

<http://sophiewestautora.wix.com/sophie—west>

© para esta edición DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Diseño editorial DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición junio 2018

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Prefacio. El fin de la paz.

En algún lugar de Francia.

La novicia estaba en el jardín. La primavera había llegado y lo había llenado de color y alegría. Estaba de rodillas y tenía las manos desnudas en la tierra, trabajando, mientras su pequeño hijo correteaba a su alrededor. Ella intentaba concentrarse en su trabajo, pero la fascinación que sentía por su propio hijo la hacía distraerse a menudo. ¡Se parecía tanto a su padre! No solo en su hermoso rostro, en el mentón decidido o en la nariz aquilina. Había gestos en él, imperceptibles, como la leve caída de hombros cuando estaba preocupado por algo, que también había visto en su padre.

Sacudió la cabeza para quitarse los malos recuerdos de ella, y volvió su atención a lo que estaba haciendo. Las plantas requerían de sus atenciones, era su responsabilidad, y no podía defraudar a las monjas que tan amablemente la habían acogido cuando llegó cinco años atrás, embarazada y muerta de miedo.

Pero no pudo evitar volver sus pensamientos hacia su difunto marido, y a todos los hechos que la habían llevado hasta allí.

Se recordaba enamorada de él desde que tenía uso de razón, cuando ni siquiera sabía qué era lo que sentía. Solo sabía que cuando su primo estaba al alcance de su mirada, su corazón se aceleraba y no podía apartar los ojos de él. Su cuerpo se estremeció con el recuerdo del día que acudió a su alcoba y se la llevó de allí. La habían prometido con otro, pero él no podía soportarlo y forzó a su padre a que accediera a su matrimonio secuestrándola y pasando con ella todo un día y toda la noche.

Le entregó su virginidad sobre un mullido lecho de hierba, teniendo el cielo como techo, al lado de las cataratas de fuego.

Todavía podía sentir las fuertes manos, llenas de callos por las horas que pasaba empuñando una espada, recorriéndole el cuerpo, sacándole gemidos de placer con sus caricias.

—Madre, ¿puedo cortar una rosa para ti?

Miró al pequeño Kenneth y una sonrisa nació en su boca. Solo tenía cuatro años, pero era evidente que iba a convertirse en un hombre grande y fuerte, como su padre.

—No, cariño. Esas rosas son para la Virgen.

—Pero quiero regalarte algo —se enfurruñó.

—Tú eres mi mayor y máspreciado regalo, hijo mío.

El mejor regalo que Kenneth MacDolan le había hecho nunca.

Volvió a entristecerse al recordar a su esposo muerto, y maldijo al destino que se lo arrebató sin permitirle siquiera despedirse de él. ¡Lo seguía echando tanto de menos! A duras penas recordaba las horas terribles de la batalla que se sucedió en Aguas Dulces, cuando los MacDougal lograron cruzar la puerta de la barbacana con engaños y traición, y se abalanzaron sobre un castillo que a aquellas horas debería estar durmiendo. Recordaba a Vika, y el agua con sabor extraño que la obligó a beber. Todo lo demás... estaba envuelto en una especie de niebla hasta que se despertó en una de las celdas de la abadía de Nuestra Señora del Milagro, con el MacDolan sentado en una silla al lado de su cama.

—¡Tío! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está mi esposo?

El MacDolan se echó a llorar, con el corazón acongojado por el dolor y la rabia, y le confesó que su amado esposo Kenneth estaba muerto, que había caído en la lucha contra los MacDougal, y que antes de morir le había hecho prometer que la mantendría a salvo y lejos de ellos.

—Y eso es lo que estoy haciendo, muchacha. Por eso estás aquí.

El dolor la había roto por dentro. Durante semanas pensó que su vida ya no tenía sentido y se movía entre las paredes del claustro como un fantasma penitente. La Madre Superiora la observaba con los ojos llenos de compasión, y la piedad por su dolor la llevó a enviarla lejos de Escocia en cuanto supo que estaba esperando un bebé.

Fue ese bebé, el pequeño Ken que ahora correteaba entre las flores, persiguiendo a los insectos y riéndose con inocencia, el que le dio las fuerzas para seguir adelante con su vida.

Si Kenneth estuviera vivo, ¡estaría tan feliz con su hijo! ¡Y tan orgulloso de verlo crecer fuerte y sano! Podía imaginárselo enseñándole a sostener una espada, a pelear con los puños, mientras ella se enfadaba porque lo consideraría demasiado pequeño. Lo podía ver corriendo por el prado, con su hijo sobre los hombros, ambos riéndose de felicidad. Kenneth amaría a su hijo incondicionalmente, y le enseñaría a ser un hombre honesto, y un guerrero fiero y leal. Igual que era él.

Suspiró, y una lágrima se deslizó por la mejilla. Se la limpió enseguida, y dejó un rastro de tierra sobre la piel. Respiró hondo para tranquilizarse. Odiaba estar siempre triste, pero no podía evitarlo. Ni siquiera los recuerdos podían consolarla, sino que le traían más dolor. Lo único que conseguía aliviarlo, era observar a su hijo crecer a salvo, aunque fuese lejos de su tierra y de su familia, y sin un padre que lo protegiera y lo mantuviese a salvo.

—Seelie, querida, la Madre Superiora quiere hablar con vos. Os espera en su gabinete.

Seelie se sobresaltó. No la había oído llegar, sumida en sus recuerdos. Se

levantó rápidamente y se sacudió las manos manchadas de tierra en el regazo.

—¿Ocurre algo, sor Brígida? —le preguntó, preocupada. La monja la miró con compasión y le dirigió una sonrisa con la intención de reconfortarla.

—Ha llegado un mensajero de Aguas Dulces para vos, querida. Debéis ir inmediatamente.

—¿De Aguas Dulces? ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé a ciencia cierta. Es mejor que vayáis sin entreteneros. Yo me quedo vigilando al pequeño Ken. Id.

—Sí, hermana. Ahora mismo. Gracias.

Seelie ni siquiera se preocupó por las manchas de tierra en su hábito. Miró a su hijo una última vez, con el corazón angustiado por la incertidumbre, y corrió hasta el gabinete de sor Joanna.

Llamó con los nudillos en la puerta y esperó hasta que la voz suave de la monja le indicó que pasara. Entró, cerró a sus espaldas e hizo una ligera genuflexión, manteniendo la mirada baja con modestia. Estaba nerviosa pero intentó controlarse, manteniendo las manos sucias bajo el hábito.

—Sor Brígida me ha dicho que queríais hablar conmigo, señora.

—Así es. A este caballero lo envía alguien de tu tierra, el laird MacDolan. — Seelie alzó los ojos y se dio cuenta que en la habitación había alguien más. Era un hombre anciano, con el pelo blanco y mirada franca. Delgado, su ropa era cara, aunque estaba algo sucia, probablemente por el viaje.

—Señor —lo saludó y lo miró con atención. No lo conocía, lo que hizo que desconfiara de él. El MacDolan no hubiera enviado a alguien desconocido a buscarla a ella y a su hijo. Habría enviado a alguien en quién ella pudiera confiar, alguien a quién hubiese visto a menudo en Aguas Dulces, alguno de sus hombres o alguno de sus hijos. Quizá no a Lean, pero sí a Rogue, el hermano menor.

El hombre sonrió hacia ella y la saludó con un gesto.

—Es un enorme placer para mí conoceros por fin, mi señora. Sois tan bella como me habían dicho. Mi nombre es Derwyddon, y he venido para llevaros a casa.

Seelie, nerviosa, se retorció las manos debajo del hábito. Miró hacia sor Joanna, pero esta parecía tranquila y la miraba con una beatífica sonrisa en el rostro.

—¿Cómo puedo saber que decís la verdad? —le espetó a Derwyddon, alzando la barbilla con insolencia.

—Tenéis derecho a sentir desconfianza, mi señora. Por eso, el MacDolan me ha dado esto para vos. —Sacó algo de su bolsillo y adelantó la mano para mostrárselo. Seelie se acercó, hipnotizada por el objeto que veía en su mano, y lo

cogió temblando. Era un medallón de oro, con un dibujo intrincado y varias runas gravadas en él—. ¿Lo recordáis?.

—Sí —contestó con la garganta cerrada por culpa de la congoja sin apartar la mirada del medallón. Había pertenecido a su madre y después, a ella. Siempre lo había llevado puesto, desde que era un bebé, y nunca se lo había quitado hasta que se lo regaló a Kenneth el día que salió a la batalla por primera vez. Lo hizo para que lo protegiera y consiguiera volver junto a ella.

—Es un talismán de protección, mi señora. Mi señor el laird MacDolan desea que lo llevéis puesto.

Seelie asintió en silencio y apoyó el medallón contra su pecho. Por supuesto que se lo pondría. Había creído que se había perdido para siempre durante la batalla en Aguas Dulces, el día que Kenneth murió y todo cambió para ella.

—¿Y por qué quiere que regrese? —preguntó con voz trémula.

—Lo siento, pero yo no conozco sus motivos. Solo me encomendó que os llevara de regreso a Aguas Dulces.

—Pero yo no quiero volver, no si lo que me espera es otro matrimonio concertado. —Se estremeció con el recuerdo de lo que había pasado la última vez que su tutor la había prometido sin consultarle, y todo el dolor que trajo a su vida. Esta vez no habría nadie que la salvara—. Soy feliz aquí. Y no quiero separarme de mi hijo.

—¿Vuestro hijo? —Derwyddon parecía sorprendido con la noticia y miró hacia sor Joanna con las cejas fruncidas.

—Sí. Mi hijo y de Kenneth.

—Yo... no sabía nada de eso. Pero mis órdenes son llevaros a Aguas Dulces, y eso es lo que haré.

—¡Pero yo no quiero ir, Madre! —protestó Seelie, mirando desesperada hacia sor Joanna, confiando en que la Madre Superiora estaría de su parte.

—Lo siento, hija, pero tu familia te reclama y yo no puedo hacer nada para evitar tu marcha. El pequeño Ken y tú partiréis al amanecer.

Derwyddon salió de la abadía y se reunió con el grupo de hombres con los que viajaba. Eran soldados de confianza, servidores de Twain, que habían ofrecido sus vidas al dios. Montó a caballo y miró hacia el convento una vez más antes de alejarse.

Cuántas mentiras había tenido que tejer. Cuántas verdades a medias, y cuántas otras ocultadas por el bien del mundo. Cuántas personas manipuladas a lo largo de su existencia para conseguir sus objetivos.

En aquellos momentos, no se sintió mejor persona que aquel que era su enemigo. «Lo haces por la paz, por la humanidad», se dijo, pero no era suficiente

consuelo.

Un hijo. El Cáliz había engendrado y dado a luz al hijo de Kenneth. Esto no variaba sus planes, pero los haría más complicados de llevar a cabo.

¡Cuántos sacrificios lo esperaban!

Al amanecer del día siguiente, la comitiva se puso en marcha. Tenían que atravesar media Francia antes de poder embarcar. Derwyddon conducía el carro en el que Seelie y su hijo viajaban, y sus hombres, bien pertrechados con armas, los escoltaron durante todo el camino.

Acababa de ponerse en marcha al destino para acabar con el poder de Gwynn, el Cazador Salvaje, sobre la tierra.

Capítulo uno. La vida plácida.

El amanecer sorprendió a Lean MacDolan en el adarve, mirando más allá por encima de la muralla, hacia el mar siempre enfurecido. Hacía frío a aquella hora, pero la capa de lana y piel que llevaba sobre los hombros lo protegía de la baja temperatura.

Llevaba días sin casi poder dormir. Solo conseguía cerrar los ojos después de horas de dar vueltas en la cama; y, a veces, ni siquiera eso. Como aquella noche.

No podía dejar de pensar en su hermano Kenneth, y en la carta que su padre le había dirigido. Todavía no había tenido el valor de enseñársela, y se sentía un cobarde por ello. Una broma del destino que no temiese enfrentarse a alguien espada en mano, pero casi lo aterrorizara contarle a su hermano la verdad.

Porque sabía que lo lastimaría de una manera que era incapaz de imaginar.

¿Por qué su padre había hecho algo así? ¿Por qué los había separado de aquella manera? Mintiéndole a su propio hijo, arrancándole el corazón en el proceso. Ahora, después de tantos años, comprendía la amargura que poseyó al anterior MacDolan, una pesadumbre que estuvo presente desde entonces hasta el fin de sus días.

«¿Cómo demonios voy a enfrentarme a Kenneth y contarle qué hizo nuestro padre?».

Oyó que alguien se acercaba a él, y el viento le trajo el aroma a leña quemada. Alistair. La sola presencia de su amigo hizo que sus preocupaciones fueran más llevaderas, por lo menos durante un rato.

Giró la cabeza para mirarle. Se acercaba a él con el paso decidido que lo caracterizaba. Alistair siempre caminaba con mucha determinación, como si tuviese una importante misión que cumplir y estuviese preparado para apartar de su camino a cualquiera que osara interponerse.

Alistair era grande y ancho como un oso, e igual de peludo. Tenía vello por todas partes, rojizo como el pelo que le caía alborotado desde la cabeza hasta más allá de los hombros, igual que la espesa barba que cubría su rostro. Tenía unos brazos gruesos, con músculos abultados, y aunque parecía moverse con pesadez a causa de su enorme tamaño, cuando luchaba era sorprendentemente rápido y ágil.

Se preguntó, no por primera vez, cómo sería en la cama.

Era una mierda estar enamorado de tu mejor amigo.

Alistair le sonrió mientras se acercaba, y Lean sintió que su estómago se encogía y una mezcla de enorme pena, rabia y lujuria se apoderó de él. Deseaba poder hundir las manos en aquel pelo salvaje, atraer su boca hasta la propia y

besarlo hasta que le suplicara que lo tomara como amante. Quería perderse en la calidez de su piel. Desaparecer entre sus poderosos brazos. Enredar las piernas con las suyas. Follarlo hasta que gritara su nombre.

Sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Pareces preocupado y cansado estos últimos días —le dijo cuando estuvo a su lado.

—Demasiadas responsabilidades sobre mis hombros —contestó, apartando la mirada de él antes de que pudiera ver el fuego que su sola presencia había encendido en sus entrañas.

—Sí, supongo, pero es bueno que tu hermano haya vuelto, podrá ayudarte en eso.

—Será un alivio tener ayuda, pero quiero darle tiempo. Si le asusto con responsabilidades, igual sale huyendo de nuevo.

Alistair asintió con la cabeza, dándole la razón. Kenneth había estado cinco años alejado de su hogar. El dolor de la pérdida lo había llevado a huir de su casa, abandonando a su padre y a su hermano. A su clan. Había regresado cuando el propio Alistair le había llevado la noticia de la muerte de su padre, y solo Dios sabía por qué había decidido quedarse.

—Es una pena que al final se haya cancelado tu boda. Rosslyn Douglas habría sido una buena esposa.

Una esposa que le hubiera dado hijos, y que habría aligerado la carga que llevaba sobre los hombros, pensó Alistair. Aunque en el fondo, estaba contento de que la boda no se hubiera llevado a cabo. Pensar en Lean atado por el sacramento del matrimonio con una mujer, era algo que lo molestaba, aunque no sabía a ciencia cierta por qué

—Yo no lo siento. Odio la idea de tener que casarme.

—¿Por qué? Tú nunca has sido de los que van de cama en cama, como yo —se rio Alistair.

Era cierto que buscaba compañía femenina siempre que podía. Afortunadamente para él, las mujeres lo consideraban apuesto y nunca le faltaba con quién compartir juegos en la intimidad. Aunque al único al que quería allí era a su laird, era consciente de que nunca lo conseguiría. Por eso se consolaba como podía, luchando contra la amargura que, a veces, intentaba consumir.

Lean ocultó cuánto odiaba imaginarlo en brazos de una mujer, y se preguntó si alguna vez llegaría a sobreponerse a este sentimiento antinatural que se había apoderado de él hacía ya tantos años.

Se encogió de hombros ante la pregunta y no contestó. ¿Qué podía decirle? ¿Que al único que deseaba en su cama era a él? Alistair se horrorizaría.

—Es una de tus responsabilidades —insistió su amigo.

—La que más odio —afirmó con decisión, pero después pensó en el problema que le había traído hasta allí—. Bueno, en realidad es la segunda en esa lista. De la primera ni siquiera quiero hablar.

—Esa primera es la que te tiene despierto a estas horas de la noche, ¿no? Sabes... sabes que puedes contarme cualquier cosa y que no saldrá de mi boca.

Lo enterneció el titubeo en su voz, el tono ronco con que lo dijo, casi como si compartieran intimidad. Se preguntó si le hablaría así después de hacer el amor. Pero nunca lo sabría, ¿no?

—Lo sé, pero ni siquiera a ti puedo contártelo.

El castillo empezó a llenarse de ruidos. El amanecer devolvía la vida entre los gruesos muros, y con ella regresaban las obligaciones. Lean se giró, dando la espalda al mar, para dirigir la mirada hacia el interior de la muralla. Había varios hombres haciendo cola en el pozo para poder sacar agua para lavarse. Bromeaban con las criadas, y ellas se reían. Esa gente, su gente, eran su máxima responsabilidad, y el peso de todas sus vidas recaía sobre sus hombros.

Kenneth se despertó con la mente nublada todavía. La noche anterior había bebido demasiado. Recordó estar en la despensa, sentado en el suelo al lado de las barricas de cerveza, bebiendo solo y taciturno, cuando Friggal había aparecido.

Maldita sea.

Habían follado allí mismo. Le había levantado las faldas sin decir una palabra, la había sentado de espaldas sobre su regazo, y había metido la polla en su coño sin ningún tipo de preámbulo. No es que ella se quejara. A la muy zorra le gustaba fuerte y duro, y gritó como una posesa con cada una de sus embestidas, exigiéndole más, hasta que se corrió.

Lo que no comprendía era qué hacía allí, en su cama. Recordaba perfectamente haberla despachado después de la tercera ronda en la despensa. Le había azotado el culo en reprimenda por haberse quejado por no meterla nunca en su cama. Le había dicho que tenía dignidad, y que merecía ser follada en una cama en lugar de hacerlo siempre en lugares incómodos, oscuros y ocultos.

—La próxima vez, te follaré a plena luz y delante de testigos. ¿Te gustaría eso? —le había preguntado con intención de mortificarla. Y acto seguido, le quitó la ropa para dejarla completamente desnuda, la tumbó sobre las rodillas, y le puso las nalgas bien rojas mientras ella se retorció de placer sobre su regazo.

Por supuesto, remató el castigo aplastándola contra la pared con su cuerpo, obligándola a que el frío de la piedra pusiera duros sus pezones, mientras la

follaba por detrás.

Cuando terminó, había recogido su ropa para lanzársela a la cara, y le había dicho muy claro que se fuera a dormir a su cama mientras él emprendía el camino hacia la suya.

No quería a ninguna otra mujer en la cama que había compartido con Seelie. No quería a Friggall allí. Sabía que él no le importaba nada, y que no lo buscaría con tanto desespero si no fuera el hermano del laird. Friggall solo quería salir de la cocina, dejar de ser una más de tantas criadas, y convertirse en su amante era un camino como otro cualquiera para lograr hacer realidad sus ambiciones.

Tiró de la ropa de cama para descubrir su muy desnudo cuerpo, y le dio una fuerte palmada en el culo para despertarla. Ella lo hizo dejando ir un gemido de necesidad.

—Mi señor —musitó, medio dormida—. ¿Me necesitáis de nuevo?

Se giró y parpadeó, bien dispuesta a darle placer, pero Kenneth solo sintió una profunda amargura y una feroz ira enroscándose en el estómago.

—Lo que quiero es que te largues de aquí. ¿Por qué estás en mi cama? Te dije que te fueras a la tuya a dormir.

—Mmmmmm —ronroneó con lascivia, desperezándose como un gato, curvando la espalda para mostrar sus pechos sin ningún pudor, acariciándoselos provocativa—. No podía permanecer lejos de vos, mi señor, por si acaso me necesitabais.

—Donde seguro te necesitan, es en la cocina. Así que mueve tu culo holgazán y vete para allá.

—Estáis muy gruñón por la mañana, mi señor —protestó ella, levantándose enfurruñada de la cama, y cogiendo su vestido para ponérselo.

Kenneth se levantó, enfadado por su descaró. La cogió por el pelo y la obligó a pegarse a su cuerpo.

—No vas a conseguir de mí lo que buscas —siseó—. Y si vuelvo a encontrarte durmiendo en mi cama, te azotaré. ¿Ha quedado claro?

Ella le pasó las manos por el pecho desnudo y sonrió, pensando que quizá aquello era otro juego más.

—¿Me azotaréis como anoche, mi señor? —preguntó con los ojos llenos de deseo.

—No —le contestó con dureza—. Te ataré en el patio de armas, y te azotaré en la espalda con una vara hasta arrancarte la piel a tiras. Te aseguro que no encontrarás placer en ello.

Friggall palideció, sabiendo que su señor no hablaba en vano. Así era como castigaban a algunos criminales, con escarnio público, para dejarlos marcados y que todo el mundo supiera que no eran gente de fiar.

—Pero, mi señor... Yo no he hecho nada malo.

—Te has metido en mi cama. En ella no cabe ninguna mujer, ¿entiendes? Y mucho menos, tú. No eres mi amante, y ni esperes llegar a ser mi mujer. Solo eres una criada a la que me follo de vez en cuando, y espero que, a partir de ahora, te quede muy claro cuál es tu posición en Aguas Dulces.

—Sí, mi señor —contestó ella con lágrimas en los ojos, y no precisamente por el daño que le estaba haciendo al tener su pelo fuertemente agarrado en el puño.

—Bien. Ahora, lárgate.

Kenneth se maldijo cuando la vio marcharse apresurada de su dormitorio, con la ropa a medio poner. Le remordió la conciencia por haberla tratado mal, pero se abstuvo de seguirla para pedirle perdón. Era mejor que ella tuviera claro que no iba a conseguir nada más de él, y que se quitara de la cabeza la idea de volver a meterse en su cama a hurtadillas. En aquella cama había pasado las mejores noches de su vida junto a Seelie, y no quería que ninguna otra mujer pudiera corromper aquellos recuerdos con su presencia.

Miró hacia allí, enfurecido. Las sábanas estaban arrugadas, y seguramente olerían a Friggal. Pediría a alguna criada que se las cambiara por otras limpias.

Media hora más tarde estaba en el pozo, lavándose para quitarse el olor a sexo y a la criada, pensando en buscar a Alistair para entrenarse con él un rato, cuando lo vio en el adarve, hablando con Lean.

Desde que había regresado a Aguas Dulces, se había dado cuenta de que algo extraño ocurría entre ellos. A simple vista todo parecía como siempre; pero había algo oculto que Kenneth no acababa de comprender. Había sorprendido más de una vez a su hermano mirando hacia Alistair de una manera... poco apropiada. No era la forma en que un hombre miraba a otro hombre, con un destello de lujuria en la profundidad de sus ojos. La sodomía era un pecado que iba contra natura, el padre Stuart había hecho mucho hincapié en ello a lo largo de sus vidas. ¿Quizá porque era consciente de las inclinaciones de Lean?

Sacudió la cabeza para deshacerse del agua y se secó con un paño.

Lean era un buen hombre, y un laird ejemplar. Se preocupaba por su gente y mantenía al clan unido y próspero. Y era un fiero guerrero en el campo de batalla. ¿Acaso sentir lujuria por Alistair lo hacía menos hombre?, se preguntó. No, decidió. El corazón y el deseo no atienden a razones. Él lo sabía bien, o jamás se habría interpuesto en el deseo de su padre de casar a Seelie con un MacDougal y conseguir así una fuerte alianza con otro clan. Pero su amor y su deseo por ella tomaron el control de sus actos, y por su culpa ella estaba muerta, y él vivía en una sinrazón que lo acompañaría hasta el día de su muerte.

No, él no era nadie para juzgar a su hermano, y lo sabía perfectamente.

Subió hasta el adarve para reunirse con ellos. Lean fijó los ojos en él mientras se acercaba. En la profundidad de su mirada había un atisbo de tristeza que lo conmocionó. No quería que su hermano sufriera, él sabía muy bien qué era pasar por algo así y odiaba que Lean estuviera en una situación semejante.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Contemplando el paisaje? —bromeó cuando llegó a su altura.

—Y buen paisaje que se ve por aquí —se rio Alistair mirando hacia donde las criadas bromeaban con algunos guardias.

—Olvídate de las mujeres o acabará cayéndosete la polla —se burló Kenneth—. Iba a entrenarme un rato. ¿Os apuntáis?

—Mira quién fue a hablar, don aquí te pillo, aquí te mato. Vamos —le palmeó la espalda en un gesto amistoso—, antes de que Friggal aparezca por aquí y corras detrás de ella como un corderito.

—Lo de Friggal se ha acabado. ¿Vienes, Lean?

—No. Más tarde, quizá.

—Deberías entrenar un rato, o acabarás por olvidar por dónde se coge una espada.

—Ya me lo recordarás tú si hace falta, hermano.

—Como quieras.

Lean los observó marchar hacia el campo de entrenamiento. No pudo apartar los ojos de Alistair mientras al anhelo imposible que lo consumía, se retorció en sus entrañas.

«Olvídate de él», se dijo, y una risa amargada le surgió de la garganta.

Blake era feliz como nunca había soñado lograr serlo. Tenía una esposa, Maisi, estaban esperando su primer hijo, y habían empezado a construir un futuro juntos. No quería saber nada de problemas, ni de destinos, ni de sueños proféticos. Por eso odiaba que Derwyddon se le hubiera aparecido aquella noche, en sueños, para darle un mensaje. ¿Es que no podía haber escogido a otro? ¿Es que no podría dejarlo en paz? Pero el druida había sido un amigo cuando más lo necesitaba, y los había ayudado no hacía mucho a salvar a Gawin MacKenzie del maldito demonio que lo había tenido esclavizado a él mismo durante tantos años. Así que supuso que se lo debía. Aunque maldita la gracia que le hacía.

Se acercó al campo de entrenamiento. Alistair estaba luchando contra Kenneth. Ambos hombres eran muy buenos guerreros, aunque él no tenía nada

que envidiarles. Las espadas entrechocaban haciendo saltar chispas, y los gritos rompían las gargantas. Sudaban, a pesar del fresco matinal, y se habían quitado la parte superior de sus atuendos. Ambos lucían amplios pechos musculosos, gruesos bíceps, y el rostro contraído por el esfuerzo de la lucha.

Blake miró a su alrededor y vio a más de una muchacha mirando a escondidas. Se rio. Era evidente por qué ninguno de aquellos dos perfectos ejemplares de masculinidad pasaba ni una sola noche sin compañía, a no ser que así lo decidieran. Las mujeres de Aguas Dulces bebían los vientos por ellos, y daba igual si estaban casadas o solteras.

—¡Basta por hoy! —gritó Kenneth, doblándose sobre sí mismo, agotado. Llevaban más de una hora entrenando, y la espada pesaba ya como un demonio.

Alistair se rio.

—¡Te estás haciendo viejo!

—Vete al infierno.

—Yo podría seguir un rato más. ¿Te animas, Blake?

—No, gracias, tengo que hablar con Kenneth.

—¿Algún voluntario? —preguntó Alistair a los mirones, pero estos disimularon mirando hacia otros lados, como si la cosa no fuera con ellos—. Sois todos unas señoritas.

Escupió al suelo, riéndose.

—¿De qué tienes que hablar conmigo? —le preguntó Kenneth a Blake mientras se secaba el sudor con un paño.

—Aquí no. Hay demasiada gente. Vayamos a dar una vuelta.

—Muy bien.

Kenneth cogió la camisa que había tirado al suelo, la sacudió para limpiarla un poco, y se la puso, envolviéndose después en el tartán. Caminaron en silencio hasta salir del castillo, deambulando por las calles del pueblo.

—Esta noche he soñado con Derwyddon.

—Lo siento por ti. Debió ser una pesadilla —bromeó Kenneth.

—Era más que un sueño. Creo que era una visión o algo así, porque me dio un mensaje para ti.

—¿Para mí? ¿Qué quiere de mí ese viejo?

Kenneth estaba agradecido con el druida por lo que había hecho por ellos, pero no se fiaba ni un pelo. No le gustaba. Vivía a la sombra de otros tiempos, cuando los dioses antiguos habían tenido poder, y él era cristiano hasta la médula. No le gustaba verse involucrado en cosas de magia, ya había tenido más que suficiente con sus dos encuentros con el mismo demonio.

—Quiere que vayamos a Inbhir Ùige.

—¿A ese pueblo de come pescados? —Kenneth arrugó los labios con asco

—. ¿Para qué?

—No lo sé muy bien, pero tiene que ver con una mujer a la que llama la dama de las flores.

—¿La dama de las flores?

—Sí. Por lo visto, Gwynn está interesado en ella y quiere que la protejamos.

—Vaya, que plan tan magnífico. —Su voz sonó amargamente sarcástica hasta a sus oídos—. No hemos tenido bastante de ese bastardo, que quiere que volvamos a enfrentarnos a él.

—Puede que seamos los únicos capaces de hacerlo, Kenneth. Por suerte o por desgracia, ya nos hemos enfrentado a él antes dos veces y hemos sobrevivido.

—Precisamente. No tengo ninguna intención de tentar a la suerte una tercera vez, Blake. Que Derwyddon se meta sus problemas donde le quepan, que yo pienso mantenerme bien alejado de ellos.

Blake lo cogió por el brazo para obligarlo a detenerse y a mirarlo a los ojos.

—Se lo debemos, Kenneth. Por lo que hizo con Gawin.

—Yo no le debo nada. —Sacudió el brazo para liberarse—. Que vaya Gawin a proteger a esa dama del infierno.

—Es a ti a quién quiere allí.

—Pues mucho me temo que no va a obtener lo que quiere. Soy cristiano, Blake, aunque a ti esa palabra te suene extraña; y no voy a correr de un lado a otro de Escocia solo porque un druida que debería estar muerto y un dios antiguo que se niega a desaparecer, se empeñen en joderme la vida.

—¿Se te ha ocurrido pensar por un momento que, quizá, es tu dios cristiano el que hizo que te toparas conmigo y con Gwynn la primera vez? ¿Que puede que lo que espera de nosotros es que ayudemos a Derwyddon en su misión?

—No, no lo he pensado ni por un momento. Dios escoge a sus guerreros entre los hombres rectos y puros de corazón. —Torció los labios en un gesto de repugnancia—. ¿Tú me ves como alguien recto y puro de corazón?

—Kenneth...

—No. No voy a seguir hablando de este tema. Tú haz lo que quieras, pero yo no pienso abandonar Aguas Dulces.

Capítulo dos. La boda MacKenzie.

El barco se deslizaba sobre el mar impulsado por el viento favorable que hinchaba las velas. Seelie estaba en cubierta. Había salido un rato del camarote que le habían asignado junto a su hijo. Llevaba puesto un vestido sencillo, de lana verde, y se cubría con una capa para protegerse del frío húmedo del mar.

Miraba por la borda con añoranza. Se dirigía de nuevo a su hogar, el que había abandonado precipitadamente hacía cinco años, y todavía no entendía por qué. El laird MacDolan no le había dado explicaciones, solo que Kenneth estaba muerto y que debía enviarla lejos para protegerla. ¿Protegerla de qué? En aquel momento, no había pensado en ello, rota por la pena y el miedo.

Los MacDougal habían intentado aprovechar la batalla en Aguas Dulces para secuestrarla con la connivencia de Vikka, la amante de su tío. Todavía no podía creer que Vikka, la misma que había sido siempre con ella tan amable y cariñosa, fuese en realidad una arpía.

Y ahora el viejo laird la enviaba a buscar. ¿Para qué? Era feliz en el convento. Allí había aprendido a convivir con el dolor de la pérdida, y había encontrado las fuerzas para educar a su hijo. ¿Quizá se trataba de eso? Probablemente había llegado hasta él la noticia de que tenía un nieto y lo quería a su lado. Debía ser eso, aunque Derwyddon había parecido sorprendido cuando le habló de él. ¿Sería lógico enviar a alguien a buscarla a ella y a su hijo, sin hablarle del pequeño?

Miró hacia el horizonte. Ansiaba ver tierra, volver a observar los rompientes y los acantilados de su hogar. Iban a bordear toda la costa inglesa y parte de la escocesa hasta llegar a Inbhir Ùige, en la desembocadura del río Wick. Allí, se adentrarían por tierra hasta llegar a Aguas Dulces. Cuando le preguntó a Derwyddon que por qué no hacían todo el camino por mar ya que el castillo MacDolan estaba junto a la costa, este le había contado que allí las aguas eran muy peligrosas y estaban llenas de escollos contra los que el barco podría chocar y hundirse; que era mucho mejor desembarcar en Inbhir Ùige y hacer el resto del camino a caballo.

Tuvo que resignarse. Ahora que estaba en marcha, ansiaba volver a encontrarse con los parajes tan familiares en los que había crecido y donde se había convertido en una mujer. Sabía que al principio dolería, pues los recuerdos de Kenneth estarían mucho más presentes allí, en el lugar donde su amor había germinado y crecido; pero no le importaba. Estaba empezando a darse cuenta de que en el convento había estado aletargada, igual que un oso en invierno. Las rutinas la habían ayudado a salir adelante, pero no había conseguido que su

corazón sanara. El dolor todavía estaba allí, agazapado, esperando por despertar.

Se frotó la frente con rabia. Estaba pensando estupideces. Habían pasado cinco años, había aprendido a vivir sin tener a Kenneth a su lado, y no podía permitir que volver a Aguas Dulces la enviara de nuevo a la oscura cueva de la desesperación. Ken necesitaba que ella siguiera siendo fuerte, y más ahora, en que se vería obligada a pelear contra el MacDolan por él. El viejo querría hacerse cargo de la educación del pequeño y nunca había sido un buen padre. Era un hombre demasiado duro y frío, incapaz de mostrar cualquier asomo de sentimiento. Era un verdadero milagro que ninguno de sus hijos se pareciera a él en ese aspecto.

Al pensar en su hijo, se dio cuenta de que debía hablar con él. Ken no sabía a dónde iban, ni qué iba a encontrarse. Era pequeño, pero debía saber que en Aguas Dulces estaba su familia y que iban a encontrarse con ella.

Sonrió y alzó el rostro hacia el sol para que este la calentara, e imaginó su vida allí. Con un poco de suerte, su hijo sería feliz al lado de sus tíos. Esperaba que ellos pudieran compensar la frialdad emocional del abuelo. A Lean siempre le habían gustado los niños, y recordaba muy bien que a Rogue, el pequeño de los tres hermanos, disfrutaba jugando con los más pequeños del pueblo; incluso se había ganado más de una riña con su padre porque decía que un hombre no debía perder el tiempo con los críos.

Y si no, ella se encargaría. Mantendría a raya el hosco carácter del viejo. Ken era un niño feliz y tenía toda la intención de conseguir que siguiera siéndolo.

Las bodas en el clan MacKenzie siempre habían sido alegres y coloridas. La cerveza corría libremente de mesa en mesa, y se servían los mejores manjares. La gente reía, bailaba y se divertía sin restricciones.

La de Gawin y Rosslyn no fue menos, y ni siquiera el permanente ceño fruncido del padre de la novia pudo aguarla. El laird Douglas todavía estaba molesto porque el matrimonio de su hija con el MacDolan se había ido a pique, y con él la oportunidad de formar una alianza muy ventajosa para su clan, pero ya no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Así que se pasó toda la fiesta bebiendo para ahogar las penas, hasta que su dura cabeza fue a parar contra la mesa, y se quedó allí, roncando la borrachera sin que nadie se preocupara de él.

No era el único hombre presente que había bebido más de la cuenta.

Cuando llegó el momento, las damas acompañaron a Rosslyn para prepararla para su marido, y un rato después los amigos del novio lo llevaron en volandas hasta ella, entre risotadas y bromas obscenas. Gawin tuvo que echarlos a todos

del dormitorio con cajas destempladas para poder estar a solas con su amada.

—¿Eres feliz? —le preguntó, intentando hacer oídos sordos al alboroto que todavía había al otro lado de la puerta.

—Por supuesto. Soy tu esposa por fin.

Lo dijo con una sonrisa jactanciosa, burlándose de él, que se perdió cuando los labios de Gawin se apoderaron de los suyos. La besó a conciencia, dejando que el amor que sentía por ella fuese palpable en aquel beso.

—No puedo creer que me hayas perdonado —suspiró, apoyando la frente sobre la de ella.

Gawin había permitido que Gwynn lo poseyera en un desesperado intento por impedir el matrimonio al que el padre de Rosslyn la estaba forzando con Lean MacDolan, y había hecho algunas atrocidades impulsado por el demonio.

—Cometiste un error —contestó ella, ahuecándole el rostro con ambas manos—. Por supuesto que te perdono.

Lo decía de corazón. Aunque había pasado mucho miedo, nunca había estado en su ánimo ser rencorosa, y especialmente con el hombre que amaba.

—No sé si te merezco.

—¿Por qué no dejas de hablar y usas la boca para otras cosas más divertidas?

—Mmmm... ¿y a qué cosas te refieres?

—No sé, usa la imaginación.

Gawin silenció sus palabras con un beso. Sus manos volaron sobre la ropa, quitándosela como por arte de magia, haciendo que las prendas fluyeran como una cascada hasta los pies de la muchacha. Le dedicó aquella mueca pícara y burlona que tanto la provocaba y hacía que el deseo oscureciera sus ojos. La cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde la posó suavemente. Los sentidos de Rosslyn se arremolinaron en una espiral de deseo fuera de control cuando él, todavía vestido, se dejó caer sobre ella, aplastándola con su musculoso cuerpo.

—¿Era esto lo que querías que hiciera con mi boca?

Suavemente, Gawin se apoderó de un pezón con los labios para chuparlo y ella jadeó. Sintió un calor húmedo entre las piernas y ríos de lava se abrieron paso desde sus pechos hasta su sexo, incendiándolo todo a su paso.

—Sí, ¡oh, sí!

Lo mordisqueó, haciendo que los gemidos de ella se intensificaran. Era adorable cuando se dejaba llevar por el deseo, y conseguía enloquecerlo como ninguna otra había logrado. Su mirada y su sonrisa, provocadoras pero inocentes al mismo tiempo, conseguían que la llama de la pasión surgiera espontáneamente, sin necesidad de artificios por su parte.

Se apoderó del otro pezón mientras Rosslyn le enterraba las manos en el pelo. Le encantaban sus pechos, tan llenos y suaves. Podría pasarse la eternidad

acariciándolos y chupándolos, consiguiendo llenar la habitación con sus gemidos.

—Mi esposa, tan hermosa...

Le recorrió la piel con los labios, dejando un húmedo rastro de besos. Deslizó la mano entre sus piernas, enterrando los dedos en el vello púbico, acariciando los labios vaginales y jugando con el botón que se escondía entre sus pliegues. Le gustaba torturarla así, verla retorcerse de placer, aceptando lo que le hacía con una naturalidad que lo dejaba anonadado.

—No te has desnudado —protestó ella.

—Ni voy a hacerlo por ahora, mujer.

—Pero yo quiero acariciarte...

—Y yo no quiero que me distraigas con tus caricias.

—Pero...

La silenció con un beso, invadiendo su boca con la lengua, sin dejar de acariciarla entre las piernas hasta que un orgasmo salvaje la sacudió por entero.

Mientras Rosslyn yacía relajada, Gawin se incorporó para quitarse la ropa a toda prisa. Tenía la polla hinchada y enhiesta y Rosslyn la observó, sonriendo coqueta.

—¿A todos los hombres se le pone tan grande como a ti?

Gawin frunció el ceño y le dirigió una mirada penetrante.

—No creo que sea el momento de hablar de otros hombres, cariño.

—Es solo curiosidad; como solo he visto la tuya...

—Y será mucho mejor para ti y para el hombre en cuestión, que todo siga así.

Gawin se echó encima de la cama, a su lado. La mano de Rosslyn voló hacia el miembro y lo acarició con suavidad, haciendo que él dejara ir un suspiro tembloroso.

—Soy curiosa por naturaleza.

—Pues céntrala en otras cosas, no en el tamaño de las pollas del resto de hombres, o tendré que matarlos a todos.

—Qué violento...

Volvieron a besarse y rodaron por la cama, enredando las sábanas y tirando las mantas al suelo, hasta que Rosslyn consiguió quedarse encima de él. Se sentó a horcajadas sobre su pelvis y se frotó contra el duro miembro mientras se apoyaba con las manos en el pecho de Gawin.

—Quiero hacerlo así —susurró con los ojos entornados.

—Soy todo tuyo, cariño.

Gawin dejó caer los brazos en cruz y miró a Rosslyn mientras esta se incorporaba levemente para poder coger el más que preparado miembro para

guiarlo poco a poco hacia su interior. Tensó la mandíbula al sentir el roce de la ardorosa piel alrededor y se aferró a las sábanas para no ceder ante el impulso de cogerla por la cintura, rodar una vez más, y penetrarla con dureza.

Rosslyn iba despacio, torturándolo, dejando que su mirada ardiente se fundiera con su piel como una caricia, deleitándose en la tensión que sentía en todo su cuerpo. Era un hombre hermoso, aguerrido y valiente, y lo amaba con locura.

—Estás dispuesta a quedarte viuda tu noche de bodas —farfulló, y Rosslyn se echó a reír, dejándose caer hacia adelante hasta que sus rostros casi se rozaron, poniendo una mano a cada lado de la cabeza.

—¿Quieres que pare? —lo provocó.

—¡Dios, no! —se quejó él acompañándola en la risa—. Ahí sí me matarías.

—Pues entonces, deja de quejarte y disfruta.

—Te estás volviendo muy mandona.

—Y tú un quejica.

—No me provoques.

—¿O qué?

Gawin sonrió muy ladino. Sin que ella lo esperara, le puso una mano en la nuca y la otra en la espalda, aprisionándola contra su cuerpo. Apalancó los pies encima de las sábanas revueltas y empujó hacia arriba hasta que la penetró completamente.

—O esto —susurró antes de volverla loca con otro beso mientras seguía empujando hacia arriba, hacia el calor de su ardoroso sexo, hasta que ambos estallaron en un orgasmo que los dejó agotados.

Se durmieron abrazados, exhaustos y felices, convencidos de que el futuro que les esperaba iba a ser perfecto.

Las olas rompían contra el acantilado formando un estruendo de espuma blanca. En la bahía que formaba la desembocadura del río, había un barco anclado. Una chalupa estaba siendo arriada y Gawin casi podía sentir los gritos de los marineros.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?», se preguntó. Apenas hacía un instante que se había dormido en brazos de Rosslyn, después de hacer el amor con ella.

—Solo es un sueño —le dijo una voz conocida. Se giró y allí estaba Derwyddon, con su túnica blanca.

—¿Un sueño?

—Sí. —Asintió con la cabeza primero, aunque inmediatamente empezó a negar—. Bueno, no exactamente. Tú estás dormido, eso es cierto.

—¿Estás en mi sueño?

Derwyddon rio entre dientes y caminó hacia el borde del acantilado. Con su mano de dedos largos señaló hacia el barco.

—Estás viendo el futuro. Pronto llegaré en ese barco, acompañado de la dama de las flores. Tenéis que venir a buscarnos, Blake, Kenneth y tú.

—¿Quién es esa dama? ¿Y a dónde hemos de ir?

—Inbhir Ùige. En la desembocadura del Wick.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ocurre? ¿Tiene algo que ver con Gwynn?

El viejo druida se limitó a sonreír mientras todo alrededor de Gawin empezaba a difuminarse envuelto en una niebla que había aparecido de repente.

Gawin abrió los ojos. No estaba en ningún acantilado, y no había olas rompiendo contra las rocas. Ni siquiera estaba cerca del mar. Estaba en su dormitorio, en su cama, con Rosslyn abrazada a su costado.

Se frotó el rostro con la mano libre para ahuyentar los restos de sueño que todavía nublaban su mente. Se removió sin poder evitarlo, inquieto, y despertó a Rosslyn sin querer.

—¿No puedes dormir? —le preguntó con voz soñolienta y los ojos todavía turbios por el sopor.

—He tenido un sueño muy raro.

—¿Qué clase de sueño? ¿Una pesadilla?

—No. —Giró el rostro para mirarla y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos—. No te preocupes y sigue durmiendo.

—No, ahora me tienes intrigada. Dime. Cuéntame qué has soñado.

Gawin sonrió y se puso de lado en la cama para quedar cara a cara con ella. Le dio un ligero beso en los labios.

—He soñado con el viejo druida. Me decía que debía ir a Inbhir Ùige, en la desembocadura del Wick, a buscarlo a él y a una dama.

—¿Una dama? —Rosslyn frunció el ceño, un tanto espoleada por los celos—. ¿Qué dama?

—La dama de las flores, me ha dicho. Y tenemos que ir los tres. —Gawin sonrió y le frotó con suavidad el ceño arrugado—. Blake, Kenneth y yo. Así lo dijo el druida.

—Debe ser importante —meditó—. Deberíais obedecer.

—Cariño, acabamos de casarnos, ¿y ya quieres que me marche lejos? —bromeó, poniéndose encima de ella y aplastándola con su masculino cuerpo—. ¿Tan mal amante soy, que quieres echarme de tu lado?

—Mmmm, eso todavía no lo he decidido.

—Entonces debería esmerarme más en mis obligaciones maritales.

—¿Obligaciones? ¿Eso soy para ti, Gawin MacKenzie? Quizá debería

haberme casado con Lean MacDolan...

—Voy a quitarte esa idea de la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo harás eso?

—Dándote mucho amor...

Capítulo tres. La verdad siempre duele.

La noche no era silenciosa. Cualquiera que hubiese pasado una sola a la intemperie, lo sabía muy bien. Había ruidos por todas partes, provocados por el viento o por los animales nocturnos que salían a cazar cuando el sol atravesaba el horizonte.

Kenneth estaba sentado en el suelo delante de una fogata, viendo arder las ramas. Las chispas flotaban impulsadas por el aire caliente, y acababan perdiéndose en la oscuridad.

Aquella misma noche había tenido un enfrentamiento desagradable con Friggal. Cuando había salido del gran salón después de cenar, se la había encontrado esperándolo en la puerta de su dormitorio, lista para seducirlo. Se había negado a caer en sus redes y había acabado amenazándola con echarla de Aguas Dulces si no cejaba en su empeño. El camino que la muchacha se había empeñado en recorrer no era posible. Nadie podría sustituir a Seelie en su corazón, y mucho menos una mujer como ella. Ni siquiera había contemplado la idea de convertirla en su amante oficial. Friggal estaba bien para pasar un rato, y le gustaba que fuese receptiva a sus gustos a la hora de follar; pero de ahí a formalizar su relación había demasiado trecho. ¿Y si se quedaba embarazada? Odiaría tener un hijo con ella.

No, se dijo. Friggal quería más de lo que él estaba dispuesto a ofrecer, así que era mucho mejor apartarla de su lado para siempre.

Después de que ella se marchara hecha una furia, Kenneth sintió que se ahogaba entre las paredes del castillo. Tuvo la necesidad de escapar, aunque fuese una sola noche, y dormir teniendo el cielo estrellado como techo. Así que cogió sus cosas, ensilló a Tormenta, su caballo, y salió sin decir nada a nadie. Volvería a la mañana siguiente con las energías renovadas.

Se preparó las mantas cerca del fuego, se tapó con ellas, y se durmió casi inmediatamente.

Kenneth abrió los ojos lentamente. Sobre su cabeza, el viento henchía las velas y hacía chirriar las jarcias. Parpadeó, confuso, y se tambaleó al intentar ponerse en pie a causa del cabeceo del barco sobre las olas. Se agarró a uno de los barriles llenos de agua atados al mástil y se inclinó sobre sí mismo, sintiendo que sus tripas se revolvían y subían con insistencia por su garganta.

Odiaba el mar, y odiaba los barcos. No soportaba estar en ellos. El balanceo le provocaba náuseas y siempre acababa vomitando por la borda.

¿Qué coño hacía en uno?

Miró a su alrededor. Sobre cubierta no había nadie más que él. Parecía un barco fantasma.

—Tienes que venir a buscarla.

Se giró, sorprendido por la voz a su espalda. Derwyddon estaba sentado sobre uno de los barriles con las piernas cruzadas, donde hacía un instante no había nadie.

—Debería haber imaginado que esto era cosa tuya —gruñó con la boca torcida.

El druida dejó ir una risita taimada y se encogió de hombros. El viento le alborotaba el pelo, que parecía más blanco de lo normal, como la nieve virgen que caía en invierno en las cumbres más altas.

—La dama de las flores te necesita —añadió, sin hacer caso de sus palabras recriminatorias.

—No pienso ir a ninguna parte.

—No tienes ningún sentido de la gratitud, ¿verdad? Me lo debes —replicó, concentrando sus ojos acerados en él.

—Yo no te debo nada, druida.

—Entonces, hazlo porque se lo debes al universo. Te espero en Inbhir Ùige. Aunque eso tú ya lo sabes.

—Te esfuerzas en vano. No voy a ir. No quiero volver a verme mezclado en tus problemas. Voy a quedarme en...

—Oh, por favor, deja de lloriquear. —Derwyddon hizo un gesto con la mano, un movimiento grácil y armonioso, y las tripas de Kenneth se revolviéron más.

El escocés tuvo que abalanzarse sobre la borda para no ensuciar sus propias botas mientras echaba todas las tripas por la boca. Cuando terminó, tenía a Derwyddon al lado, con la boca pegada a su oído.

—El destino es el que es, y luchar contra él solo te traerá sufrimiento y dolor, Kenneth. Piensa en ello.

Lean no dormía demasiado últimamente. El mal hábito se había ido haciendo un hueco en él desde el día en que supo que tenía que casarse con Rosslyn Douglas, y haberse librado de ese destino no había hecho que volviera a dormir con normalidad.

Tenía demasiadas preocupaciones.

No dejaba de pensar en sus sentimientos por Alistair, aunque en los últimos días lo que ocupaba especialmente su mente era la maldita carta. La maldita

carta y lo que sus palabras desvelaban.

Debería haberle contado de inmediato a Kenneth que Seelie estaba viva, pero su boca había permanecido sellada por culpa del miedo que tenía a que su hermano volviera a marcharse y a dejarlo solo. Había sido egoísta y había permitido que sus propios deseos se antepusieran al deber que tenía como laird y como hermano mayor. Sabía que Kenneth sufría cada segundo de su existencia, que el recuerdo de Seelie y su ausencia lo torturaban sin descanso, pero se había negado a suministrarle el remedio aun cuando lo tenía en sus manos porque no quería quedarse solo otra vez.

Qué patético y vergonzoso.

Se levantó de la cama, furioso consigo mismo. Por la mañana buscaría a Kenneth y le contaría la verdad. Le mostraría la carta y aceptaría de buen grado la marcha de su hermano, aunque eso volviera a romperle el corazón. No había justicia ni honor en retenerlo con mentiras y engaños, haciéndolo sufrir sin necesidad.

Necesitaba aire fresco, así que bajó descalzo las escaleras que llevaban al gran salón. Las enormes chimeneas todavía ardían, proporcionando luz y calor. Los hombres de su guardia que habían decidido quedarse allí a pasar la noche, se habían amontonado alrededor de la lumbre, envolviéndose en las mantas para ahuyentar el frío.

¿Estaría Alistair entre ellos? Probablemente, no. El gigantón habría encontrado una cama en la que dormir acompañado, apretado contra el suave y mullido cuerpo de una mujer.

El fantasma de los celos se arremolinó en su estómago, y lo obligó a apretar los puños y la mandíbula mientras salía al exterior. Tenía ganas de aullar.

El frío le golpeó el rostro y calmó la furia creciente en su interior, sustituyéndola por vergüenza y un extraño sentido de culpa. No tenía derecho a sentir celos, ni a amar a Alistair.

Caminó por el exterior un rato y acabó pasándose por las caballerizas. Era extraño que allí encontrara la paz que le era negada en el resto del castillo. Palmeó en el cuello a su yegua, que salió a saludarlo sacando la cabeza por encima de la valla que la mantenía encerrada en su cubículo. El de al lado, en el que debería estar el caballo de Kenneth, estaba vacío, y la ausencia de Tormenta le produjo una súbita sensación de pánico. ¿Por qué no estaba allí? ¿Se habría marchado Kenneth sin decir nada? ¿Lo habría abandonado de nuevo? La presencia de su hermano en Aguas Dulces le había proporcionado una serenidad que hacía tiempo que no sentía, porque poder compartir con él las obligaciones y los problemas hacían que fuesen más llevaderos. Si volvía a dejarlo solo...

«No puedo permitirlo», se dijo, y en un arranque poco usual en él, preparó su

yegua y salió del castillo sin decir nada a nadie; solo los guardias que custodiaban la entrada lo vieron marchar con sorpresa en sus rostros adormecidos.

Era una noche clara y la luna llena iluminaba el camino. Las huellas frescas eran fácilmente rastreables y Lean no tardó en ver la luz de la fogata del pequeño campamento improvisado. Se acercó un poco, lo suficiente para poder verlo durmiendo en el suelo, envuelto en una manta.

Las llamas lanzaban destellos rojizos en su pelo y tenía el rostro contraído, como si estuviese sumido en una pesadilla.

Respiró tranquilo. Si Kenneth no se había alejado del castillo era porque no tenía intención de abandonarlo.

Descabalgó y ató la yegua al lado de Tormenta. Solos los dos, con la naturaleza que los envolvía como único testigo, Lean encontró las fuerzas para hablar con su hermano.

—Kenneth —lo llamó sin acercarse demasiado a él. Tenía muy presente que era un guerrero formidable, mucho mejor que él mismo, y no quería correr el riesgo de acabar degollado por el impulso defensivo que mostraría al ser despertado de improviso.

Kenneth sonrió y aflojó la mano en la que sostenía el puñal. Había oído acercarse el caballo y tenía todo el cuerpo preparado para saltar sobre el extraño que se acercaba cuando oyó la voz de su hermano llamándolo.

—Acércate al fuego —le dijo mientras se incorporaba hasta quedarse sentado con las piernas cruzadas—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando.

—¿Ocurre algo?

—No. Bueno, sí. ¡Maldita sea! —masculló dejándose caer a su lado—. Tengo algo que decirte y no sé cómo hacerlo porque no te va a hacer ni puta gracia.

—Ha de ser grave si te hace maldecir y soltar palabrotas —se burló Kenneth.

—Va a hacer que odies a padre.

—Un motivo más ya no importa.

Lean miró fijamente a su hermano y llenó de aire los pulmones antes de soltar de golpe las palabras que iban a enfurecer a su hermano.

—Seelie está viva.

—¿Cómo? ¿Has venido hasta aquí para decirme esa estupidez? ¿Qué coño te pasa? ¿Te hace gracia verme sufrir?

Kenneth habló con los dientes tan apretados que casi le chirriaron. No podía creer que su hermano intentase jugar con él utilizando a su amada. ¿A qué venía eso? La furia empezó a apoderarse de él.

—¿Qué? ¡Por Dios, claro que no! Padre dejó una carta en que hablaba de ello.

Lean intentaba parecer calmado, y eso enfureció todavía más a Kenneth. Una carta. De su padre. El mismo padre que intentó por todos los medios separarlo de la mujer que amaba. ¿Podría ser que...? No, ni siquiera su padre podría haber llegado a ser tan ruin como para condenarlo a este sufrimiento con una maldita mentira.

—Lean, no sé a qué viene esta mierda que me estás echando por encima, pero no me hace puta gracia.

—Estoy intentando explicarte que hay una carta, maldita sea. ¿Quieres escucharme por una maldita vez en tu vida? Padre se llevó a Seelie porque estaba en peligro. Tiene algo que ver con un maldito demonio, aunque no sé si padre deliraba por culpa de la batalla.

Kenneth se levantó como impulsado por un resorte. Se volvió hacia su hermano y lo dirigió una mirada que hubiese hecho temblar a cualquier otro.

—Basta. No quiero oír más.

—¡Pues tienes que oírlo! ¡Porque está viva! ¿Entiendes? ¡Seelie está viva!

—¡Basta! ¡Eso no puede ser! ¿Me oyes? Llevo cinco años llorando por ella. ¡No puede estar viva! ¿Sabes cuántas veces me he metido en batalla dispuesto a morir, con la esperanza de volver a encontrarme con ella en el más allá? ¡No puede estar viva! ¡Padre no me hubiera hecho algo así!

—¡Pues lo hizo! —gritó levantándose para encararse con su hermano y hacerle entrar en razón—. Seelie está por ahí en alguna parte, viva. ¿Entiendes lo que eso significa?

No lo vio venir. El puño de Kenneth voló directo hacia su rostro y le golpeó en el mentón, haciendo que su cabeza resonara como un tambor roto. Lean no se quedó quieto y se lo devolvió. Acabaron en el suelo, dándose puñetazos como cuando eran críos, peleándose por todo y por nada, usando la violencia como el único modo que conocían de lidiar con la frustración, el dolor, el miedo, la ira y el fracaso. Lean acabó con un ojo hinchado y el mentón amoratado, y Kenneth escupiendo sangre con el labio partido y un corte muy feo en la mejilla.

Agotados ambos, se quedaron boca arriba sobre la hierba, mirando al cielo mientras resoplaban intentando recuperar las fuerzas.

—Quiero ver esa carta —dijo Kenneth al fin.

—En cuanto volvamos.

—Bien. En cuanto recupere el resuello.

De repente, Kenneth se echó a reír a carcajadas.

Alistair estaba preparando una partida de búsqueda. La preocupación por Lean estaba reconcomiéndole las entrañas. Los guardias de la puerta le habían dicho que había partido cuando todavía era noche cerrada, completamente solo. Solo, sin escolta ni nada. ¡Maldito fuera! ¿Es que no se daba cuenta de que el laird de Aguas Dulces no podía ir por ahí solo? ¿Qué tenía enemigos a los que les encantaría acabar con él? Sobre todo ahora que los MacPherson habían empezado a hacer de las suyas en la frontera del norte. ¿Qué ocurriría si una partida de esos rufianes se lo encontraban?

Todavía no había amanecido cuando ya tenía a todos los hombres listos para salir a buscarlo. Que Kenneth también estuviese fuera no era ningún consuelo. Podían haberse encontrado, o no. Podían estar juntos, o no.

En su cabeza tenía mil imágenes distintas, todas con Lean herido, desangrándose, o muerto. Y sentía que el alma se le escapaba por el dolor que sentiría por su pérdida. No solo era su laird. No solo era su amigo. ¡Maldito fuese! Se le había metido bajo la piel como una mala enfermedad y ninguna mujer era capaz de lograr quitárselo de la cabeza.

Lo amaba como un hombre no debería amar a otro, con una desesperación rayana en la locura.

Se subió el rastrillo y estaba a punto de dar la orden de partida, cuando dos jinetes aparecieron. Alistair respiró, aliviado. Lean estaba allí, sano y salvo. O quizá no tanto, pensó cuando lo vio acercarse y desmontar a su lado.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó, e hizo una mueca por el dolor. Tenía el rostro lleno de golpes, y su hermano no tenía mejor aspecto.

—Que a veces te comportas como un maldito niño —masculló, enfadado—. ¿Os habéis peleado contra una horda de salvajes, o qué?

—Diferencias fraternales, nada importante —bromeó Kenneth entregando las riendas de Tormenta a un mozo.

—Supongo que te parecerá muy divertido. ¿Os podéis imaginar lo preocupado que yo estaba? Eres el laird —señaló a Lean con el dedo—, y es mi trabajo mantenerte a salvo. ¿Cómo demonios puedo hacerlo si desapareces sin dejar rastro ni decir nada a nadie? Que no se te ocurra volver a salir solo.

—Soy perfectamente capaz de defenderme solo —gruñó Lean.

Kenneth los miraba a ambos sin decir nada. Nunca había visto a Alistair tan enfadado con su hermano. Apretaba los dientes y las venas del cuello le sobresalían por la tensión que soportaban.

—Nadie está juzgando tu capacidad —siseó a punto de perder la paciencia—, sino tu sentido común. Eres nuestro laird. Eres importante para nosotros. ¿Qué coño haríamos si te perdiéramos? ¿Eh? Maldito seas por conseguir

enfurecerme de esta manera.

Alistair se dio media vuelta y se alejó de allí a grandes zancadas. Lean se quedó mirándolo, totalmente confundido. La mirada de su amigo le había dicho mucho más que sus palabras. Se preocupaba de verdad por él, no solo porque fuese su laird, o su responsabilidad. Había... algo más. ¿Podría ser posible? ¿Podría ser posible que estuviese enfadado porque había tenido miedo de perderlo? La sola idea, descabellada de por sí, hizo que tuviera una erección. Ver la pasión con la que le había gritado, sin importarle que estuviesen delante de otros hombres, dejar entrever así sus sentimientos...

«No pienses estupideces. Sois amigos, y te aprecia como tal. Lloraría en tu funeral, pero se iría a consolar entre las piernas de una mujer a la menor oportunidad».

Sí, ese era Alistair, un mujeriego impenitente. Mejor sería que dejase de ver cosas que no eran.

—¿Siempre es así? —le preguntó Kenneth poniéndole a Lean una mano sobre el hombro.

—Se toma su responsabilidad muy en serio.

—Eso veo, sí. ¿Vamos? Quiero leer esa carta de una vez.

La leyó en silencio, sentado ante el fuego de la chimenea que chisporroteaba lanzando luciérnagas ardientes al aire. Lean se mantenía un poco apartado intentando darle, por lo menos, sensación de intimidad mientras lo hacía.

Estaban en su dormitorio. Había guardado allí la carta, dentro del arcón pequeño donde atesoraba otras cosas que eran importantes para él, pequeños recuerdos de su infancia y juventud, como la cinta del pelo que le robó a su madre antes de morir, o el caballo de madera que le talló Alistair cuando ambos eran pequeños.

Observaba a su hermano, el cambio de expresiones en su rostro, desde la incredulidad hasta la furia, pasando por toda una gama muy elocuente. Cuando terminó de leerla, estiró el brazo para devolvérsela sin levantarse. Lean la cogió, la volvió a doblar, y la guardó de nuevo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, hasta que por fin Kenneth se decidió a hablar.

—Ahora todo empieza a tener maldito sentido —murmuró.

—¿Sentido? Yo no le veo mucho.

—Porque no lo sabes todo. Hay un par de historias que debería contarte. Una tiene que ver con Blake, y la otra, ocurrió ante tus narices, y está relacionada con Gawin MacKenzie. Y ese demonio del que habla padre.

—¿Un demonio?

—Sí, aunque no sé si es eso exactamente. Derwyddon el druida dice que es un antiguo dios.

—Dioses antiguos, demonios... Todo eso parece una locura —murmuró sentándose al lado de Kenneth.

—Sí, una locura en la que me he visto inmiscuido dos veces.

—Pues empieza a hablar porque yo ya no sé qué pensar.

Kenneth habló. Le contó lo ocurrido en la aldea Recodo Salvaje, las cuevas bajo las montañas, el demonio que allí habitaba y lo que le obligó a hacer a Blake. Lean navegaba entre la incredulidad de lo que oía y la certeza de que su hermano nunca le mentiría. Escuchó en silencio sin interrumpirle a pesar de que mil preguntas se formaban en su cabeza. Cuando terminó con esa historia, empezó con la de Gawin y Rosslyn.

—Casi no puedo creer todo lo que me has contado. Si fuese otro quien lo hiciera, le diría que estaba intentando tomarme el pelo.

—Te aseguro que no hay mentira en mis palabras —contestó sin ofenderse, porque si no lo hubiera vivido en sus propias carnes, tampoco lo creería.

—Lo sé, lo sé. Pero todo es tan...

—Como un cuento de miedo para asustar a los niños y las mujeres.

—Algo así, sí. Supongo que saldrás en busca de Seelie.

—Por supuesto, pero antes tengo algo que hacer. No puedo traerla de vuelta mientras ese Gwynn sea un peligro para ella.

—¿Y qué se supone que puedes hacer tú?

—Para empezar, hacer caso del sueño que he tenido esta noche.

—¿Qué sueño?

La conversación fue interrumpida por unos golpes en la puerta. Era un criado, anunciando que Gawin MacKenzie acababa de llegar y pedía hablar con Kenneth.

—Supongo que él también habrá recibido el mensaje de Derwyddon —dijo Kenneth mostrando una sonrisa cansada.

—Pues será mejor hablar con él y que me contéis de qué se trata. Si todo este asunto puede acabar afectando Aguas Dulces y a mi gente, debería estar al tanto de todo.

—Sí, tienes razón. Pero Blake debe estar presente también.

—Enviaré a alguien a buscarlo.

Capítulo cuatro. La venganza une tanto como la amistad.

Blake estaba tumbado en la cama, completamente desnudo, con los brazos debajo de la cabeza, observando a su esposa Maisi mientras esta se vestía. Todavía no podía creerse que estuviera esperando un hijo. ¡Su hijo! Un milagro teniendo en cuenta que hasta hacía unos meses, él era un pobre desgraciado en manos de un dios malvado que lo obligaba a...

—Ven aquí —le dijo con voz firme a su mujer. Cuando los malos recuerdos lo asaltaban, solo había una manera de ponerles freno.

—¿Qué? Blake, tengo que ir a trabajar. ¿Crees que el MacDolan va a seguir permitiéndonos quedar aquí si no cumplimos con nuestras obligaciones?

—Ven aquí, mujer —le repitió alargando un brazo y ofreciéndole su mano. Quería permanecer serio, pero no pudo evitar dejar ir una sonrisa—. Tu primera obligación, ¿no es satisfacer a tu marido?

Se pasó la otra mano por el pecho, deslizándola con lentitud hacia el estómago hasta llegar a su polla, que ya estaba enhiesta y deseosa de trabajar.

—Creo que tengo a mi marido bien satisfecho, gracias. —Maisi observaba cada uno de sus movimientos, encandilada. Blake era hermoso, y completamente suyo. Se pasó la lengua por los labios, relamiéndose de anticipación—. El dolor que siento en ciertas partes es testigo de ello.

Blake se levantó de un salto y la aferró por la cintura, por detrás. Ella se debatió intentando soltarse. Era un juego entre ellos, y no pudo evitar soltar alguna carcajada mientras Blake la besaba en el cuello.

—Vas a hacer que la señora Clarke se enfade conmigo —susurró, estremecida.

—La señora Clarke come en la palma de mi mano —respondió bajándole el corpiño del vestido para dejar los pechos al descubierto y acariciárselos—. Te acompañaré y le guiñaré un ojo. Eso hará que se olvide de todo.

—Las tienes a todas enamoradas —gimió, sintiendo las garras de los celos.

—Y todas te envidian porque saben que para mí, solo tú existes, mi amor. Necesito follarte...

—Oh, Blake...

—Necesito meter mi polla en tu delicioso coño, sentir el calor de tu vagina rodeándola. Tu apretado y delicioso coño, que me tiene completamente loco. Voy a follarte fuerte y duro, por detrás. Y si te resistes, mujer, unas nalgadas te pondrán en tu lugar.

A Maisi la excitaba que Blake usara este vocabulario. Las palabras sucias hacían que su cuerpo temblara de deseo, y la amenaza de azotarla hizo que su

útero pulsara.

—Voy a luchar.

—Entonces te ataré.

—No te atreverás...

Todo era teatro. A Maisi le gustaba que la atara, y a Blake le gustaba atarla. El descubrimiento de la perversión de su esposa fue una inesperada sorpresa para ella. La primera vez que estuvo en sus manos, acababa de raptarla. Ni siquiera se conocían. Él era un bandido, un salteador, escoria humana que no creía tener derecho a amar o ser amado. Se arrepentía tanto de haberla tratado tan mal en aquellos días. Le había hecho cosas que ninguna mujer debería perdonar jamás. Pero Maisi no solo le perdonó, sino que le demostró que la redención era posible. Salvó su vida, y en el mismo proceso, también salvó su alma.

—Eres una mujer desobediente y obcecada —la riñó, tirando del resto de su vestido hasta que lo tuvo en el suelo, alrededor de los pies—. Voy a tener que enseñarte a obedecer.

—Sí, por favor...

El cuerpo de Maisi temblaba. Blake le apretó los pechos, más llenos a causa del embarazo. Bajó las manos despacio, hasta abarcar la redondeada barriga en la que su hijo crecía a salvo. Maisi alzó los brazos para rodearle el cuello. Sintió su polla dura entre las nalgas y se movió para provocarlo todavía más.

—De rodillas sobre la cama, mujer —le susurró al oído—. Así me gusta, que obedezcas. Inclínate hacia adelante, y abre bien las piernas. Quiero ver bien lo que es mío antes de follarte.

Maisi estaba a cuatro patas sobre la cama. Bajó la cabeza hasta apoyarla sobre las sábanas, y abrió las piernas todo lo que pudo. Blake se arrodilló en el suelo, y su boca quedó a la altura del coño de su mujer. Era hermoso, con el vello dorado protegiéndolo.

—Ábrelo para mí, Maisi. Ofrecémelo.

Maisi deslizó las manos entre las piernas y con los dedos, separó los labios vaginales. Estaba empapada por el deseo. Le costaba respirar y el corazón le retumbaba en el pecho.

—Tan hermoso... y mío. ¿A quién perteneces, mujer?

—A ti. Solo a ti.

Blake sonrió e inclinó la cabeza hacia adelante hasta besar aquel magnífico regalo. Le lamió el coño de arriba abajo, agarrándola de las nalgas, penetrándola con la lengua, jugando con su clítoris, torturándola sin compasión.

—Por favor, por favor —gemía ella, pero él, implacable, se retiró antes de que llegara al orgasmo.

—Eres una puta muy viciosa —la riñó.

—Sí, sí, por favor, deja que me corra.

Blake le dio un golpe en el culo y su nalga picó por el dolor, un dolor que viajó raudo e hizo que sus flujos vaginales fueran más abundantes.

—Nada de eso, descarada. Antes tienes que ganártelo. ¿Qué has hecho por mí?

—Lo que quieras, haré lo que quieras... te lo suplico...

Blake seguía maravillado por la rapidez con la que Maisi se excitaba con él. En los meses que llevaban juntos, había aprendido a tañer cada una de sus cuerdas para llevarla al borde. Para ella, el mejor excitante eran las palabras. Nada de dulces y acarameladas. Las quería sucias y duras, igual que el sexo.

—Me gusta verte de rodillas, ofreciéndote a mí. Pero mi polla necesita que la mimen. ¿Serás capaz de hacerlo, Maisi?

—Sí, sí, ¿con mi boca?

—No. Quiero follarte las tetas, mi amor. Quiero que tus magníficas y turgentes tetas rodeen mi polla y la acaricies con ellas.

Blake se levantó y se quedó esperando a los pies de la cama. Maisi, temblorosa por el deseo, se giró y se sentó delante de él. Cogió los pechos con ambas manos y dejó que la verga de Blake se deslizara entre ellas.

—Dios, qué bueno —gimió él.

Los pechos subían y bajaban con la polla aprisionada entre ellos. Ahora era el turno de Blake de temblar, apretando la mandíbula con fuerza para contenerse. No duraría mucho más. Le dolían los testículos y su miembro palpitaba dolorosamente. Estaba hinchado, tan a punto para estallar.

La tumbó sobre la cama de un empujón y le cogió las piernas para alzárselas y apoyarlas en sus hombros. Se cogió la polla con la mano y la guió hasta la entrada del delicioso coño de su esposa. La penetró con brutalidad, como a ella le gustaba. Estaba caliente y húmeda, más que preparada para él. Empujó con fuerza hasta introducirse totalmente en ella.

Maisi gemía con cada empuje. Se agarró a las sábanas y gritó, exigiendo más, más fuerte, más duro, más rápido. Las caderas de Blake se estrellaban contra su pelvis con furia, follándola con desesperación, sin miramientos, como a ella le gustaba.

Maisi arqueó la espalda y empezó a acariciarse los pechos. Se torturó los pezones sin parar de gemir. Su cabeza iba de derecha a izquierda y vuelta a empezar, perdida completamente en el placer que estaba sintiendo. Una palmada en una de sus tetas, fuerte y dura, la detuvo.

—No te toques —le gruñó Blake—. No tienes permiso para hacerlo.

—Por favor, por favor —gimoteó. El golpe había enviado directo hacia su útero una pulsación insoportable—. Necesito correrme ya.

—Aguanta un poco más. Sabes que así será mucho más bueno.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Lo sentía en su interior, estirándola. Blake hizo un movimiento con ella y le tocó en un punto sensible allí, la parte mágica, que hizo que gritara sollozando de desesperación.

—¡No puedo más! ¡No puedo más!

—¡Córrete! ¡Ahora! —rugió Blake. Maisi se dejó ir, liberando de golpe todo el placer acumulado. Estalló en su cuerpo como una tormenta de verano, arrasando con todo, arrancándole la piel, la vida y el alma. Gritó y sollozó, y tiró de las sábanas, curvó la espalda, balanceó la cabeza de un lado a otro, mientras Blake seguía empalándola cruelmente con su verga, follándola con dureza, como si quisiera atravesarla con ella, haciendo que el orgasmo se prolongara mucho más, obligándola a correrse una y otra vez hasta que se quedó sin fuerzas, totalmente relajada y débil.

—Esto ha sido... —musitó.

Blake se apartó de ella y bajó sus piernas hasta que tocaron el suelo.

—Todavía no hemos terminado. Date la vuelta.

Maisi abrió los ojos. Estaba agotada, y se sorprendió al ver que la polla de Blake seguía dura.

—Oh.

Él no se había corrido. Miró su rostro, y estaba contraído por el dolor. Se dio la vuelta y se puso como estaba al principio, a cuatro patas, ofreciéndole su trasero. Blake cogió las nalgas y clavó los dedos en ellas. Estaba al borde, no duraría mucho más.

La penetró despacio, con cuidado, conteniendo el deseo. Se enterró hasta la empuñadura y permaneció así quieto durante unos segundos, respirando agitadamente, con todo el cuerpo temblando. Quería arrancarle otro orgasmo a su mujer.

Le rodeó la cintura con un brazo y la agarró del pelo con la otra, tirando hacia atrás. Maisi gritó, pero no de dolor, sino de sorpresa. No podía evitar excitarse cada vez que Blake la trataba con rudeza, que su cuerpo temblara de anticipación, que se mojará su sexo, lubricándose todavía más.

—Te gusta así, ¿verdad? —le susurró en el oído—. Eres una perra, por eso te gusta tanto que te folle por detrás, como un animal, ¿verdad?

—Sí, sí —lloriqueó, sorprendida de sí misma. ¿Cómo podía estar excitada otra vez? ¿Qué tenía este hombre que era capaz de llevarla al agotamiento, y al segundo siguiente, volver a tenerla a punto de estallar?

—¿Te gusta sentir mi polla llenándote?

—¡Sí!!

—¿Quieres que me corra dentro de ti? ¿Que te llene con mi semilla?

—¡¡Sí!! Por favor, Blake, te lo suplico...

El gemido fue casi inaudible. Era una muñeca en sus manos, sin fuerzas para nada, ni siquiera para sostenerse. Si no fuese por los fuertes y rudos brazos de Blake, que la sostenían, se hubiera derrumbado allí mismo. Pero en su interior estaba enroscándose otro orgasmo que iba a lanzarla mucho más allá que el último. La dejaría sin mente, totalmente vacía de sí misma.

Blake gritó al correrse, y ella lo acompañó, rasgando su garganta con el chillido de placer y dolor que sintió cuando él le pellizcó un pezón, que desembocó en un frenesí de gozo que la llevó al borde de la locura.

Unos minutos más tarde, cuando ambos yacían tumbados en la cama, con el pecho de Blake pegado a su espalda, Maisi pudo volver a abrir los ojos.

—La señora Clarke me va a odiar.

Blake estalló en carcajadas.

Una hora más tarde, cuando Maisi ya se había ido a trabajar en las cocinas del castillo y Blake se preparaba para integrarse en su guardia, alguien llamó a la puerta.

El MacDolan lo convocaba a su presencia.

Kenneth y Lean recibieron a Gawin palmeándole la espalda, contentos de volver a verlo. Era curiosa la manera en que la amistad entre los hombres podía fraguarse en circunstancias tan extrañas. Cualquiera otro, el lugar de Lean, estaría resentido contra aquel hombre que le había robado la novia ante sus propias narices; pero, en realidad, el MacDolan estaba agradecido de que hubiera sido así.

—Estaba convencido de que no te veríamos en una buena temporada.

—Y esa era mi intención, pero parece que Derwyddon no tiene muchas ganas de dejarme disfrutar de mi mujer.

—¿Derwyddon? —preguntó Kenneth—. Supongo que también te ha enviado con un mensaje. Deja que adivine: hay que ir a Inbhir Ùige a por la dama de las flores.

—¿También te ha visitado en sueños? Parece que nos tiene inquina, a los hombres felizmente casados.

Blake hizo la pregunta mientras cruzaba la puerta. Se saludaron con efusividad y bromearon durante unos instantes sobre las ventajas de ser hombres casados, bajo la mirada indulgente de Kenneth y Lean, que los dejaron fanfarronear sobre lo satisfechos que estaban sus respectivas mujeres sin intentar

meter baza en la conversación.

Kenneth seguía teniendo muy presente el desconcertante descubrimiento que acababa de hacer: Seelie estaba viva. O, por lo menos, cabía esa posibilidad. Aunque cuanto más rato pasaba, más le costaba digerirlo. Lo había invadido una oleada de emociones contradictorias que lo sacudían furiosamente como una tormenta. Por un lado, estaba eufórico ante la posibilidad; pero, por otro, también estaba aterrado. A lo largo de estos cinco años podían haber pasado muchas cosas.

—Bueno, ¿cuándo partimos hacia Inbhir Ùige? —preguntó Blake.

—¿Partimos? Nada de eso. Voy a ir yo solo —sentenció Kenneth, y su tono de voz no admitía réplica.

—De eso, nada. Nos quiere a los tres allí —terció Gawin sin hacer caso.

Kenneth intentó hacerles ver que no era necesario que ellos también fuesen. Tenían esposa, los dos, y además, Blake iba a ser padre en unos meses. ¿Cómo iba a permitir que arriesgaran sus vidas? El único que realmente tenía interés en acabar con Gwynn era él, para poder traer de vuelta a Seelie a casa sin que fuese peligroso para ella, en el caso de que realmente estuviese viva, algo que no sabía si creer.

Pero ninguno de los dos se dejó convencer. Ambos tenían cuentas pendientes con el Cazador Salvaje, y ninguno de los razonamientos de Kenneth iba a impedir que buscasen la venganza a la que creían que tenían derecho. Fue como darse de cabezazos contra la pared, así que al final partieron los tres al día siguiente, en dirección a la aldea de Inbhir Ùige, en la desembocadura del río Wick.

Capítulo cinco. Un reencuentro agridulce.

Inbhir Ùige era una aldea costera cuyos habitantes se dedicaban básicamente a la pesca. Era un conjunto de casas bajas y pequeñas que hablaban de la pobreza de sus gentes. En la playa estaban las barcas, volcadas boca bajo; algunas estaban siendo reparadas por hombres de manos gruesas y callosas.

Seelie desembarcó aquella misma tarde en una chalupa junto a su hijo, al que sostenía sobre el regazo, Derwyddon, y dos marineros que se encargaban de los remos. Cuando se acercaron a la orilla, los dos hombres saltaron al agua para poder empujar la barca hasta la arena pedregosa para que ella no tuviera que mojarse los pies.

Volvía a estar en casa.

—¿Veremos pronto al abuelo y a mis tíos? —preguntó el pequeño Ken, retorciéndose en sus brazos para que lo dejara en el suelo.

—Pronto, cariño. ¿Tienes ganas de conocerlos?

—Sí, supongo —contestó, encogiéndose de hombros.

El muchacho había acogido la noticia de que tenía más familia, además de su madre, con estoicismo y un poco de incredulidad. Su única pregunta fue: ¿y mi papá? A Seelie se le encogió el corazón al tener que explicarle de nuevo que su papá estaba muerto, que no iban a encontrarse con él. Ken era demasiado pequeño para tener un concepto claro de lo que era la muerte, y no terminó de comprender por qué sí iba a tener abuelo y tíos, pero no un padre como el resto de niños.

Seelie lo dejó en el suelo y le cogió de la mano, aunque él miraba con avidez a un grupo de chicos de su edad que jugaban en la arena. Miró a su madre sin decir nada, pidiéndole en silencio permiso para unirse a ellos, pero ella ni siquiera se dio cuenta y lo obligó a ir con ella en pos de Derwyddon, que se había adelantado para guiar a los marineros que llevaban su equipaje hasta la mugrienta posada que había en el pueblo.

Volvía a estar en Escocia, y un extraño sentimiento se apoderó de ella. Durante aquellos cinco años se había negado a sentir nostalgia, sobre todo porque estaba segura de que jamás iba a tener la oportunidad de regresar. Se había resignado a pasar su vida encerrada en un convento, tal y como había dispuesto el MacDolan, y ni siquiera se le había ocurrido que si se enteraba de que tenía un nieto, lo reclamase.

«¿Y cómo se ha enterado?», se preguntó por enésima vez. O quizá no lo sabía. Derwyddon no le había dicho nada al respecto, por lo que las dudas volvieron a asolarla. Quizá había decidido que iba a casarla con otro, y eso le

retorcía el alma. No iba a aceptar, por mucho que intentara imponérselo. Se negaría en rotundo y volvería al convento.

«¿Y si utiliza a Ken para obligarme a obedecer?».

El MacDolan no era conocido precisamente por tener un corazón blando, sino todo lo contrario. Si tenía que amenazarla con apartarla de Ken para obligarla a aceptar un nuevo matrimonio, estaba segura de que lo haría sin remordimientos. Quizá debería haber dejado a su hijo en el convento para mantenerlo a salvo, pero la sola idea de separarse de él casi la había hecho enfermar.

Siguió a Derwyddon hacia el interior de la posada y subió las escaleras tras él hasta la pequeña habitación que le habían designado. Había dos jergones contra la pared y los marineros habían dejado los baúles con su equipaje al otro lado.

Volver a poner los pies en Aguas Dulces iba a ser una tortura. Todos los recuerdos junto a Kenneth la acecharían sin misericordia, y sería muy duro vivir allí. Pero, por otro lado, quizá la ayudaría poder compartirlos con su hijo, llevarlo por los mismos sitios en que estuvo con el hombre que amaba, y hablarle de todas las cosas que habían vivido juntos. Así, Ken saciaría la curiosidad por su padre que pronto despertaría, y ella podría exorcizar los recuerdos dolorosos y aprender a convivir con ellos.

Se preguntó cómo estarían Lean y Rogue. Probablemente, a esas alturas ya estarían casados y habrían formado una familia. Ken tendría primos con los que jugar y dejaría de ser un niño aislado, encerrado en un convento en el que solo había mujeres. Sonrió con la esperanza de encontrar a unas amigas en sus cuñadas.

«Tengo que confiar en que todo irá bien», se dijo, aferrándose a esa esperanza.

La comida de la posada no estaba mal, pensó Derwyddon mientras cenaba junto a Seelie y a su hijo. Su hijo. La existencia del pequeño había supuesto una verdadera sorpresa. ¿Estaría al tanto Morgaine? Podía ser que no. Estos últimos cinco años, Seelie había estado demasiado lejos de su madre para que esta pudiera vigilarla, así que era muy probable que tampoco lo supiera.

Sintió un ramalazo de remordimiento por lo que estaba haciendo, llevarla de vuelta a un lugar en el que era probable que encontrase la muerte; pero no había otra alternativa. Seelie era el Cáliz, y era una parte fundamental en el plan que habían trazado para conseguir encerrar definitivamente a Gwynn, un dios salvaje, sangriento y vengativo que ya no tenía cabida en aquella nueva era. La

suya, la era de la magia, los druidas y los dioses antiguos, estaba terminando y debían desaparecer ahora que el nuevo dios, el dios de los cristianos, se había impuesto con contundencia.

Pero no se sentía cómodo utilizándola a ella. El Cáliz debería ser alguien fuerte con el corazón de un guerrero, no una dulce joven que ya había sufrido demasiado. Pero saber que era ella había hecho que las acciones de Gwynn cobraran sentido: por eso la quería a ella para engendrar a su hijo. Un bebé engendrado por el Cazador Salvaje y el Cáliz sería prácticamente invencible e invulnerable. Por suerte, el destino o los dioses habían intervenido a tiempo, y Seelie había perdido la pureza en manos de ese escocés gruñón hijo del MacDolan anterior.

«Nunca es un error confiar en los sentimientos de los seres humanos».

—Nos hospedaremos aquí unos días. Recuerda no quitarte nunca el medallón, mujer. Sobre todo, ahora.

Seelie asintió sin entender muy bien de qué estaba hablando. Ella no sabía nada de Gwynn, del peligro que corría estando en Escocia, y de que lo único que la protegía en aquel momento era ese medallón que impedía que el Cazador Salvaje supiera que estaba allí. Si se lo quitaba, aunque fuese un breve momento, sabría que estaba viva y a su alcance, e iría a por ella.

No importaba que ya no fuese virgen y que ya no pudiese utilizarla para engendrar a su hijo. Gwynn era más que consciente de su importancia y de que si conseguía acabar con ella, se aseguraría unos cuantos siglos más de libertad.

«Cuida bien de mi hija, Twain —oyó la voz de Morgaine en su cabeza—. No hagas que me arrepienta de haberte escogido a ti».

«La protejo con mi vida, Cerridwen. Hasta que sus guardianes lleguen».

Aquella noche, Seelie soñó con Kenneth. Revivió la última noche que pasaron juntos, haciendo el amor. Volvió a sentir la sensación de las manos de su marido sobre la piel, las caricias íntimas, los besos ardientes, las palabras que le susurraba mientras la penetraba, y el éxtasis final. Fue tan vívido que de su garganta surgieron gemidos de necesidad mientras su cuerpo, inquieto, sentía el vacío que nunca jamás volvería a ser llenado.

La despertó su hijo con su vocecita asustada mientras le sacudía el hombro con sus pequeñas manos.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Nada, cariño. Solo tenía una pesadilla. Vuelve a dormirte.

Una pesadilla. Casi podría decirse que había sido eso. Seelie arrastraba la culpabilidad por la muerte de Kenneth. Si hubiera aceptado el matrimonio

concertado por su tío, Aguas Dulces no habría sido atacado y Kenneth seguiría vivo. Pero la lujuria le había nublado el sentido común y había cedido, entregándose en cuerpo y alma a él.

En el convento había aprendido que los deseos de la carne eran siempre impuros y traían la desdicha. Una vida de virtud era el camino que debía seguir una mujer, pero ella se había arrojado a los brazos de Kenneth, lo había perseguido con obcecación desde que era una niña, obsesionada con él.

Hasta que lo había conseguido y habían tenido que pagar las consecuencias.

«Nunca más —se dijo mientras arrojaba a su hijo—. Nunca más voy a dejarme llevar por la lujuria».

El día amaneció gris y nublado. Kenneth, con el ánimo atormentado, cabalgaba en silencio mientras Blake y Gawin no dejaban de parlotear como dos alcahuetas.

No había pasado una buena noche. Había soñado con Seelie, y la última noche que habían pasado juntos. Todavía no podía creer que hubiese la posibilidad de que estuviese viva, pero eso no impedía que estuviese furioso con su padre, por haberla apartado de su lado y hacerle creer que había muerto; con su hermano, por haber mantenido el secreto durante tantos días, sin atreverse a contárselo.

Y con Seelie. Sobre todo con ella. ¿Por qué había permitido que la apartaran de él sin luchar? Se sentía engañado por todos y muy furioso, con una rabia sorda creciéndole en el corazón, echando raíces como la mala hierba.

Llegaron a Inbhir Ùige poco después del amanecer. Las barcas de pesca acababan de zarpar, y todavía se podía ver a alguna sobre el agua, con los pescadores desplegando la pequeña vela para que impulsara la barca hacia el interior del mar, donde había más abundancia de peces.

—Todo apesta a pescado —musitó Gawin entre dientes, arrugando la nariz.

—Es un pueblo de pescadores. ¿Qué esperabas? ¿Que oliera a perfume? —se rio Blake, burlándose de la cara de asco de su amigo.

—Ahí está Derwyddon —murmuró Kenneth, señalando con el mentón.

El druida estaba sentado sobre un viejo tocón a un lado del camino. Los observaba acercarse con los labios curvados en una sonrisa. Los saludó con la mano y se incorporó cuando llegaron a su altura.

—Ya estamos aquí, maldito druida —rezongó Kenneth al desmontar—. ¿Dónde está esa dama que tenemos que escoltar?

—Está aquí, pero antes debería decirte algo sobre ella. —Derwyddon respiró

profundamente y miró hacia la posada, que estaba a poca distancia. ¿Cómo se lo tomaría el escocés cuando supiera quién era la dama?—. La conoces, Kenneth.

—La conozco. Muy bien. —Kenneth estaba impaciente—. Ahora terminemos con esto porque tengo cosas que hacer.

—Supongo que te refieres a que tienes que ir a buscar a tu esposa, a la que creías muerta pero que no lo está.

El druida había captado toda su atención con una sola frase. Había enarcado las cejas y le había dirigido una mirada prepotente bastante molesta que provocó que Kenneth cerrara los puños.

—¿Y tú qué sabes sobre Seelie?

—Lo sé todo, muchacho. En realidad, te llevarás una sorpresa, porque la dama de las flores a la que debéis escoltar, es ella.

Aquella fue la gota que colmó el vaso de la paciencia del escocés. Se echó encima del anciano y si Blake y Gawin no hubieran sido rápidos en detenerlo, le habría asestado un buen puñetazo.

—¿Es una maldita broma, anciano?! —bramó lleno de furia. ¿Cómo se atrevía el maldito viejo a tomarle el pelo de esa manera? No podía ser que Seelie estuviera allí, tan cerca. ¿Y cómo sabía Derwyddon de su existencia? ¿O dónde se había estado escondiendo durante todos estos años? ¿Cómo había dado con ella?—. No juegues conmigo o le perderé el respeto a tus canas —lo amenazó, cerrando los puños, decidido a deshacerse del agarre de sus amigos.

—No es una broma, Kenneth. Seelie está viva, pero todavía está en peligro.

—¿Y dónde está? No la veo por ninguna parte.

—Está en una de las habitaciones de la posada.

—Quiero verla.

—Sí, pero antes hay algunas cosas que deberías saber.

—Lo que tengas que explicarme puede esperar. Quiero verla. Ahora.

—Ella no sabe que tú sigues vivo. Le hicieron creer que habías muerto, y yo no le he dicho la verdad. Además, no ha venido sola.

—¿Cómo que no ha venido sola? ¿Quién hay con ella? ¿Un hombre? ¿Se ha unido a otro?

—Bueno, no puedes reprochárselo, amigo —le dijo Blake palmeándole el hombro—. Tu has tenido tu buena lista de amantes durante todos estos años, ¿no? Te gusta más el sexo que a un crío un dulce.

—¡No es lo mismo! ¡Yo soy un hombre! Ella... ella... no tenía derecho a borrarle de su corazón tan rápido.

—Dejad de decir sandeces. —La voz áspera del druida los hizo callar—. No es un hombre. Durante todo este tiempo ha estado escondida en un convento. El único contacto que ha tenido ha sido con las monjas y con su confesor. Y con tu

hijo.

—¿Con mi qué?

—Con tu hijo. Estaba embarazada cuando se la llevaron. Eres padre, Kenneth.

Era padre. Tenía un hijo. ¡Un hijo! Creyó que las rodillas iban a fallarle y se apoyó en Blake, poniendo una mano en su hombro. El viejo MacDolan no solo lo había apartado de la mujer que amaba, también se había llevado a su hijo no nato. ¡Maldito fuera! ¡Ojalá se estuviera pudriendo en el infierno!

—Llévame con ellos —siseó, harto de todo.

—Vaya, qué feliz reunión familiar. ¿Verdad, esposo mío? —dijo una fría voz de mujer a sus espaldas.

Seelie se levantó y se vistió con cuidado de no despertar a su hijo. Era muy temprano y quería aprovechar para salir a que le diera un poco de aire fresco antes de tener que concentrar toda su atención en el pequeño. En el convento las cosas eran más fáciles para ella porque eran muchas mujeres, todas dispuestas a atenderlo y mimarlo. Ahora, viéndose sola y sintiéndose desamparada en muchos aspectos, en cuanto Ken se despertaba no tenía tiempo para otra cosa.

En el barco, las interminables horas en que tuvieron que permanecer encerrados fueron tediosas para ambos, y puso todo su empeño en mantenerlo entretenido. En los ratos que les permitían subir a cubierta para que les diera el aire y el sol, toda su atención estaba centrada en él, temerosa de que pudiese ocurrirle un accidente.

Estaba segura de que en cuanto se despertara, querría salir a jugar con los otros niños del pueblo y, aunque sabía que no podría mantenerlo por siempre encerrado en una burbuja, a salvo del mundo, tal y como había estado en el convento, se le hacía difícil perderlo de vista ni un solo instante.

Pero necesitaba meditar sobre su futuro, y sabía que el pequeño no despertaría hasta al cabo de un par de horas. Así que bajó las escaleras de la hostería y salió.

El día estaba gris y nublado, amenazando lluvia, y hacía frío, pero las gentes del pueblo ya estaban ocupadas en sus quehaceres cotidianos sin importarles el tiempo amenazante. Incluso las barcas de pesca se habían hecho a la mar, y Seelie rezó para que nada malo les sucediera. Poco podrían hacer los pescadores en aquellas pequeñas barcas si el mar se enfurecía y estallaba una tormenta.

Rodeó la posada y vio a Derwyddon. Estaba de pie hablando con tres hombres, tres guerreros con espadas, muy altos y de anchos hombros. ¿Serían

los que esperaban? Uno de ellos le resultó muy familiar aunque no podía verle el rostro porque estaba de espaldas, ni oírle porque todavía estaba demasiado lejos.

Pero cuando gritó «¿Es una maldita broma, anciano?!» sus pies se quedaron pegados al suelo y las rodillas empezaron a temblarle. ¿Era Kenneth? ¿Su Kenneth? ¿El hombre que durante estos últimos cinco años había creído muerto? No, no podía ser. Su tío le había dicho que estaba muerto, ¿por qué iba a mentirle? Quizá era Rogue, el hermano pequeño, que siempre se había parecido a él.

Pero no. Era Kenneth. Lo confirmó cuando por fin pudo acercarse lo suficiente para oírlo hablar sobre las muchas mujeres con las que había yacido durante estos años.

Aquello fue un tortazo de realidad. Durante estos años, mientras ella había estado llorando su ausencia encerrada en un convento, él la había olvidado completamente yendo de cama en cama, entregándose a otras mujeres. ¿Este era el gran amor que decía sentir por ella?

—Vaya, qué feliz reunión familiar. ¿Verdad, esposo mío? —dijo con la voz tan fría como congelado tenía el corazón.

Kenneth se giró completamente sorprendido. Era ella, y estaba allí. Seelie, su Seelie, estaba viva. La alegría lo inundó y fue hacia ella para poder abrazarla. No estaría seguro de que era real y no una aparición hasta que la tuviera en los brazos. Pero Seelie, dolida por lo que acababa de escuchar, salió huyendo en dirección a la posada, olvidando toda dignidad, con la intención de correr escaleras arriba para encerrarse en su habitación.

Kenneth, balbuceando incoherencias, totalmente confuso por su reacción, sin comprender por qué huía de él, fue tras ella para intentar detenerla. La cogió por la muñeca para impedir que siguiera huyendo.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —le dijo tirando del brazo para soltarse, dando varios pasos hacia atrás—. No vas a tocarme con esas manos que han tocado a tantas otras mujeres.

—Me dijeron que estabas muerta, Seelie —se justificó con voz lastimera—. Necesito abrazarte para convencerme de que eres real. ¡Te he echado tanto de menos! Ni un solo segundo he dejado de pensar en ti.

—Claro, mientras te divertías con otras. Debió ser muy duro para ti. —El sarcasmo era tan evidente que para Kenneth fue como una bofetada en pleno rostro—. No quiero que te acerques a mí. No vas a tocarme nunca más.

—Seelie, por favor —suplicó, llevándose la mano al corazón—. Ninguna de ellas significó nada para mí. Solo intentaba olvidarte porque he sido incapaz...

—¿Yendo de cama en cama? ¿Así es como honraste el amor que nos unía?

—Estás siendo terca y obstinada, mujer.

—Siempre lo he sido, ¿recuerdas? Ah, no, que te olvidaste muy fácilmente. Maldito seas.

Seelie estaba alterada y en aquellas circunstancias, era imposible intentar razonar con ella. Estaban empezando a llamar la atención, y algunos de los aldeanos escuchaban disimuladamente su discusión. Por eso decidió darlo por zanjado hasta que pudieran sentarse y hablar tranquilamente, sin testigos molestos.

—Quiero ver a mi hijo.

—Está durmiendo. Cuando despierte ya lo verás, pero antes yo hablaré con él porque cree que su padre está muerto. Mientras esperas, entretente con algo. Seguro que hay muchas mozas ligeras de cascos en este pueblo que te harán feliz por una moneda. Búscate a una.

Seelie alzó la barbilla y se dirigió hacia la posada intentando mostrar dignidad, pero su corazón estaba roto en pedazos.

En el convento, al principio de su llegada, muchas veces soñó con que él estaba vivo y que volvían a reencontrarse. Imaginó mil circunstancias diferentes en las que se producía, pero nunca, jamás, una en la que el corazón se le quedaba helado por culpa de la decepción y los celos.

Kenneth la dejó marchar, abatido y descorazonado. Tenía razón, por supuesto. Si hubiese sido al revés, si Seelie se hubiera abandonado en los brazos de otros hombres con la excusa de intentar olvidar la desesperación que la consumía, él se hubiera sentido exactamente igual de traicionado.

Pero aunque no podía cambiarse el pasado, sí podía tomar las riendas del futuro y, con la determinación propia de un guerrero, decidió hacer todo lo posible por conseguir su perdón.

Capítulo seis. El corazón de un padre.

Derwyddon observó a Kenneth alejarse. Se avecinaba una batalla de voluntades que iba a ser, cuanto menos, divertida, aunque esperaba que no interfiriera demasiado en sus planes.

Sus planes. Miró a los otros dos hombres. Era hora de que les contara qué estaba pasando realmente porque iba a necesitar su ayuda.

—Tenéis cara de estar muertos de hambre. Vayamos adentro.

—Vaya sorpresa se ha llevado —dijo Blake, preocupado por su amigo—. ¿Por qué no dijiste claramente que la dama de las flores era su esposa?

—Para darle un poco de intriga al asunto. Y para ponerlo a prueba.

—¿A prueba? ¿Por qué?

—Será mejor que vayamos a un lugar más discreto para hablar. Además, yo todavía no he desayunado.

Derwyddon se dirigió hacia la posada. Blake y Gawin se miraron entre ellos antes de decidir seguirlo. Blake deseaba ir con su amigo, pero comprendió que lo más probable era que en aquel momento Kenneth prefiriera estar solo.

Se sentaron en una de las mesas de la taberna y les sirvieron un desayuno abundante y delicioso sobre el que se abalanzaron como si hiciera décadas que no comían.

—Creo que se me ha caído el estómago a los pies —bromeó Gawin con la boca llena.

—Tú no pierdes nunca el apetito, ¿no?

—¿Y por qué iba a perderlo? —preguntó, verdaderamente sorprendido.

—Por nada. Da igual. ¿Nos vas a contar ahora de qué va todo? —preguntó, dirigiéndose a Derwyddon.

—Por supuesto. Gwynn es un peligro para la humanidad. La era de los druidas y de los dioses antiguos ya ha terminado, debemos retroceder y dejar que el dios cristiano ocupe nuestro lugar. Nosotros ya cumplimos con nuestra parte en el gran esquema. La evolución de la humanidad ha de seguir adelante, pero ya no tenemos cabida en ella. Gwynn se niega a aceptarlo y está obsesionado con recuperar el poder que ha ido perdiendo. En su locura, cree haber encontrado la solución. Si el Dios cristiano consiguió tanto poder encarnándose en un hombre, ¿por qué él no? Durante los últimos cien años ha estado buscando a la hembra perfecta con la que engendrar a su enviado. —Miró a Blake porque había tenido mucho que ver en su plan. El guerrero se estremeció al recordar esa parte de su vida que estaba deseoso por olvidar—. La hembra perfecta es el Cáliz, la dadora de vida, una mujer con un impecable linaje druídico en cuya sangre corre la

magia más pura. —Derwyddon hizo una pausa para mirar a sus compañeros, acentuando el suspense—. Esa mujer es Seelie.

—¿La esposa de Kenneth? ¡Válgame Dios! —susurró Blake. Gawin empalideció.

—Sí, la misma. Cuando ella desapareció después del ataque a Aguas Dulces, estuvo buscándola por toda Escocia. No sé si no supo que había abandonado estas tierras, o si buscaba otra sustituta, pero ahora eso da igual. Seelie ya no sirve para sus planes.

—Porque no es virgen.

—Exacto. Para Gwynn era primordial que el Cáliz se mantuviera puro hasta el momento en que él la poseyera, porque de otra manera no sería capaz de soportar la gestación de su vástago.

—No lo entiendo —murmuró Gawin.

—Tiene que ver con el poder y la magia. Es largo de explicar y no tenemos tiempo para ello. Lo importante es que, aunque Seelie ya no sirva para sus intereses, es un peligro para él. Hay un ritual que lo encerrará a perpetuidad en un lugar desde el que no podrá acceder nunca más a este mundo, y el Cáliz es el único ser que puede llevarlo a cabo. Mi plan es llevar a Seelie hasta el Santuario de Gwynn para que ejecute el ritual.

—Kenneth nunca lo permitirá. ¿Ahora que ha conseguido recuperar a la mujer que ama? —Blake negó con vehemencia—. Se opondrá de plano a este plan.

—Lo sé. Por eso no podemos decírselo.

—Derwyddon, ¿queréis que le mintamos a nuestro amigo?

—No nos queda más remedio. Mientras Gwynn siga suelto, aunque su poder está disminuyendo, es un peligro para todos. Su influencia todavía es muy fuerte en estas tierras, y que su plan principal se haya ido al garete, no significa que no tenga otros modos de conseguir aumentar su poder y expandirse. ¿Que creéis que ocurrirá si lo logra? El resto de dioses están desapareciendo, y el equilibrio que lo sujetaba ya no existe. Pronto no habrá poder en esta tierra que pueda ponerle freno. Los sacerdotes del dios cristiano no tienen armas con las que luchar contra él. Nadie estará a salvo. vuestras familias estarán en constante peligro. ¿Qué crees que pasará contigo, tu esposa y tu hijo, si Gwynn vence esta guerra, Blake? ¿Y tú, Gawin? ¿Creéis que estarán a salvo?

Ninguno de los dos contestó. Por supuesto que sabían que Gwynn iría a por ellos para vengarse. Habían luchado contra él y lo habían vencido, y eso era algo que el Cazador Salvaje no olvidaría.

—Pero Kenneth es nuestro amigo. Le debemos mucho.

—Lo sé. Sé que no será fácil para vosotros, pero no nos queda más remedio

que mentirle. Kenneth querrá proteger a Seelie a cualquier precio, algo lógico y comprensible. Cualquiera de nosotros haría lo mismo. Pero no podemos permitirlo, no cuando el resto de la humanidad va a sufrir las consecuencias. Os necesito, a los dos. ¿Vais a ayudarme?

Blake y Gawin se miraron durante unos segundos y acabaron asintiendo. No les gustaba el plan, y odiaban tener que mentir al hombre al que le debían la vida y su felicidad; pero sus familias estaban en peligro, y eso pesaba más en la balanza que la amistad o la lealtad.

—Sí, lo haremos.

—Sí.

—Bien. —Derwyddon asintió, aliviado—. Recordad que él no puede saber nada. Regresaremos a Aguas Dulces y permaneceremos allí. Cuando llegue el momento de ir hasta el santuario, os avisaré.

—Lo dejamos todo en vuestras manos, druida, pero... —Blake dudó, mirando hacia la puerta por la que acababa de aparecer Kenneth—. Esto no me gusta nada. Nada de nada.

Después de su encuentro con Kenneth, Seelie se escondió en su habitación y se sentó en la cama, el único lugar en el que podía hacerlo. Intentó llorar en silencio para no despertar a su hijo. El viaje en barco hasta allí había sido muy largo y agotador, y quería que durmiese un poco más. Pero el chico tenía el sueño ligero y los sollozos ahogados de su madre acabaron despertándolo. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos antes de mirarla.

—¿Estás triste, mamá? —le preguntó poniéndose de rodillas a su lado para tocarle el rostro con sus manitas.

—No, cariño. ¿Por qué dices eso? —Seelie intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca.

—Estás llorando.

—No, cielo, es que me ha entrado algo en los ojos y me escuecen.

—Ah. —El niño aceptó la explicación sin ningún problema. En su inocente cabeza no cabía la idea de que su madre le mintiera—. Tengo hambre. ¿Hay algo para comer?

—Claro que sí, pero antes tengo que contarte algo muy importante.

Seelie miró aquella carita tan querida. Se parecía mucho a su padre. Tenía el mismo color de ojos, la barbilla orgullosa y una sonrisa deslumbrante. De ella había heredado la impulsividad.

Tragó saliva con nerviosismo, intentando encontrar la mejor manera de

contarle que su padre, en contra de lo que había creído siempre, no estaba muerto. Ken, demasiado paciente para un niño tan pequeño, algo que había aprendido en el convento, esperó en silencio a que su madre continuara hablando.

—¿Recuerdas que siempre, cuando me preguntas por tu papá, te digo que está en el cielo? —Ken asintió con la cabeza—. Bueno, mamá estaba equivocada. Tu papá no está en el cielo.

—¿Está en el infierno? —En su rostro había un atisbo de miedo y Seelie se sintió molesta con las monjas que siempre le andaban contando historias del infierno para obligarlo a obedecer.

—No, cariño. Tu papá está vivo y nos ha encontrado. ¿Quieres conocerle?

—¿Papá está aquí? ¿No está muerto? —Ken permanecía serio. Parecía mucho más mayor de lo que era. Aunque nunca había acabado de comprender lo que significaba estar muerto, sí sabía que implicaba estar ausente para siempre.

—Sí, cielo, está aquí. Todos pensábamos que había muerto, pero estábamos confundidos. ¿No es maravilloso?

Seelie intentaba parecer feliz y contenta, y lo consiguió en parte. Seguía enfadada con él, pero después de tantos años de estar llorando su muerte, volver a encontrarlo hacía que su corazón revoloteara.

—¿Dónde está? ¡Quiero verle! ¿Se ha escondido para que le encuentre?

—No, cariño, está abajo, esperando a que te despiertes para poder conocerte.

Ken se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Sus pies descalzos no hacían ruido al pisar la madera del suelo, y el camisón que llevaba se le pegaba a sus cortas piernas.

—¡Ken! ¡No puedes salir así, tienes que vestirte!

Seelie intentó atraparle antes de que cruzara la puerta, pero el muy travieso la esquivó y se escurrió escaleras abajo antes de que lo consiguiera. Su corazón bombeaba de contento, pero también estaba asustado. Quería conocer al hombre que era su padre cuanto antes, para saber qué podía esperar de él.

Con su madre pisándole los talones, llegó a la taberna. Corrió hasta el centro, ante la mirada atónita y divertida de todos los presentes, y allí se quedó quieto, mirando a su alrededor. Todas las caras eran desconocidas. Por un instante, creyó que podría reconocer a su padre nada más verlo, pero no había sido así. Un sollozo le nació en el pecho y arrugó el rostro en un puchero. ¿Cuál de todos esos hombres sería su padre?

—¡Papá! ¿Quién es mi papá?

Kenneth estaba sentado en la taberna, desayunando. Derwyddon se había ido cuando él llegó, y Blake y Gawin lo miraban en silencio, con su atención centrada también en la comida.

Tenía la impresión de que le ocultaban algo, pero en ese momento no tenía ganas de pensar en ello. Seguía enfadado con Seelie, por su reacción tan fría y por su negativa a presentarle a su hijo. Estaba ansioso por conocerlo. ¿Cómo sería el crío? ¿Se parecería a él, o a ella? ¿Sería inteligente? ¿Un chico fuerte? Ansiaba poder abrazarlo. ¿Sabría montar a caballo? Lo dudaba, pero él le enseñaría. Y también a usar una espada y el arco, y saldrían a cazar. ¿O quizá era demasiado pequeño? Tenía que admitir que no sabía nada de niños, y que lo asustaba un poco. ¿Le gustaría él a su hijo? Sabía que tenía un cuerpo muy grande y que eso hacía que, a veces, los más pequeños le tuvieran miedo.

Un alboroto procedente de las escaleras lo hizo mirar hacia allí. Un niño pequeño entró corriendo y se quedó quieto en mitad de la sala, mirando a todos. Iba descalzo y solo llevaba un camisón puesto. ¿Sería su hijo? El corazón empezó a martillarle en el pecho cuando vio a Seelie bajar corriendo las escaleras tras él y quedarse quieta al pie, mirándolo. Kenneth le preguntó con la mirada y ella asintió. Sí, era su hijo.

—¡Papá! ¿Quién es mi papá? —gritó el chico, y Kenneth se levantó de inmediato para responder.

—Soy yo, muchacho. Soy tu papá.

El niño se le quedó mirando, indeciso, sin saber qué hacer. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Cuando Kenneth puso una rodilla en el suelo y abrió los brazos, el chico no se lo pensó ni un instante: corrió hacia él sollozando para ser recibido con un fuerte abrazo de oso.

Acogió a su hijo entre sus brazos, apretándolo contra el pecho, sin poder creérselo. No solo había recuperado a su amada Seelie, sino que, además de esposo, ahora también era padre. Un hijo. ¡Un hijo! No podía creer que fuese verdad, pero tenía una prueba irrefutable sollozando contra el pecho.

Fue incapaz de decir nada. Estaba embargado por la emoción y tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Si abría la boca, acabaría llorando igual que el chiquillo. ¡Maldito muchacho que hacía que se sintiera vulnerable!

Se levantó con él en brazos, acunándolo mientras el chico no dejaba de llorar, y caminó hacia donde Seelie estaba esperándolo. Se había llevado una mano a la boca en un vano intento de mantener la compostura, pero las lágrimas también rodaban por sus mejillas. Le ofreció la mano sin soltar a su hijo, y ella aceptó. Los tres desaparecieron escaleras arriba, dejando en la taberna a un buen número de hombres hechos y derechos tragando saliva para contener la emoción que los había golpeado.

—Joder —exclamó Blake frotándose los ojos con la manga—. No puedo ni imaginarme qué debe estar sintiendo Kenneth ahora mismo.

—¿Te estás convirtiendo en una llorona? —lo acicateó Gawin, sorbiendo sus propias lágrimas.

—Igual que tú.

—Qué vergüenza de guerreros que somos.

—¡Oh, cállate y termina el desayuno! Yo voy a ver si consigo un carro para el viaje.

—¿De verdad eres mi papá?

Estaban en la habitación de la posada. Kenneth se había sentado sobre uno de los catres, con su hijo en el regazo, y Seelie en el otro. Estaban frente a frente. Ella lo miraba, todavía dolida por lo que había descubierto, pero enternecida por la emoción con la que Kenneth observaba a su hijo.

—Sí, lo soy.

—Ah.

El niño alzó las manitas para tocarle la cara lleno de curiosidad, y él lo dejó hacer, cerrando los ojos, deleitándose en esa caricia tan inocente.

—¿Eres un guerrero?

—Y muy bueno.

—¿Me enseñarás a luchar?

—Cuando seas mayor, claro que sí.

Kenneth tragó saliva con dificultad. Las emociones bullían en su interior y no sabía qué hacer con ellas. Tenía ganas de abrazarlo con fuerza, de gritar de alegría, de dar saltos de felicidad. Tenía un hijo. ¡Un hijo! El mundo había girado sobre sí mismo, poniéndolo todo patas arriba. Y, por primera vez en su vida, estaba realmente aterrado. ¿Sería capaz de convertirse en un buen padre para este niño? ¿Sería capaz de educarlo, de ser un ejemplo a seguir para él? Ante él se descubrió la gran responsabilidad que acababa de caer encima de sus espaldas, pero apartó a un lado todo temor y se juró que iba a poner todo su empeño para convertirse en un padre del que su hijo pudiera estar orgulloso.

—Yo no sabía que tenía un papá.

—Y yo no sabía que tenía un hijo.

El niño bajó la mirada con timidez.

—¿Me vas a querer? —preguntó con indecisión.

—Ya te quiero con toda mi alma, Kenneth.

La sonrisa que Ken le dirigió a su padre fue un regalo celestial que lo hizo

henchirse de orgullo.

—Nadie me llama así —le dijo, riéndose.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te llaman? —preguntó, secundando su risa alegre.

—Ken. Mamá solo me llama Kenneth cuando va a reñirme.

—¿De verdad? —Kenneth alzó la mirada y se encontró con los profundos ojos azules de su esposa, que estaba haciendo un considerable esfuerzo por mantenerse tranquila y no estallar de la emoción por la ternura que le provocaba aquella escena—. ¿Y te riñe muy a menudo?

—No. Yo soy bueno. Está tan triste siempre que intento no hacerla enfadar nunca.

Seelie apartó la mirada y tragó saliva. Nerviosa por la intensa mirada que su marido le dirigía, se levantó y empezó a revolver en el baúl, buscando ropa limpia para vestir a su hijo.

—Yo también estaba muy triste siempre, porque pensaba que ella había muerto. —Seelie soltó un bufido de incredulidad, y Kenneth pensó que era mejor dejar ese tema para más adelante, cuando su hijo no estuviera presente—. Pero ahora estamos juntos de nuevo y no vamos a separarnos nunca más. ¿Tú crees que así mamá dejará de estar triste?

—Yo creo que sí. ¿Vamos a vivir juntos?

—Sí. En un gran castillo lleno de gente.

—¿Habrá otros niños con los que pueda jugar?

—¡Hay un montón de niños! Ya verás como harás muchos amigos.

—Ken, —los interrumpió Seelie. La declaración de Kenneth la había puesto muy nerviosa, y necesitaba que se fuese de la habitación antes de que su corazón se ablandara y lo perdonara cuando todavía no se había ganado ese perdón—. Es hora de lavarse la cara y vestirse, ¿o quieres pasar todo el día solo con el camisón?

—Será mejor que hagas caso a tu madre.

—Sí, papá.

Papá, una palabra que pensó que jamás se le aplicaría a él. Sonrió con ternura y le revolvió el pelo a su hijo antes de ayudarlo a bajar de su regazo.

—Os espero abajo, para dar un paseo por la aldea.

—No —cortó Seelie, mirándolo muy seria—. Ken tiene que desayunar, y probablemente Derwyddon querrá seguir viaje inmediatamente. No hay tiempo para paseos. Tengo que empacarlo todo.

—Mamá, por favor...

El rostro desolado de Ken la hicieron suspirar. Se sentía como si estuviera entre la espada y la pared. Comprendía la necesidad del pequeño de estar con su padre, pero ella todavía no estaba preparada para empezar a actuar como una

familia.

—Y, ¿te parecería bien que me lo llevase a él un rato? Así podrás empacarlo todo sin que te estorbe.

—¡Mi hijo no es un estorbo! —protestó, furiosa de repente.

—No he querido decir eso —se justificó Kenneth—. ¡Claro que no lo es! Me refiero a que no tendrás que estar pendiente de él.

—No es ninguna molestia estar pendiente de él.

La mirada furibunda que Seelie le dirigió lo hizo respirar profundamente. No había sabido expresarse y, ahora, cualquier cosa que dijese para arreglarlo, lo empeoraría. Así que decidió hacer una retirada estratégica.

—Está bien, ya habrá tiempo. Voy a hablar con Derwyddon a ver qué tiene decidido hacer.

—¡Pero mamá, yo quería ir con papá! —protestó el pequeño, haciendo pucheros. Los ojos de Seelie fueron de la carita desolada de su hijo, al rostro entristecido del hombre que todavía amaba más que a su propia vida, y se dio por vencida.

—Está bien —aceptó—. Pero no vuelvas a decir que mi hijo es una molestia para mí. No te atrevas—, añadió, mirando a Kenneth con el rostro adusto.

—Nunca más. Vamos, hijo. Vístete deprisa. Te espero abajo.

Capítulo siete. La pasión no se olvida.

Seelie ensanchó las aletas de la nariz para aspirar profundamente el aroma de las Tierras Altas, del que había estado apartada durante tanto tiempo. Iba en el pescante de la carreta que Blake había conseguido en el pueblo, al lado de Derwyddon. El druida manejaba las riendas con maestría, casi sin esfuerzo, y los dos caballos percherones que tiraban de ella lo obedecían con presteza.

En la parte de atrás de la carreta iban los dos baúles que le pertenecían, y habían dejado espacio suficiente para que ella y el pequeño Ken pudiesen dormir allí por la noche. Kenneth había comprado a precio de oro uno de los colchones rellenos de paja de la hostería para que ellos pudieran dormir con comodidad, un gesto que ella agradeció en silencio.

Todavía estaba enfadada, por supuesto, aunque comprendía que su enojo era injusto. No podía culpar a Kenneth por haberse acostado con otras mujeres; pero dolía, le dolía mucho saber que había encontrado consuelo, aunque fuese efímero, entre los muslos de otras, mientras ella penaba en soledad, lejos de todos los que conocía, y rodeada de extraños. ¿Por qué el viejo *laird* les había hecho algo así? No podía concebirlo por más que lo intentaba. Ni siquiera la noticia de su muerte, que Kenneth le había dado aquella misma mañana cuando le preguntó por él, podía hacer que en su corazón hubiese un poco de indulgencia. Su primer pensamiento, muy poco cristiano, había sido: ojalá se pudra en el infierno.

Las risas de su pequeño le llamaron la atención, y hacia él dirigió su mirada. Iba montado en Tormenta. Su padre lo sostenía delante de él, y el chico iba feliz entre los brazos de su padre, protegido y a salvo, agarrado a las crines del caballo. Kenneth parecía henchido de felicidad, hablando y riendo con su hijo, que no paraba de hacerle preguntas.

Había cambiado mucho, durante estos cinco años que habían pasado lejos el uno del otro. Ya no era aquel muchacho con mirada inocente que la rondaba a escondidas, atormentado por amar a su prima en contra de los deseos de su padre. El rostro se le había curtido y los ojos mostraban una fría determinación que, a veces, le daba miedo. Era un hombre que se había endurecido en los campos de batalla, en soledad, sin esperanza, y que se había acostumbrado a obtener lo que quería, aunque tuviese que utilizar la fuerza para conseguirlo.

¿Qué le exigiría a ella, ahora que volvían a estar juntos? Ante los ojos de Dios seguían siendo marido y mujer, y ella le debía obediencia y respeto. ¿La obligaría a cumplir con su deber conyugal? Una parte de ella lo deseaba; la otra, lo temía. Kenneth ya no era aquel muchacho dulce que la había amado con

devoción y ternura; ahora era un hombre, un guerrero agresivo y brutal, que la miraba con una pasión irrefrenable. Durante el viaje, era posible que la presencia de su hijo y de los otros hombres le impidieran tomarla, pero estaba segura de que en cuanto llegaran a Aguas Dulces, no podría escapar de él. Le exigiría que se metiera en su cama, y ella no sabía si tendría las fuerzas necesarias para negarse.

Porque también lo deseaba, aunque estuviese enfadada y lo temiese. Ansiaba pasar sus manos por el pecho musculoso, deleitarse en el tacto de su piel, sentirlo de nuevo en su interior, sus gruñidos de placer, los besos sobre la piel, el estremecedor contacto de sus manos callosas...

No pudo evitar sonrojarse y apartó la mirada. Oyó a Derwyddon, sentado a su lado, dejar ir una risa divertida.

—Es un hombre guapo, tu marido, ¿eh?

Seelie tensó la mandíbula y miró hacia otro lado para evitar contestar. Sí, Kenneth había sido un muchacho guapo que se había convertido en un hombre muy apuesto. Pero la sola intensidad de su mirada, la asustaba.

Kenneth sentía los ojos de Seelie mirándolo. Su mirada era como un leve cosquilleo en la nuca, que se deslizaba por la espalda. Hacía rato que lo notaba, pero su hijo había acaparado toda su atención con su charla y sus preguntas sobre Aguas Dulces, hasta que se había quedado dormido entre sus brazos.

Avanzaban lentamente debido al carro en el que iban Seelie, Derwyddon y el equipaje. Afortunadamente, se había levantado un día espléndido y el sol irradiaba vida desde el cielo, haciendo que las hojas de los árboles fuesen más verdes, y el colorido de las flores, más vibrante.

Kenneth refrenó a Tormenta hasta que quedó a la misma altura que el carro. Todavía estaba haciéndose a la idea de que ella estaba viva, y de que tenía un hijo. Era como si Dios hubiese escuchado sus plegarias y hubiera decidido obrar el milagro que se la había devuelto. Pero, a pesar de su fe en Dios, Kenneth no creía en los milagros, lo que hacía que un pequeño resquicio de su mente recelase de su buena fortuna.

—Dámelo, yo lo llevaré.

Seelie alargó los brazos esperando que Kenneth le pasase el cuerpecito dormido de su hijo.

—No es necesario —replicó él, afianzando su abrazo sobre el pequeño.

—Se te cansará el brazo.

—No me importa.

Le parecía mentira tener un hijo, y temía que si dejaba de sentir el calor de su cuerpo contra el propio, el sueño se desvanecería y volvería a encontrarse solo,

sin ellos.

Seelie asintió y volvió a acomodarse en el asiento, con las manos sobre el regazo.

Estaba hermosa. El tiempo la había convertido en una mujer muy bella, con pechos plenos y caderas redondeadas. La noche anterior había soñado que estaban de regreso en Aguas Dulces, y habían hecho el amor salvajemente. Se había entregado a él sin dudar, y había satisfecho cada uno de sus deseos. Se había despertado agitado y nervioso, y solo el hecho de saber que no estaba sola en su habitación, que su hijo estaba allí con ella, le había impedido que se levantara y fuese a exigirle que cumpliera como su esposa.

—Esta noche hablaremos —le dijo por fin.

Mientras Blake y Gawin se ocupaban del campamento y de Ken, la llevaría al bosque y conseguiría que lo perdonase.

—No hay nada que decir.

Seelie sabía que estaba siendo obstinada. No podía rehuir eternamente el momento de enfrentarse a él, y de perdonarlo. Pero todavía no estaba preparada. Debía dejar que pasara algún tiempo antes de hacerlo, el suficiente para que su corazón aceptara que no debía culparlo por lo que había hecho. Kenneth pensaba que ella había muerto, esa era la verdad, y no tenía derecho a juzgar sus actos. Pero le dolía demasiado.

—Yo creo que sí, y lo haremos.

Seelie resopló y apartó la mirada de él, levantando la barbilla en un gesto orgulloso. Kenneth se sintió juzgado injustamente y despreciado, y en sus entrañas se removi6 algo parecido a la ira. Era como si no fuese la misma. ¿Tanto había cambiado durante este tiempo? Probablemente. Él también lo había hecho. Ninguno de los dos eran los mismos, y tendrían que volver a conocerse y aprender a quererse de nuevo.

Tenía que pedirle perd6n. Eso era lo que le dictaba la conciencia y el recuerdo de lo culpable que se sentía siempre después de haber follado con una mujer que no era Seelie. Sus propias justificaciones, todas aquellas que se decía a sí mismo cuando le remordía la conciencia, ahora eran huecas y falsas. Y sentía una extraña urgencia por oírla decir que lo perdonaba, porque la presencia de Derwyddon allí no presagiaba nada bueno. Su mayor miedo era que quisiera involucrarla en algo relacionado con el demonio que él ya había combatido en dos ocasiones, el maldito Gwynn. Si lo que había escrito su padre en la carta era cierto, el Cazador Salvaje la quería a ella, y no sería extraño que al condenado druida se le hubiese ocurrido la magnífica idea de usarla de cebo para acabar con él.

Pero enfrentarse a ese ser era peligroso, él lo sabía muy bien, y no iba a

permitir que Seelie se viese envuelta en ese asunto. Iba a frustrar los planes del druida, fuesen los que fuesen, estaba muy determinado a ello.

Ken era una fuente constante de preguntas. Su corta vida había transcurrido entre las paredes del convento en el que había crecido, sin ver a penas el mundo que había más allá. Solo permaneció en silencio el rato en que su madre, después de comer, lo obligó a acostarse para hacer la siesta en el colchón que su padre había preparado en la parte trasera del carro.

Al atardecer, cuando la comitiva se detuvo para preparar el campamento en el que iban a pasar la noche, siguió con su incansable lista de preguntas, pero esta vez, el lugar de martirizar a su padre, los objetivos fueron Blake y Gawin.

Seelie lo observaba sentada en la parte trasera del carro, sin intervenir, aliviada de que su hijo, que se había criado con el único contacto masculino del convento, el sacerdote que las visitaba regularmente, no se sintiera incómodo o vergonzoso al hablar con estos guerreros fornidos.

Por eso no se dio cuenta de que Kenneth estaba junto a ella hasta que fue demasiado tarde, cuando ya le había cogido la mano con fuerza y la llevaba casi a rastras hasta el bosquecillo cercano, en el que estarían completamente solos.

—Kenneeth, basta.

—Nada de eso. Tenemos que hablar.

—No hay nada que tú puedas decir, que yo quiera escuchar.

—Me da igual que no quieras. Lo harás.

Seelie tuvo que alzarse las faldas para no tropezar con ellas. Podría gritar, pero dudaba que alguno de los dos hombres que quedaban en el campamento hiciesen algo por ayudarla, y Derwyddon había desaparecido hacía un rato y no había regresado todavía. Además, no quería asustar a su hijo haciendo una escena.

—Te estás comportando como un bárbaro.

—Soy de las Tierras Altas, ¿lo has olvidado? Somos bárbaros.

—No puedes hacer esto.

—¿El qué? ¿Obligar a mi esposa a escucharme?

—Arrastrarme de esta manera por el bosque, como... como... como si yo fuese un fardo.

Kenneth se paró y la miró con dureza.

—¿Acaso habrías venido voluntariamente si te lo hubiera pedido con educación?

—¡No! No habría venido porque no quiero oír nada de lo que tú tengas que decirme.

—Ajá. Por eso es por lo que te he arrastrado hasta aquí.

—Claro, y ha de hacerse tu santa voluntad porque yo no tengo derecho a negarme.

—Seelie, solo quiero pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué, exactamente? ¿Por haber estado todos estos años refocilándote en camas ajenas? ¿Por no haber tenido ni un solo momento de luto por mí? ¿Por no haberme llorado?

—Todavía te estoy llorando, mujer. Cada momento que he pasado pensando que estabas muerta, ha sido una agonía para mí. He buscado la muerte en mil batallas solo para poder reunirme contigo en el Paraíso. Durante estos años mi vida ha estado constantemente rodeada de tristeza y dolor. Sí, me he acostado con un montón de mujeres en un vano y desesperado afán de volver a encontrar esa parte de mí que había muerto contigo, y nunca, jamás, la encontré. Te llevaste mi alegría, mis ganas de vivir, mi esperanza. Te llevaste todo lo bueno que había en mí, y solo quedó el amargo sabor de la derrota y la soledad. ¿Quieres castigarme por ello? De acuerdo, me lo merezco. Mis devaneos fueron la peor manera que encontré de llorar tu pérdida, pero estaba aturdido, dolorido y enfadado porque te habías atrevido a morirte y me habías dejado atrás.

Había tanto dolor en sus palabras que Seelie no pudo evitar sentirlo en su propio corazón. ¿Cómo podía seguir manteniéndose distante con él, si podía apropiarse de sus palabras? La agonía de la pérdida, la derrota y la soledad, no le eran desconocidas; ni el deseo de morir, tampoco. Ella misma había pasado por ello, y solo había encontrado consuelo en Dios, en las plegarias y en su hijo. ¿Cómo podía seguir culpándolo por buscar desesperadamente un consuelo que nunca había llegado?

Alzó la mano y le acarició el rostro. La oscuridad los había rodeado y, sorprendida, miró la mano en la que quedaba el resto de una lágrima.

Kenneth estaba llorando, torturado por el dolor y el arrepentimiento.

—Me he convertido en un mal hombre, mi amor. Es por eso que te pido perdón. Por no haber sido capaz de comportarme con honor cuando tú me faltaste. Debí haber hecho lo mismo que tú, refugiarme en un monasterio y dedicarme a la contemplación y el estudio de las Escrituras. Rezar, en lugar de aferrarme a mi espada y dedicarme a matar en un desesperado intento de morir.

—Pobres de los monjes que te hubieran acogido. —Seelie lloraba y reía al mismo tiempo, intentando imaginarse a este guerrero, fuerte como un roble, vestido con los hábitos de un monje, dedicado a una vida de contemplación—. Hubieras acabado volviéndolos locos.

Intentó seguir furiosa con él, pero le fue imposible. ¿Cómo podía? Habían sufrido demasiado, ambos, y no estaba en su mano seguir castigándolo.

Se alzó de puntillas y posó en sus labios un suave beso.

—Te perdono —susurró llena de emoción—. Te perdono.

El beso, aunque delicado, espoleó el deseo de Kenneth. Sus manos deambularon hasta posarse sobre las mullidas nalgas y la apretó contra su cuerpo, alzándola en vilo para poder apoderarse de su boca con total impunidad. Seelie le rodeó el cuello con los brazos, abandonándose a la caricia de sus labios, unos labios implacables, exigentes, y tan, tan añorados.

Sin darse cuenta, se encontró con la espalda contra el suelo, aplastada por el fornido cuerpo de Kenneth, que no había dejado de besarla ni un momento. Las manos de él se deslizaron por los costados del vestido para levantarle las faldas y poder acariciar su piel. Las deslizó hacia arriba hasta llegar a las caderas mientras ella temblaba bajo su cuerpo.

—Seelie... —susurró con voz temblorosa—. Te deseo...

Le besó la comisura de los labios, la mejilla, y bajó por el cuello hasta que se topó con el infernal vestido recatado que llevaba. Frustrado, empezó a tirar de los cordones de la espalda para aflojarle el corpiño.

Ella intentó protestar. Aquello le parecía una indecencia, estar medio desnuda tan cerca del resto de hombres. ¿Y si los buscaban y los descubrían? Pero aunque lo intentó, no pudo evitar que él acabara dejando al descubierto sus pechos, tan plenos, tan hermosos, tan deseables.

—Oh, Dios... —susurró, embelesado.

Los pezones estaban duros exigiendo su atención. Seelie respiraba con agitación, aferrada a los hombros de Kenneth, mirándolo con los ojos entrecerrados por la pasión. Cuando pasó la lengua muy lentamente por encima del rígido pezón, el cuerpo de Seelie tembló sin control. El fuego prendió en sus entrañas, una llama incombustible que se expandió por todo su cuerpo.

—Oh, Dios, Kenneth...

No dejó el pezón, torturándolo con la lengua y los labios, perdido en el placer que sentía y proporcionaba. Deslizó la mano por el muslo, escondida bajo la falda, hasta el triángulo de vello púbico. Seelie se estremeció e intentó cerrar las piernas, muerta de vergüenza. Kenneth, implacable, no se lo permitió y acariciándola y susurrándole al oído, consiguió que se relajara y abriera las piernas, permitiéndole acariciarla en el lugar prohibido.

Abrió los labios vaginales con los dedos y jugó con el clítoris, haciendo que se hinchara. Deslizó los dedos hasta penetrarla con uno. Estaba mojada y preparada para él.

—No... aquí no, por favor —le pidió, intentando empujarlo, pero él era grande y fuerte, y le fue imposible moverlo ni un centímetro. El resto de hombres estaban muy cerca y, aunque había intentado olvidarlo, no podía. Y su

hijo podía aparecer en cualquier momento.

—Ssssht —le chistó con cariño—, sí, aquí sí. Te necesito ahora, mi amor.

—Nos oirán —protestó ella con la voz entrecortada.

—No, no nos oirán si no gritamos.

—Kenneth, por favor...

La calló con un beso mientras se alzaba el kilt. Se posicionó entre sus piernas abiertas y la penetró con cuidado. Estaba tan mojada, tan estrecha, que todo su cuerpo se sacudió por el placer. Volvía a estar vivo y completo, enterrado hasta la empuñadura en el cielo que era el coño de su mujer.

Empezó a moverse, entrando y saliendo. Ambos jadeaban con fuerza, exhalando el aliento a trompicones, esforzándose por no gritar. Kenneth intentaba contenerse yendo despacio para no hacerle daño porque hacía mucho tiempo que aquel coñito no era visitado.

—Dime si te hago daño —le susurró al oído.

—No, no me lo haces —contestó ella.

Se arqueó cuando la polla de Kenneth golpeó hasta el fondo y tocó aquel punto mágico que hizo que su cuerpo se sacudiera. Gimió de placer y se llevó el puño a la boca para tapar el sonido que salía por ella.

—Mi amor... mi mujer... tan bella... tan estrecha... —susurraba él al oído sin dejar de empujar las caderas contra ella, su polla entrando y saliendo en una cadencia rítmica que marcaba el baile de su deseo—. Voy a follarte mil veces cada día. Voy a follarte hasta que no puedas caminar. Eres mía, mía, mía... y no voy a dejar que nada ni nadie vuelva a apartarte de mí.

Seelie se estremecía y se rebelaba ante cada palabra. La lujuria era un acto pecaminoso, pero se sentía tan bien sentirlo en su interior de nuevo, empujando con vehemencia. Era como si una parte de su cuerpo hubiese estado vacía e inútil hasta que volvieron a encontrarse.

Pero aquello no estaba bien. ¡No eran animales! Su confesor siempre le decía que el acto sexual entre un hombre y una mujer estaba destinado a la reproducción, que usarlo para el propio placer era pecado. Ella echaba de menos hacer el amor con su esposo, y las penitencias por confesarlo habían sido rápidas y duras hasta que consiguió reprimir el deseo.

Y ahora, volvía a caer en él.

—Kenneth, no, esto no está bien... —susurró sin fuerzas.

Estaba dividida. Su cuerpo lo deseaba y respondía a cada caricia, a cada beso, a cada empuje de su pelvis, a cada roce de su polla en su interior. Pero su mente no quería aceptarlo y se rebelaba ante la respuesta salvaje de su piel y su corazón.

—Basta, por favor... —suplicó.

Kenneth volvió a besarla. No quería oírla. En su mente turbia sus súplicas se perdían. No las creía. Su cuerpo respondía. Su coño estaba empapado por el deseo y pulsaba con los primeros estertores del orgasmo. ¿Y le pedía que parase? No pensaba hacerlo.

—Córrete —le gruñó con voz dura al oído mientras su mano volvía a torturar el clítoris, sin dejar de taladrarla con la polla—. Córrete, mujer.

Seelie no pudo evitarlo. Su cuerpo respondió a la orden gruñida y estalló en mil fragmentos, sacudiéndose con espasmos mientras mordía el puño para evitar gritar. La liberación fue brutal, como un puñetazo en el estómago, y la dejó sin aliento, rota y desmadejada, totalmente vulnerable.

—Así me gusta —jadeó él con la mandíbula apretada, conteniéndose—, que mi esposa responda a mis caricias, como debe ser. Ahora vamos a por el segundo.

—No, Kenneth. Quiero que termines.

—Ni hablar. He estado hambriento de ti demasiado tiempo como para permitir que esto termine tan pronto.

Con los dientes apretados, salió de su interior. La polla estaba hinchada y le dolía, pero soportó la tortura. Quería sentir el dolor, atesorarlo como lo que era. Hacía tantos años que no se sentía completo que ahora no iba a dejarse ir hasta haberse saciado de ella completamente.

Le levantó las faldas del todo, dejando descubierto el triángulo de vello. Seelie protestó levemente, intentando volver a cubrirse, pero él no se lo permitió. Se arrodilló entre las piernas, le puso las manos en las nalgas para levantarla un poco y así poder enterrar el rostro entre ellas. Lamió el coño, sorbiendo los jugos que chorreaba y la penetró con la lengua, jugando con ella, deleitándose con sus gemidos. Chupó el clítoris, haciendo que ella se estremeciera y arqueara la espalda.

Así la quería, entregada y atormentada por el placer, sin capacidad para pensar en nada más que en lo que sentía. Quería alejar de ella cualquier otro pensamiento que no fuese el gozo que la hacía estremecer.

Alzó el rostro y observó los ojos vidriosos de Seelie, perdidos en la nada, todo pensamiento racional anulado completamente.

—Eres mía, Seelie, y no voy a permitir que nos niegues el placer que nos merecemos —susurró, aunque no supo si ella lo había oído, ni le importó.

Volvió a penetrarla y empujó con fuerza. Necesitaba liberar su parte salvaje. Necesitaba enterrarse profundamente para soltar su semilla, llenarla con ella, marcarla como si fuese un animal salvaje. Quería que, al regresar al campamento, todos supieran lo que habían hecho al ver su pelo despeinado, su ropa arrugada, sus mejillas arreboladas. Quería que oliese a él.

Empujó con dureza una y otra vez. El único ruido en el bosque era el de sus cuerpos chocando con fiereza, y sus gruñidos de placer insatisfecho. Le pellizcó un pezón para obligarla a abrir los ojos. Necesitaba que lo mirara, que sus ojos se fijaran en él.

—¡Mírame! —le ordenó, y sus ojos azules lo enfocaron con sorpresa—. Di que eres mía. ¡Dilo!

—Soy tuya —aceptó ella, sintiendo que un nuevo orgasmo arrollador la hacía saltar por los aires.

Ambos se corrieron sin control, los cuerpos sacudidos por el ansiado placer negado durante tantos años. La semilla de Kenneth la inundó, calentando su interior frío y muerto durante tanto tiempo. Jadeantes y sudorosos, Kenneth se dejó caer sobre ella, aplastándola de nuevo con su rudo cuerpo, y Seelie lo abrazó para apretarlo todavía más.

Capítulo ocho. Un viaje accidentado.

Lean caminaba por los pasillos de Aguas Dulces arrastrando los pies, agotado de un duro día. Atender a los lugareños que dependían de él y que buscaban justicia, y hacer de intermediario en las constantes disputas que surgían entre los suyos, era agotador. Eran hombres orgullosos y fieros y no era fácil complacerles con sus sentencias, aunque siempre intentaba ser lo más justo posible.

Estar toda la mañana con un Alistair vigilante a su lado, había hecho que fuese más duro de lo normal. Durante años había podido vivir disimulando lo que sentía en su corazón, y no comprendía por qué ahora se le hacía tan difícil.

Ansiando un poco de soledad, pasó la tarde cabalgando. Sabía que debería haber ido acompañado, pero en aquellos momentos no podía tolerar la compañía de nadie. Necesitaba pensar, y tener a su lado a los guerreros que Alistair se empeñaba en que siempre lo acompañaran cuando salía fuera de las murallas, era inaceptable.

Cuando regresó, se encerró en su gabinete y no dejó que nadie lo molestara.

Sentía que el corazón se le estaba pudriendo en el pecho, incapaz de manifestar el amor ilícito que sentía por su amigo. Se miraba en el reflejo del agua y veía a un monstruo que tenía unos sentimientos anti natura que no eran normales.

Llegó a la puerta de su dormitorio maldiciendo a Dios por obligarlo a sufrir así. A veces, llegaba a preguntarse si aquello era cosa del diablo. La lujuria era un pecado, pero no era simple lujuria lo que sentía por Alistair. Por supuesto que soñaba con noches interminables de placer carnal con él, pero eso no era todo. Había una parte llena de ternura en sus sueños, una parte en la que permanecían con las piernas enredadas mientras sentía el corazón de Alistair golpear bajo el oído mientras permanecía con la cabeza apoyada sobre su pecho, envueltos en un abrazo.

Aquello era más que deseo. Era amor, ni más ni menos, y tenía la sensación de estar siendo engañado y burlado por el destino, con el alma torturada por este sentimiento que era incapaz de controlar ni hacer desaparecer.

Por supuesto, no podía terminar la noche en paz.

Alistair estaba esperándolo ante la puerta de su dormitorio, con el hombro apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando lo vio llegar le dirigió una mirada furiosa y parecía muy dispuesto a reñirlo como si fuese un niño travieso inconsciente de los peligros a los que se exponía.

—Has vuelto a salir a cabalgar tú solo, sin importarte mi opinión.

—No es un buen momento, Alistair. Hablaremos mañana.

Lean no quería discutir, no cuando se encontraba tan agotado que ni siquiera era capaz de reprimir el galope de su corazón por la cercanía del hombre que amaba.

—¿Por qué lo haces? ¿Disfrutas haciéndome sufrir? ¿O desafiarme es alguna manera de reafirmar tu poder como laird? ¿No entiendes que tienes enemigos? Podrías encontrarte en medio de una emboscada y morirías por culpa de tu obcecación. ¿Por qué eres tan irresponsable?

—No soy un maldito niño que necesite estar siempre protegido, Alistair; ni una mujer incapaz de defenderme. —Lean estaba furioso por las palabras de su amigo, y por el torbellino de emociones que parecían a punto de estallar en su pecho—. Soy un hombre, un guerrero capaz de cuidar de mí mismo. No necesito una maldita niñera, ni escolta armada, para salir a dar un paseo a caballo por mis propias tierras.

Alistair se acercó a él con los ojos encendidos y el rostro crispado por la furia. Tenía ganas de golpearlo hasta hacerlo entrar en razón, y apretó los puños con fuerza.

—Es tu responsabilidad hacer lo necesario para mantenerte a salvo, maldito seas. ¡Eres el laird! No puedes permitirte el lujo de ser un imprudente; demasiada gente depende de ti para que te arriesgues de esta manera. Prométeme que no volverás a hacer algo así. ¡Prométemelo, maldita sea!

—No tengo que prometerte nada —siseó Lean.

Intentó apartarlo de un empujón para sortearlo y meterse en su dormitorio. No quería seguir discutiendo porque su proximidad estaba poniéndolo mucho más nervioso que de costumbre. Su olor a sudor y a cuero; el calor que desprendían sus ojos y su cuerpo; el pelo, recogido en un moño mal hecho que deseaba deshacer. Todo en Alistair era una maldita tentación. Pero este lo agarró por el brazo para impedirselo, y se quedaron quietos, muy juntos, con sus cuerpos casi pegados, y las miradas fijas en la boca del otro.

Lean tragó saliva y, de repente, el fuego estalló. Porque no pudo reprimir las ganas de besarlo, lo hizo. Le cogió la cabeza con rudeza y se apoderó de esos labios que tanto lo habían mortificado durante sus sueños. Invadió la boca con la lengua, empujándolo contra la pared, arrinconándolo allí, obligándolo a aceptar la bendita intrusión.

Alistair no se resistió al principio. Su cuerpo se rindió ante aquella furia contenida en forma de beso, y correspondió con la misma fiereza, rodeando con sus brazos la cintura de Lean, sometiéndose voluntariamente a las caricias que le enardecían el alma.

Durante un instante, fueron felices. Durante un momento, se sintieron libres

y exultantes. Sus mentes se regocijaron y sus cuerpos gritaron reclamando más besos, más caricias, más calor.

Hasta que Alistair lo apartó de un empujón para marcharse, asustado de sí mismo, del beso y de sus propios sentimientos tan fuertes y poderosos.

Lean, destrozado, lo observó marchar en silencio, con el pulso acelerado y jadeando todavía, maldiciéndose por no haber sido capaz de contenerse.

El día había amanecido nublado. El cielo encapotado parecía amenazar lluvia. El viento frío del norte se deslizaba por las montañas, formando algunos pequeños remolinos.

Seelie estaba sentada en el carro, al lado de Derwyddon. Se había envuelto en una manta para protegerse del frío y tenía al pequeño Ken en brazos. El niño no estaba conforme porque quería ir con su padre, como el día anterior, pero estaban en una zona peligrosa, en la que abundaban los bandidos y los renegados, y los hombres debían estar preparados para defenderse si era necesario. Llevar a un niño en brazos entorpecería mucho a Kenneth si tenía que luchar.

—¿No os envió el MacDolan, verdad? —le preguntó a Derwyddon, que estaba atento conduciendo el carro.

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué vinisteis en mi busca?

—Le debo mucho a vuestro esposo. Todos le debemos mucho. ¿No os habló anoche de sus últimas aventuras?

Seelie enrojeció. La noche anterior no habían hablado mucho cuando se apartaron de los demás. Se habían besado, acariciado y hecho el amor, sintiéndose extrañamente incómoda y deseosa al mismo tiempo. Durante los últimos cinco años se había obligado a olvidar lo que sentía cuando estaba en los brazos de Kenneth, refugiándose en la fe y en la oración. Ahora era como si estuviese traicionando todo lo que había aprendido estando con las monjas, y las largas conversaciones que habían mantenido con ella sobre la importancia del celibato, y la lucha contra los deseos impuros. Porque no podía negarse que deseaba a Kenneth, pero sentir placer estando en sus brazos ahora la hacía sentir impura.

—No.

—Quizá deberíais preguntarle a él. Y que os hable de los cambios que han habido en Aguas Dulces. No me corresponde a mí daros las noticias.

—¿Os referís a la muerte del anciano MacDolan, y que ahora mi primo Lean es el laird?

—Entonces, sí hablasteis.

—No. Kenneth me lo contó antes de salir de Inbhir Ùige.

Un grito violento cortó la conversación. Siete hombres se abalanzaron sobre ellos, espada en mano, lanzando un estentóreo grito de guerra que erizó el vello de Seelie. Se abrazó a su hijo con fuerza mientras Derwyddon intentaba contener a los asustados caballos. Kenneth, Blake y Gawin sacaron sus armas, prestos a defenderse. Se cruzaron las espadas ante la aterrorizada mirada de la mujer. Los asaltantes eran más, y Seelie temió que aquella escaramuza fuese a costarles muy caro. Cerró los ojos y empezó a rezar, aferrada a su hijo, mientras a su alrededor, los gritos, los relinchos de los caballos, y el entrechocar de las espadas, conformaban una melodía tétrica que penetró en su mente y la trasladó a un lugar lejano en el tiempo.

Aguas Dulces. El ataque. La sangre y la muerte rodeándola por todos lados. El dolor de la pérdida.

Seelie empezó a balancearse adelante y atrás, abrazada a su hijo, mientras no dejaba de rezar. Encomendó su seguridad y la de los demás al Altísimo. Rezó con fervor mientras a su alrededor seguía la escaramuza. Oyó a Kenneth maldecir con fuerza, pero no se atrevió a abrir los ojos para ver qué pasaba. Tenía mucho miedo de perderlo ahora cuando acababa de descubrir que seguía vivo.

—Por favor, por favor, Señor, no me lo arrebatéis de nuevo —suplicó con las lágrimas rodando por sus mejillas.

El pequeño Ken, tan asustado como su madre pero al mismo tiempo fascinado por lo que estaba viendo, mantenía los ojos bien abiertos para no perderse ni un detalle. Su padre y sus amigos se movían con soltura sobre los caballos, manejando las espadas contra los atacantes, acabando uno a uno con ellos.

Un terrible rugido de dolor surcó el aire y Blake cayó del caballo, quedando peligrosamente bajo las patas del mismo, que corcoveó al verse libre del dominio del jinete, alejándose al fin al galope del campo de batalla, deteniéndose unos metros más allá.

Kenneth y Gawin, al ver caer a su amigo, recrudecieron sus esfuerzos hasta que acabaron con el último de los atacantes. Llenos de sangre y sudor, desmontaron para atender al herido que se mantenía en el suelo, muy quieto.

—¡Maldita sea! —rugió Kenneth al arrodillarse a su lado y ver la herida. Tenía un tajo muy feo en el estómago en el que casi podían verse las tripas—. Maldita sea... —susurró, consciente de la gravedad.

Blake consiguió abrir los ojos con mucho esfuerzo y miró a su amigo. En su mirada supo la verdad, que estaba condenado. Maldijo al maldito destino, que le

impediría conocer a su hijo, y que lo obligaba a dejar sola a su amada.

—Maisi... —susurró, aferrándose a la mano de Kenneth—. Júrame que cuidarás de ella y de mi hijo...

—Vas a ponerte bien, maldita sea. No voy a permitir que te mueras ahora.

Blake sonrió y un hilillo de sangre se deslizó por la comisura de sus labios.

—No hay nada que puedas hacer...

—No te rindas, amigo mío...

—Rezad por mi alma... No... no quiero ir al infierno, Kenneth... rezad por mí...

Derwyddon, todavía sobre el pescante del carro, asistía incrédulo a lo que ocurría ante sus ojos. Blake no podía morir. Lo necesitaban para acabar con Gwynn. ¿Podía el destino estar en contra de su misión? No, se negaba a creer tal cosa.

Se maldijo con dureza, porque en su forma original sería capaz de curar al hombre sin ningún esfuerzo; pero así, después de tanto tiempo de mantener esta forma humana, sus poderes habían decaído considerablemente. ¿Qué podía hacer?

Miró a Seelie, sentada a su lado, que seguía aferrada a su hijo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos ya abiertos. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido al momento?

—Tú puedes curarlo —le dijo con convicción.

—¿Qué? —Los ojos asombrados de la muchacha se apartaron del espectáculo doloroso para fijarse en ellos.

—¿Por qué crees que Gwynn está tan interesado en ti? ¿Por tu cara bonita? Eres de una antigua estirpe de druidas, y la magia vive en ti. Úsala para curarlo.

—¿Magia? Pero, ¿de qué estáis hablando? ¡Yo no tengo magia!

Derwyddon soltó las riendas para poder cogerla por los hombros y obligarla a girar el cuerpo hasta quedar enfrentada a él cara a cara.

—Tú eres magia pura. Ve hasta él y cúralo.

—¡No! ¡No puedo hacer tal cosa! La magia es perversa, ¡es pecado! —Lo miraba horrorizada por lo que le estaba exigiendo.

—Déjate de monsergas, muchacha. En la magia no hay ni bien ni mal. Úsala para hacer el bien, y habrá bondad en ella. Tú puedes salvar a ese hombre, devolvérselo a su esposa y a su hijo no nato. ¿Es que acaso no hay ni una pizca de compasión en ti?

—Yo no... yo no sé cómo hacerlo —sollozó, desesperada.

—Solo tienes que usar tu voluntad, igual que la utilizas para hacer que tu hijo te obedezca. Ve a su lado, pon las manos sobre la herida, y desea que se cierre. Puedes lograrlo.

Seelie, dubitativa, con los ojos muy abiertos por el terror, apartó a su hijo de su lado, dejándolo sentado al lado del druida, y bajó del pescante. Miró otra vez a Derwyddon, indecisa, pero un gesto de él la conminó a hacer lo que le había dicho.

Caminó hasta Blake, que temblaba violentamente en brazos de Kenneth, y se arrodilló al otro lado. Miró a su esposo, más asustada de lo que nunca había estado. ¡Aquello era una locura! Una locura que la ponía en una situación terrible.

Miró a Derwyddon de nuevo.

—Puedes hacerlo, Seelie. Usa la magia.

Kenneth parpadeó. Miró al druida y después a su mujer, confuso. ¿Magia? Intentó abrir la boca para prohibírselo, pero el cuerpo tembloroso de Blake se lo impidió. No podía permitir que su amigo muriera, aunque eso significara que su esposa se adentrara en un camino peligroso.

—Inténtalo —le susurró, procurando infundirle ánimos con sus palabras—. Solo inténtalo.

Seelie asintió. Aspiró profundamente y posó las manos sobre la herida, sin llegar a tocarla. Buscó en su interior la voluntad necesaria y se dispuso a utilizarla.

Kenneth dejó la cabeza de Blake en el suelo, con mucho cuidado, y se apartó para poder dejar trabajar a Seelie sin molestarla. La miró, comprendiendo por primera vez por qué el diabólico Gwynn la quería.

¿Quién sería su madre? Shawe MacDolan, su padre, nunca había hablado de ella. Un buen día había regresado a Aguas Dulces después de años de ausencia, llevando en los brazos a un bebé. Nunca contó qué había hecho durante ese tiempo, ni quién era la madre de la criatura.

De lo que estaba seguro, era de que la sangre de druida que corría por sus venas no venía de la familia MacDolan.

Seelie estaba concentrada, y la herida de Blake ya estaba casi cerrada milagrosamente, cuando un temblor de tierra hizo que sus pies bailaran sobre el inestable suelo. Los caballos, asustados, con los ollares dilatados por el terror, cogieron a Derwyddon por sorpresa y tiraron del carro con brusquedad. El druida, en un movimiento inconsciente, soltó al pequeño Ken para poder agarrar las riendas y controlarlos, con tan mala suerte que la sacudida del carro hizo que el niño cayera hacia adelante.

Seelie gritó. Kenneth se lanzó al suelo, entre las patas de los animales nerviosos, donde había caído su hijo, y se hizo un ovillo a su alrededor para protegerlo con su propio cuerpo.

—No te muevas —le susurró mientras los caballos pateaban a su alrededor. El instinto les decía que corrieran para huir, pero las firmes manos de Derwyddon, aferradas a las riendas, terminaron controlándolos y consiguiendo que acabaran tranquilizándose.

Cuando por fin consiguieron salir de debajo, Kenneth cojeaba un poco y el pequeño Ken corrió hacia su madre, que lo recibió con un fuerte abrazo y el corazón en la boca, para enseñarle las raspaduras que tenía en las rodillas, mostrándolas orgulloso.

Seelie le llenó el rostro de besos y volvió a abrazarlo, dirigiéndole a Kenneth una mirada de agradecimiento. Era evidente que, aunque apenas hacía dos días que había entrado en su vida, amaba tanto a su hijo que había sido capaz de poner en riesgo su propia vida para salvarlo.

Gwynn, furioso, permanecía encerrado en el submundo desde su última derrota, lamiéndose las heridas y regocijándose pensando en la venganza. Una leve vibración en el aire, una pequeña oleada de poder sacudiendo la superficie, llamó su atención y lo obligó a dejar de lado durante unos segundos las lamentaciones y la autocompasión, para fijarse en lo que ocurría un poco más allá.

Siguió el rastro a través de la tierra, columpiándose en las raíces, bañándose en los ríos de magia que corren por el subsuelo, siguiendo el palpitar de ese nuevo poder que nunca antes había olfateado. Era fresco, limpio, puro y muy, muy grande. Era el Cáliz que le fue arrebatado cuando ya era suyo, la hembra que había estado persiguiendo desde su nacimiento, que localizó en el castillo de los MacDolan, y que se le escapó de las manos cuando ya casi era suya. Era la Elegida que podría traer al mundo a su hijo, el cuerpo en el que podría reencarnarse...

La localizó aunque a ella no podía verla. Sintió el palpitar de su corazón y respiró su aroma a inocencia y pureza, deleitándose en ese olor... Pero ya no era pura.

El descubrimiento hizo que la furia lo sacudiera desde su intangible cabeza hasta sus inexistentes pies, propagándose a través del submundo hasta la superficie. Su odio provocó un temblor que estremeció la tierra.

Al resto podía verlos, a todos. El que había sido su esclavo yacía herido en brazos del guerrero que lo había liberado de su control. El cuerpo que poseyó estaba a su lado, con el rostro demudado por la preocupación. Derwyddon, el maldito, los estaba ayudando. La hembra, el Cáliz, aunque no podía verla porque estaba rodeada de algún poder de protección, sabía que estaba aprendiendo a usar su poder, curando al yaciente Blake; lo sentía en sus entrañas, en la magia

que reptaba por la superficie de la tierra, congregándose alrededor del herido para sanarlo.

Y el niño.

¡Oh, el niño! Fuerte, sano, inocente. Por sus venas corría la sangre de los antiguos, y en su corazón subyace un poder inimaginable, que se despertará cuando alcance la madurez.

Gwynn sonrió. Ya no necesitaba a la hembra. Solo quería a su hijo. Y estaba decidido a poseerlo.

Capítulo nueve. Corazones angustiados.

La recuperación de Blake fue milagrosa. La magia de Seelie consiguió reconstruir y unir todos los tejidos dañados; ni siquiera le había quedado una cicatriz como recordatorio.

—¿Sentiste el aroma a flores? —le preguntó Gawin, que cabalgaba a su lado..

—Sí.

—Yo ya lo había olido antes. En la cabaña, cuando Derwyddon me revivió.

—¿Qué insinúas? —Los ojos de Blake, de un azul tan claro que casi parecía blanco, se quedaron fijos en él, esperando una respuesta.

—Nada —suspiró al final Gawin—. No lo sé, maldita sea. Solo que... Quizá la magia huela así siempre. Nada más.

—La magia buena. La mala ya te digo yo que no es así.

El atardecer les alcanzó cuando pasaban cerca de una granja. Había una casita de adobe y techo de paja, con un granero de dos pisos anexo, y la tentación de dormir bajo cubierto fue irresistible. El cielo amenazaba lluvia y no sería extraño que las nubes descargaran en cualquier momento.

Kenneth se acercó al granjero que estaba cortando leña, que lo miró con desconfianza, y lo saludó alzando la mano.

Hablaron unos minutos mientras el resto del grupo esperaba, apartado, hasta que Kenneth les hizo señas para que se acercaran.

—La casa es pequeña y no pueden acogernos, pero podemos dormir en el granero.

—Y están invitados a nuestra mesa, señores. Es humilde, pero abundante, y el guiso de mi esposa sabe a gloria.

—Sois muy amable —dijo Seelie mientras Kenneth la ayudaba a bajar del carro.

—Ojalá pudiera hacer más, señora, pero la casa es pequeña y a duras penas cabemos mi familia y yo.

—No os preocupéis. El granero estará bien.

Acomodaron a los animales en la parte baja, junto a la mula y los dos bueyes del granjero. Estarían estrechos, pero si llovía, mucho mejor que estar a cielo abierto.

Blake y Gawin les quitaron los arreos y empezaron a cepillarlos. Kenneth subió a la parte superior para preparar un colchón para su familia con la paja fresca, y Derwyddon cubrió el carro con una lona para que los baúles de Seelie

no se mojaran si, como temían, acababa lloviendo. Ella y el pequeño Ken habían entrado en la casita con la intención de ayudar a la esposa del granjero.

—Esto será mejor que dormir al raso, pero echo de menos mi cama —gruñó Blake frotando con el cepillo el pelambre de su caballo—. Estoy harto de dormir en el puñetero suelo.

Gawin se burló de él soltando una risita entre los dientes.

—¿Te has vuelto un blando?

—He llegado a apreciar la comodidad de una buena cama.

—Te has vuelto un blando.

—Lámalo como quieras. —Blake se encogió de hombros—. Durante toda mi vida no he tenido nada. Crecí en una cueva, como un salvaje, durmiendo en el suelo. Dormir en una cama mullida junto a mi mujer, con un buen fuego calentándome los pies, es un símbolo de la suerte que he acabado teniendo.

Cenaron con el matrimonio de granjeros, apretados en la mesa, mientras los tres hijos jugaban en el suelo con el pequeño Ken.

El hombre había estado en lo cierto al decir que el guisado de su esposa era glorioso, y disfrutaron de la carne tierna y de las verduras.

—¿Sentisteis el temblor de tierra esta mañana? —les preguntó Liam, el granjero.

—Sí —contestó Seelie—. Espantó a los caballos. Nos dio un susto terrible.

—Me pregunto qué pudo provocarlo. Vos parecéis un hombre leído —dijo dirigiéndose a Derwyddon—. ¿Tenéis alguna idea?

Todos miraron al druida, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—La Naturaleza tiene sus razones para hacer lo que hace, pero yo las desconozco.

—Fue como si el mismísimo infierno se revoliera —murmuró Katrina, la esposa del granjero.

—El infierno no se revuelve —apostilló Derwyddon—. Eso solo lo hacen sus habitantes.

Katrina se persignó con horror, y Seelie la imitó.

—¿Querríais rezar conmigo un rato, después de cenar? —le preguntó a la granjera. Durante el largo viaje desde Francia, había intentado que Derwyddon la acompañara en sus rezos, pero este se había limitado a mirarla como si le hubiese pedido un milagro.

—Os lo agradecería mucho. Aquí mi marido es un cabeza hueca que no tiene respeto por Dios y nunca reza conmigo. ¿Qué clase de ejemplo para nuestros hijos cree que es ese?

La recriminación fue recibida por el aludido con un leve encogimiento de

hombros y una sonrisa inocente.

—Pues hoy rezaremos todos juntos, y si a los hombres les molesta, que salgan a contemplar las estrellas mientras tanto.

—Creo que nos están echando —rio Blake, levantándose de la mesa.

—A mí me parece bien. Estoy muerto de sueño y rezar solo haría que me cayera redondo al suelo —contestó Gawin—. Me voy a dormir.

—Yo creo que pasearé un poco —anunció Derwyddon.

—Y yo os esperaré fuera —le dijo Kenneth a Seelie, refiriéndose a ella y al pequeño—. Señora Katrina, muchas gracias por la cena. Ha estado deliciosa.

—Es todo un caballero —musitó la aludida refiriéndose a él, cuando los hombres ya habían abandonado la cabaña—. Habéis tenido suerte.

—Sí, supongo que sí —contestó Seelie, pero sin estar totalmente segura.

Antes sí lo estaba. Cuando se casaron, Kenneth era un amante tierno y considerado que la trataba con suavidad. Pero ahora... La noche pasada había visto en él indicios de un salvajismo que no estaba allí antes, y que le había dado mucho miedo; sobre todo porque había despertado en ella algo semejante.

—Niños, es hora de decir nuestras oraciones y acostarnos.

Los niños protestaron, por supuesto. No tenían muchas oportunidades de jugar con otros niños, y tener a uno allí era toda una novedad. Pero su madre fue implacable.

—¿Puede quedarse Ken a dormir con nosotros, mamá?

—Lo siento, cielo, pero no —contestó Seelie con una sonrisa, sin darle a Katrina la oportunidad de hablar—. Estoy acostumbrada a dormir con él a mi lado y sería incapaz de hacerlo si no está.

—Pero mamá... —protestó el aludido.

—Hace horas que deberías estar durmiendo, jovencito —lo recriminó con cariño—, así que no protestes. Rezaremos con ellos y te irás derecho a dormir.

Katrina acomodó a sus hijos en la cama que compartían y se sentó al lado de Seelie, que sostenía a su hijo sobre el regazo. Rezaron durante un rato, hasta que los pequeños se hubieron dormido, incluido Ken.

—Habéis sido muy amable al rezar conmigo, señora —le dijo Katrina, sonriéndole con agradecimiento—. A veces, es muy duro intentar encarrilarlos por el buen camino—añadió, refiriéndose a los niños—. Estamos tan lejos de todo y de todos... Y su padre es un buen hombre, pero no es un buen ejemplo como cristiano.

—Supongo que ningún hombre lo es, excepto los sacerdotes. Están todos más preocupados por las cosas materiales que por las inmateriales.

Seelie salió de la cabaña con su hijo en brazos. Afuera, tal y como había dicho, estaba Kenneth esperándola, hablando amigablemente con el granjero.

—Ha sido un placer hablar con vos, señor. Buenas noches, señora.

Cuando el granjero desapareció en el interior de la cabaña y se quedaron solos, Kenneth intentó coger al niño de brazos de ella.

—Yo lo llevaré.

—¿Acaso crees que no soy capaz de hacerlo yo? —exclamó, a la defensiva.

—Sé que puedes, pero también es mi hijo, y quiero hacerlo. Dámelo. Por favor.

Seelie suspiró. Estaba siendo injusta con él, y lo sabía; pero tenía miedo. Hasta ahora, ella había sido todo para su hijo. Con la aparición de Kenneth, tenía que acostumbrarse a compartir el cariño del pequeño, y eso hacía que se sintiera un poco celosa.

—Está bien.

El pequeño protestó medio dormido, pero se arrebujó en brazos de su padre y empezó a chuparse el dedo con fuerza.

—Es un bebé aún —musitó Kenneth.

—Que él no te oiga decir eso, o lo ofenderás —replicó Seelie con una sonrisa, caminando junto a él hacia el granero—. Es tan orgulloso como su padre.

En el granero ya estaban todos dormidos sobre la paja. Kenneth dejó a su hijo y lo tapó con las mantas.

—¿Quieres dar un paseo conmigo antes de dormir? —le preguntó a Seelie con un susurro.

Ella asintió con la cabeza. Lo cierto era que no quería porque se temía a sí misma y lo que pudiese dejarle hacer si estaban solos; pero era su esposo a los ojos de Dios y de los hombres, y luchar contra él era una guerra perdida de antemano, que solo les llevaría a la infelicidad. Debía esforzarse por convertirse en la esposa que Kenneth necesitaba, era su obligación, y se lo debía a su hijo.

—No estés mucho rato con el culo al aire, o te vas a resfriar.

La voz de Blake sonó medio adormecida, pero no pudo dejar de tomarle el pelo a Kenneth y recibir por contestación un gruñido amenazador que le provocó la risa.

—Ten un poco más de respeto, que hay una dama delante.

—Lo siento, mi señora, pero no puedo resistirme a la tentación de tomarle el pelo a vuestro esposo.

—A mí lo que me preocupa es que tanto cuchicheo acabe despertando a mi hijo —contestó la aludida. Sabiendo que el rubor se había adueñado de su rostro, dio gracias por la penumbra en la que estaban.

—El chico duerme como un lirón, y si se despierta, yo me ocuparé de él. No temáis. Podéis ir a *pasear* tranquilamente con vuestro esposo.

La inflexión que le dio a la palabra «pasear» lo hizo soltar una risilla de nuevo, porque era evidente que Kenneth quería resarcirse de todas las noches en las que no había podido estar junto a su esposa, y que en lo último que pensaba era en «pasear».

Las estrellas titilaban en el cielo como luciérnagas. El viento se había llevado las nubes y había dejado una noche que parecía mágica. La calma los rodeaba y la luna llena iluminaba la tierra con su tenue resplandor.

Kenneth le ofreció su brazo a Seelie y esta lo aceptó, cogiéndose a él con algo de reticencia.

Seguía amando a Kenneth, no podía negarlo; igual que no podía ignorar cómo su cuerpo respondía a él siempre que estaban cerca. La pasión no se había extinguido a pesar de los años en que habían estado separados, y eso era mortificante para ella. ¡Había luchado tanto contra el fuego que la recorría siempre que pensaba en él! Cuando estaba a solas en la celda del convento y los recuerdos la asaltaban, y se imaginaba de nuevo en sus brazos ardiendo de lujuria. Había creído vencerlos, a base de rezos y penitencias.

Pero ahí estaba de nuevo, abrasada por el deseo solo por caminar a su lado bajo las estrellas. Tenía la piel erizada por el calor que emanaba el cuerpo de Kenneth. Los pechos le dolían, pesados y anhelantes. El útero le pulsaba, vacío, ansiando sentirse lleno de nuevo.

—Nunca jamás va a haber otra mujer en mi lecho. Te lo juro por mi honor.

La aseveración de Kenneth la pilló desprevenida y removió la maraña de celos que todavía permanecía, latente, en su estómago.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque quiero que vuelvas a confiar en mí, aunque sé que será difícil. Seelie, no tengo excusa por lo que hice. Ni siquiera la desesperación que sentía al creerte muerta es suficiente, ahora lo sé.

—No tienes que sentirte culpable. Nadie le debe fidelidad a un muerto.

—Quizá, pero sí se la debía al amor que siempre he sentido por ti. Lo ensucié con mis actos, y jamás podré perdonarme por ello.

—Kenneth. —Seelie dejó de caminar y se puso frente a él para poder mirarle a los ojos—. Ambos fuimos víctimas de las mentiras de tu padre, dichas quizá con la mejor de las intenciones, pero mentiras al fin y al cabo. He pensado mucho en ello durante estos días, y aunque no puedo evitar sentir unos celos terribles por todas esas mujeres, tampoco puedo culparte. El dolor puede llevarnos por caminos muy extraños. A partir de ahora debemos mirar hacia adelante y reconstruir nuestras vidas, juntos de nuevo. Te prometo que voy a esforzarme por hacerte feliz.

—Seelie... —La ternura y el amor fueron evidentes en su nombre susurrado, y en la tenue caricia que le prodigó a su mejilla con el dorso de la mano—. Te hago la misma promesa. Por mi honor, por el poco que me quede, te prometo que voy a hacer todo lo posible por hacerte feliz. Y nunca, jamás, voy a volver a mancillar el amor que siento por ti.

Seelie lo miró con los ojos brillantes. Aquellas palabras habían llegado directo hasta su corazón. Era verdad que le costaría volver a confiar en Kenneth de la misma manera en que lo había hecho antes, pero iba a poner todo su empeño. Era un hombre de honor, no le cabía ninguna duda, y siempre cumplía sus promesas.

—Yo también te sigo amando, Kenny. He intentado engañarme a mí misma porque tu recuerdo era demasiado doloroso, pero ni un solo segundo he dejado de echarte de menos, de anhelar estar a tu lado, y de maldecir al destino por haberte llevado de mi lado. Ni siquiera la existencia de nuestro hijo pudo llenar el vacío y la soledad que me consumía.

—Mi amor... —susurró contra sus labios antes de apoderarse de ellos con pasión.

Invadió su boca con suavidad, casi con reverencia, a pesar de que el ardor de la lujuria quería obligarlo a avasallarla. Intentó resistirse al impulso salvaje que se había apoderado de su cuerpo, pero cuando las manos de Seelie, inquietas y voraces, le recorrieron el torso con ansiedad, tirando de la ropa para despojarlo de ella, el hambre que sentía por su mujer le estalló en la cabeza, haciéndole perder cualquier temor que pudiese albergar.

Necesitaba saborearla hasta hartarse de ella, que su sabor le explotara en la boca y que sus gritos de placer le reventaran los tímpanos. Quería que ella se sintiera igual de perdida que él, arrebatarle todo control y comedimiento. Quería volver a tener entre sus brazos a la gata salvaje que le arañaba la espalda o le mordía en el hombro; a la mujer que gritaba sin pudor cada vez que llegaba a un orgasmo.

Quería recuperar a su Seelie, que olvidara los años en el convento y la rígida disciplina que había regido su vida desde que se habían separado.

La empujó suavemente sin dejar de besarla hasta que la sentó en un solitario tocón que había en el centro del prado. Apartó el rostro para poder mirarla mientras le levantaba las faldas y le abría las piernas con las manos, acariciando los muslos desnudos.

Seelie tenía la mirada clavada en él. Respiraba con agitación, como si los pulmones no fuesen capaces de llenarse lo suficiente de aire. Una gota de sudor solitaria le resbalaba por la sien y Kenneth la limpió pasando la lengua muy despacio por encima de la piel.

—Voy a follarte hasta que grites —le dijo con la voz ronca mientras empezaba a acariciarla entre las piernas.

—¡No! Nos oirán. Ya sabes que no quiero que nos oigan.

—Me da igual. Antes no te importaba que nos oyeran. Tú misma me buscabas para hacer el amor en los lugares más insospechados, y me provocabas hasta que te hacía gritar de placer.

—He cambiado...

Seelie terminó la frase con un gemido. Kenneth seguía acariciándola, inflamando de pasión el pequeño botón que se escondía entre sus pliegues. Sentía el coño empapado y el útero le pulsaba con la necesidad.

—Y volverás a hacerlo. Haré que te olvides de todo recato, y de las imposiciones morales que te han inculcado en el convento. Conseguiré que vuelvas a ser la misma fiera salvaje que no se avergonzaba de dejarme marcas con sus uñas y sus dientes.

—No, no —suplicó sollozando por el placer que sentía—. No está bien, una mujer decente no siente esto que... esto que...

—Una mujer decente lo siente cuando es su marido el que la toca. No puedes imaginarte las ganas que tengo de llegar a Aguas Dulces para poder tenerte completamente desnuda, tendida sobre la cama, a mi merced. Las cosas que te haré... Me enciendo solo de pensar en ellas. Gritarás hasta quedarte sin voz y me suplicarás que siga, que no me pare. Todo el castillo te oirá, y sabrá que eres mía.

Las palabras de Kenneth le produjeron un escalofrío de terror y de lujuria. Deseaba volver a ser aquella mujer que disfrutaba entregándose a sus juegos sin ningún temor. Quería volver a reír y gritar mientras hacían el amor en cualquier sitio, con la excitación añadida del miedo a ser descubiertos en pleno acto. Como cuando una de las cocineras casi los descubre en la despensa, o uno de los mozos mientras retozaban en el henar. Ansiaba volver a ser libre, sin el condicionamiento que le habían impuesto en el convento a base de castigos y penitencias, y que ahora la hacía sentirse culpable.

Kenneth la penetró por sorpresa, de una estocada, y no pudo evitar gritar al sentirse tan llena de vida. Se aferró a sus hombros desnudos y le clavó las uñas mientras le rodeaba las caderas con las piernas para darle mejor acceso. Aquello era indecente y pecaminoso. Estaban haciendo el amor como animales, en mitad del campo, a la vista de cualquiera que se asomara a la ventana de la casa, o de la puerta del establo. Seguro que la habían oído. Pero la vergüenza que la invadió no pudo impedir que estallara en un orgasmo avasallador que hizo que todo su cuerpo temblara de dicha mientras sentía la semilla caliente de su esposo derramarse en su interior.

Lean nunca se había sentido tan nervioso. Alistair lo había estado rehuyendo durante todo el día. Cada vez que intentaba acercarse a él, salía huyendo poniendo alguna excusa tonta. Pero lo que más le dolía, era que no se atrevía a mirarlo a los ojos. Huía de su mirada tanto como de su presencia, y no podía permitir que esto siguiera así. Alistair no solo era su mejor amigo, también era su mano derecha, el hombre en el que más confiaba en el mundo. Incluso más que en su propio hermano. Debía recuperar su amistad y su confianza como fuese, aunque tuviera que mentir y poner todas las excusas del mundo para justificar el beso apasionado que le había dado.

De camino a sus habitaciones privadas, paró al primer criado con el que se cruzó y lo envió a buscarlo, con el mensaje de que su laird lo convocaba. Alistair no podría ignorar una llamada como esa, por mucho que quisiese.

Lo esperó de pie, al lado de la chimenea, con uno de los brazos apoyados en la repisa y mirando el fuego que crepitaba en su interior, consumiendo la madera mientras esparcía un agradable calor en la fría habitación.

—Me habéis mandado llamar.

La voz ronca de Alistair hizo que se estremeciera, a pesar del tono formal con el que se dirigía a él. Se giró para mirarlo sintiéndose muy triste. Él había provocado ese distanciamiento.

—Sí. Entra y cierra, por favor.

Alistair dudó antes de obedecer, y eso le rompió el corazón. ¿Acaso temía que volviese a tirársele encima para besarlo? Ganas no le faltaban, eso era cierto, pero nunca jamás volvería a hacerlo. A pesar de que él le había devuelto el beso con las mismas ganas. A pesar de la pasión que había visto claramente en él.

—Quiero pedirte perdón —le dijo en un susurro, sin mirarle a los ojos, avergonzado—. Lo que hice anoche no tiene excusa. Estaba borracho y me sacaste de quicio con tu perorata. Solo quise hacer que te callaras y me dejaras en paz, y no se me ocurrió otra forma. Tú siempre dices que la mejor manera de hacer callar a una mujer es besarla —añadió, intentando bromear para quitarle importancia al asunto—, y quise probar a ver si contigo también funcionaba.

Alistair no sonrió. Se limitó a escucharlo en silencio sin decir una palabra, manteniéndose cerca de la puerta, como si estar allí con él, a solas, lo hiciera sentirse incómodo.

Y se sentía incómodo, pero no por los motivos que Lean creía.

El beso de anoche había abierto un enorme agujero en su pecho y había dejado su corazón al descubierto y totalmente vulnerable. Durante un instante fue verdaderamente feliz y deseó que no terminara nunca. Jamás había sentido que todas sus emociones bulleran así, como si las hubieran puesto en el interior

de un puchero y sobre el fuego, para que hirvieran a fuego lento.

Pero lo que más lo asustó fue lo cerca que había estado de confesar sus sentimientos.

Aunque quizá era el momento de poner nombre a lo que estaba pasando entre ellos para poder darlo por terminado antes de que los llevara a complicaciones no deseadas.

—Voy a irme de Aguas Dulces una temporada —anunció con voz queda—. Los MacPherson han empezado otra vez con las pequeñas incursiones al norte, y han saqueado algunas granjas. Iré con algunos hombres para ponerles en vereda.

—No es necesario que vayas tú. Tienes muchos hombres capaces de dirigir una batida de este tipo.

—Lo sé, pero necesito ir yo. —Suspiró y se llevó las manos el rostro para apartarse el pelo hacia atrás. A Lean, aquel gesto le pareció lo más sexy que había visto nunca—. Necesitamos estar separados una temporada, y tú lo sabes. Lo de anoche...

—Fue una tontería, te lo he dicho, y te he pedido perdón por ello.

—No. El problema es que no fue una tontería. Ni estabas borracho, ni intentabas que cerrara el pico. Me besaste porque lo deseabas, y yo correspondí porque lo deseaba también. Hace demasiado tiempo que deseo cosas que no están bien. Necesito alejarme de ti, Lean. Debo arrancarte de mi corazón. Por eso me voy. Solo espero que cuando regrese, podamos retomar nuestra amistad en el mismo punto en que la dejamos. Es todo lo que deseo.

Salió de la habitación y Lean no hizo nada para impedirselo. Se quedó mirando la puerta cerrada mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Capítulo diez. Regreso al hogar.

El amanecer los sorprendió profundamente dormidos. El ambiente caldeado del establo, gracias a los animales que habitaban bajo ellos, les ayudó a dormir profundamente durante toda la noche. Solo un inquieto Ken se despertó a media noche para gatear casi a ciegas hasta acurrucarse entre los cuerpos de Kenneth y Seelie, obligándoles a separarse unos centímetros, lo suficiente como para poder caber bajo la manta que compartían.

Kenneth no despertó hasta que el pie de su hijo acabó encajado en su boca. Abrió los ojos, confundido durante un segundo, y acabó ahogando una carcajada que le provocó un ataque de tos.

—Despertarás al pequeño —murmuró Seelie, todavía con los ojos cerrados.

—Ha amanecido ya —contestó él después de quitarse el piececito de la boca con cuidado—. ¿Cómo puede dormir con la cabeza bajo la manta? —preguntó, observando el bulto que era su hijo. De él solo era visible una pierna, de la rodilla hacia abajo. El resto estaba oculto bajo la manta con la que los tres se mantenían calientes.

—No tengo ni idea —contestó ella—, pero siempre acaba durmiendo al revés.

Era algo hermoso despertar así, pudiendo admirar el brillo de felicidad que Seelie tenía en los ojos, con su hijo durmiendo entre ellos. Kenneth sintió un ramalazo de ternura que le humedeció los ojos.

—Será mejor que levante a estos y empecemos a prepararlo todo para seguir viaje —dijo apartando la mirada, sintiéndose vulnerable.

—Y yo debería despertar a este diablillo e ir con Katrina a ayudarla a preparar los desayunos.

Más tarde, con el estómago lleno y los animales preparados para partir, Kenneth se acercó a los granjeros mientras observaba a Seelie y a Derwyddon, que se habían apartado del grupo y estaban cuchicheando al lado del cercado donde estaban encerradas un grupo de ovejas que balaban insistentes. Vio que su esposa asentía y extendía las manos hacia los animales y permanecía así un par de minutos.

Kenneth le dio a Katrina una bolsa de monedas en agradecimiento por su hospitalidad. Tuvo que insistir para que la aceptaran, porque ambos se negaron en un principio aunque era evidente que la necesitaban.

—¿Qué hacíais tú y el druida al lado del cercado esta mañana? —le preguntó cuando, hacia el mediodía, hicieron un alto para comer.

—Bendecir a las ovejas, para que estén protegidas del mal, las enfermedades no las toquen y sean prolíficas y traigan prosperidad a la familia.

A Kenneth no le gustó. Sabía que Derwyddon se traía entre manos algo que no le había dicho, y estaba convencido de que pondría en peligro la vida de su esposa.

Verla curar a Blake con sus manos fue un alivio al principio. Era su amigo, lo apreciaba profundamente, y se alegró de que sobreviviera, por Maisi y por el hijo todavía no nacido.

Pero cuando pudo reflexionar sobre ello, cambió de opinión. Los poderes de los que había hecho gala Seelie eran peligrosos, y la gente era ignorante y altamente supersticiosa. Si alguien la veía haciendo magia alguna vez...

—Deberías mantenerte alejada de él. Es un intrigante.

—Es el único que puede enseñarme a usar estos poderes.

—¿Y para qué quieres usarlos? Hasta ahora, ni siquiera sabías que los tenías.

—Pero ahora lo sé. No puedo seguir con mi vida como si siguiera ignorándolo.

—¿Por qué? No van a traernos más que problemas.

—Eso es asunto mío.

—No, no es solo asunto tuyo. ¿Es que no piensas en nuestro hijo? ¿En mí?

—No he hecho otra maldita cosa en estos últimos cinco años —replicó con los labios apretados, destilando ira por los ojos.

—Pues deberías seguir haciéndolo, y olvidarte de esta locura.

—No voy a discutir contigo, Kenneth. Durante cinco años, me he visto obligada a tomar mis propias decisiones. Que tú hayas reaparecido en mi vida, no significa que vaya a renunciar a ello. Más vale que te vayas acostumbrando.

Se levantó, furiosa, y se apartó de él, dejando a Kenneth con un regusto amargo en la boca.

Debería hablar con Derwyddon sobre ello, obligarlo a confesarle la verdad, el motivo real que lo había impulsado a traer a Seelie de vuelta. Pero temía sus respuestas. No había olvidado para qué la ambicionaba el maldito Gwynn. La quería para procrear con ella. En su momento no había entendido por qué, pero al ver sus poderes, comprendió. Seelie era capaz de usar la magia ancestral de la que su pueblo había renegado al abrazar la doctrina de San Columba, a Jesús y el Cristianismo. La magia había acudido a ella con facilidad, y la había utilizado con una naturalidad pasmosa, como si lo hubiese hecho durante toda su vida, sin haber recibido ninguna clase de adiestramiento previo.

¿Quién y qué era Seelie, en realidad? El saberlo, ¿cambiaría sus sentimientos

hacia ella? No, decidió. Siempre había amado a su esposa, desde el mismo momento en que había llegado a Aguas Dulces en brazos del tío Shawe, cuando era un bebé.

Pero tenía que saber para poder protegerla.

Aquella misma noche, cuando todo el campamento ya estaba durmiendo, Kenneth se levantó despacio para evitar despertar a su esposa y a su hijo, que dormían plácidamente a su lado.

Le tocaba a Derwyddon la primera guardia, y era un buen momento para poder hablar con él sin interferencias, y sin que oídos indiscretos pudiesen escuchar la conversación.

Lo encontró un poco alejado de la fogata. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un árbol, entreteniéndose con un trozo de madera y un cuchillo, intentando tallar algo.

—¿No podeis dormir? —le preguntó al verlo acercarse.

—En efecto. Hay una cosa que me quita el sueño desde que os encontré acompañando a Seelie. —No se sentó a su lado. Se quedó de pie, un poco apartado, mirando hacia el bulto que eran su esposa y su hijo—. ¿Qué queréis de ella? Y no me digáis que nada, porque no voy a creérmelo.

—Solo quiero protegerla. Eso es todo.

—Mentís. —Giró el rostro para fijar la mirada en el druida, dejando que fuera consciente de la rabia que sentía—. Si hubiese sido así, la habríais dejado en el convento en el que estaba a salvo, bien lejos de Escocia. Algo tramáis, y planeáis involucrarla a ella. Sea lo que sea, no voy a consentirlo.

—¿Acaso os ha molestado que la trajera hasta vos? Podríais haberos vuelto loco buscándola, y os he ahorrado el trabajo. ¿Y me lo pagáis con desconfianza?

Parecía burlarse de él. Kenneth apretó los puños para intentar contenerse. Su furia era muy inflamable en todo lo que se relacionaba con Seelie, pero no podía permitir dejarla libre.

—Soy cristiano, Derwyddon. Y aunque me he visto enredado en dos ocasiones en vuestra lucha contra Gwynn, no confío en los druidas ni en la magia. Manteneos apartado de ella. Es más, agradecería enormemente si tuvierais la decencia de desaparecer de nuestras vidas. Ahora mismo.

—No puedo hacer eso, y lo sabéis. Seelie es una pieza muy importante en la partida que se está jugando.

—Seelie no es ninguna pieza. Es un ser humano. Y vuestra partida es una guerra que ya ha costado vidas. Mantenedla al margen.

—Pero no soy yo quién la ha involucrado, hijo.

—No soy vuestro hijo.

—Fue Gwynn quién la involucró —siguió el druida, ignorando su protesta—. ¿Creéis que ha renunciado a ella? En cuanto se percate de que está a su alcance, vendrá a buscarla.

—Entonces, quizá debería llevármela bien lejos de aquí, a dónde él no pueda llegar —amenazó, y por Dios que estaba decidido a coger a su esposa y a su hijo y huir de Escocia como alma que lleva el diablo.

—Podríais hacerlo, sí. Si Seelie se aviniese a ello. Pero mucho me temo que no consentiría. —Derwyddon seguía tranquilo. Hablaba pausadamente y sin mirarlo, con los ojos fijos en la madera que tenía entre las manos, deslizando el cuchillo por ella, intentando darle forma, como si aquella conversación fuese mundana y trivial—. Ha echado de menos su hogar, y es allí a donde quiere regresar. ¿Creéis que podríais convencerla de desandar todo el camino hecho, para regresar al convento? Lo dudo mucho. Es más, pensaría que vuestra obcecación al respecto solo está motivada por vuestra inmoralidad. Que queréis quitarla de en medio para seguir con vuestra vida de disipación y desenfreno. Yo no me arriesgaría. Es evidente que os ha perdonado los errores cometidos y que os ha aceptado de nuevo en su cama. Pero si tan solo le sugerís la idea de que debe volver al convento...

—Yo no he hablado de devolverla al convento, ni de dejarla sola, Derwyddon. Estáis tergiversando mis palabras en vuestro provecho.

—Y así mismo le susurraré si sacáis a colación esta idea de nuevo. La pondré en vuestra contra, Kenneth. Me dolería en el alma hacerlo, porque es evidente que os amáis el uno al otro. Pero lo haré sin dudar si me provocáis. Seelie debe cumplir con su función en esta guerra, igual que vos, o Blake, o Gawin. O yo. La derrota de Gwynn depende de ello, y no voy a permitir que pongáis en riesgo el resultado por la estúpida necesidad de ponerla a salvo. Porque ella jamás estará a salvo hasta que Gwynn sea derrotado. ¿Habéis olvidado cómo consiguió poseer a Gawin? ¿Qué le impediría hacerlo con otra persona y enviarla en su busca? Quedan muchos MacKenzie en Escocia, y todos son vulnerables al poder del Dios Oscuro. No insistáis, Kenneth —añadió, levantándose y arrojando al suelo el trozo de madera que había sostenido en sus manos durante todo el rato—. Si en esta guerra tengo que prescindir de alguien, será de vos. Nunca de ella.

Derwyddon se alejó, dejando a Kenneth con la rabia pulsándole por todo el cuerpo, consciente de que había perdido aquella batalla.

Maldito druida. Y malditos todos los dioses antiguos que los habían llevado a aquella situación.

Llegaron a Aguas Dulces aquel mismo día, a media mañana, cuando el castillo hervía de actividad.

Lean salió a recibirlos en cuanto uno de los sirvientes le avisó. La sorpresa de volver a ver a Seelie fue mayúscula, y le dio la bienvenida con un abrazo fraternal que la dejó con la ropa más arrugada si cabe, y los ojos llenos de lágrimas por la emoción. Hasta aquel momento no había sido consciente de cuánto había echado realmente de menos su hogar y a su familia.

—Y este muchachito, ¿quién es? —preguntó, agachándose para estar a la altura de Ken, mirándolo con curiosidad. El pequeño estaba detrás de las faldas de su madre, con un tinte de desconfianza en los ojos.

—Mi hijo —contestó Kenneth con orgullo.

—¿Tu...? —Lean alzó los ojos para mirar a su hermano, que asintió con la cabeza—. Vaya, esto sí es una sorpresa. Bienvenido a casa. Soy tu tío Lean. Encantado de conocerte.

Le ofreció la mano, como si fuese su igual, pero el pequeño se escondió más todavía, aferrándose a las faldas de su madre con los puños.

—Vaya, eres tímido. —Sonrió con afabilidad, pensando en algo que pudiese sacar al niño de su mutismo—. ¿Te gustan los caballos? —Ken asintió con la cabeza, y en sus ojos apareció un brillo de anhelo—. Entonces, habrá que buscarte uno para que aprendas a montar. ¿Te gustaría?

—¡Sí! —exclamó el niño, perdida ya toda vergüenza—. ¿Podemos ir ahora?

—Nada de eso, jovencito. El caballo va a tener que esperar. Tienes que darte un baño y descansar un rato, que todos estamos agotados por el viaje —intervino Seelie.

—Mamaaaa... —protestó, enfurruñado.

—No te preocupes, los caballos no van a ir a ninguna parte. Tendremos mucho tiempo para escoger uno adecuado para ti.

—¿Lo prometes?

—Palabra de laird.

Lean sonrió de nuevo, llevándose una mano al pecho para enfatizar su promesa, y el niño quedó convencido.

Cuando se levantó para saludar a su hermano, Kenneth lo observó detenidamente. Parecía cansado, con ojeras bajo los ojos y una mirada triste que antes no estaba ahí, y se preocupó por él; quiso preguntarle qué le pasaba, pero tuvo que posponer la conversación porque había demasiada gente rodeándolos.

«Más tarde», se dijo.

Caminó junto a Seelie hacia el interior del castillo, hasta su dormitorio, mientras los criados subían los baúles del equipaje. Ella miró a su alrededor al entrar. Todo seguía igual, como si no hubiera pasado el tiempo. La ventana alta, por la que entraba el sol al amanecer; los tapices cubriendo las paredes para ahuyentar el frío; la cama alta cubierta de mantas de lana y gruesas pieles; y la

chimenea a los pies, encendida, esparciendo un agradable calorcillo.

—¿Vamos a dormir aquí, mamá? —preguntó el pequeño Ken, cogido de su mano.

—Sí —dijo ella.

—No —contestó Kenneth—. Tú tendrás tu propia habitación.

—Es demasiado pequeño —protestó mirando a su marido—. Y no está acostumbrado a dormir solo.

—Es lo bastante mayor. En el convento dormiríais juntos por necesidad, pero aquí no hace falta. Ordenaré que le preparen alguna de las habitaciones cercanas para él.

—Me niego a separarme de él, Kenneth.

—Seelie, sé razonable.

—No pienso serlo. Para él, Aguas Dulces es un lugar extraño, lleno de gente extraña. No voy a permitir que lo separes de mí.

—¿Sepa...? —Kenneth suspiró, resignado, sin terminar la palabra. No quería al niño allí porque no tenía intención de dejar dormir mucho a Seelie aquella noche; pero iba a tener que aguantarse. Estaba claro que ella no iba a dar su brazo a torcer—. Está bien, se quedará unos días, hasta que se acostumbre a su nuevo hogar. Pero solo unos días.

Llamaron a la puerta y Kenneth abrió. Eran los sirvientes con la bañera y los cubos de agua caliente. Se apartó para dejarlos entrar y salió por la puerta en cuanto quedó despejada.

¡Maldita sea! Compartir el dormitorio con su hijo no entraba en sus planes, pero estaba claro que no le quedaba más remedio que hacerlo.

Seelie lo desconcertaba. Desde que habían vuelto a encontrarse, tenía la sensación de que siempre estaba a la defensiva, como si, de alguna manera, lo viese como un enemigo y no como el amigo y el cómplice que había sido antes. A veces, estaba tierna y cariñosa; pero otras, se enfadaba en cuanto él abría la boca.

Debía armarse de paciencia y darle tiempo para que volviera a acostumbrarse a estar a su lado.

Salió al exterior y se encontró con su hermano, observando el entrenamiento de sus hombres. Se acercó a él y le palmeó la espalda.

—¿Te animas a dar unos cuantos espadaños? —le preguntó.

—Ahora mismo, no. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y no quiero que me la cortes sin querer.

—¿Y Alistair? No está dirigiendo el entrenamiento.

Lean suspiró y apartó el rostro, pero no antes de que Kenneth viese cómo cruzaba una nube de malestar y tristeza por él.

—Ha tenido que irse. Problemas en el norte.

—¿Otra vez los MacPherson?

—Sí.

Kenneth asintió en silencio. Estaba preocupado por su hermano, pero no sabía cómo iniciar la conversación para darle pie a que se desahogara. Lean estaba sufriendo, eso era evidente, y se temía que Alistair era una parte importante del dolor que sentía. ¿Habría pasado algo entre ellos? ¿O era solo que lo echaba de menos?

—Y tú, ¿cómo estás? Feliz de tener a Seelie de nuevo a tu lado, supongo.

—Muy feliz. Me he pasado cinco años llorándola, creyendo que estaba muerta y que nunca jamás volvería a tenerla entre mis brazos, pero estamos juntos otra vez. Ha sido como vivir un milagro. Y descubrir que soy padre... creo que un mazazo en la cabeza no me hubiese aturdido tanto.

—Tienes la cabeza demasiado dura para eso —bromeó Lean, haciendo sonreír a su hermano.

—Sí, supongo que sí. —Estuvo callado durante unos instantes—. Cuando Seelie murió, comprendí algo: el amor es un regalo demasiado raro como para desperdiciarlo. Cuando se encuentra, hay que aferrarse a él con fuerza y disfrutarlo durante cada segundo de cada día, porque en cualquier momento nos lo pueden arrebatar. Perder a Seelie me dejó vacío y sin un propósito para vivir. Durante todos estos años, deseé morir, y todavía no sé por qué el destino me mantuvo vivo con todas las veces que me lancé a la batalla sin ningún tipo de precaución.

—Tuviste suerte.

—Mucha. El amor es un regalo de Dios, Lean. Y los regalos de Dios no pueden despreciarse.

—Te repites, Kenneth, y pareces haberte vuelto un sentimental —bromeó.

—Me duele verte tan triste —musitó, apartando la mirada—. En realidad, lo que he querido decir con toda esta parrafada, es que sé lo que sientes por Alistair, y no te juzgo ni te condeno por ello. Yo sé lo que es vivir sin poder tener a mi lado a la persona que amo, y no quiero que tú tengas que vivirlo también.

—No sé de qué me hablas —susurró Lean, con la mandíbula tensa.

Kenneth le miró y negó con la cabeza.

—Sí lo sabes. He visto cómo le miras, y también cómo te mira y se comporta él cuando tú estás cerca. —Le puso una mano en el hombro, y apretó—. Lean, no sé qué ha pasado entre vosotros, pero arréglalo.

—Lo dices como si fuese algo fácil. Estoy enamorado de otro hombre. ¿Qué crees que pensarán ellos —señaló a los guerreros que se estaban entrenando—, si llegan a descubrirlo? No me querrán como laird y renegarán de mí.

—Tus hombres saben que eres un gran guerrero, y un buen líder. Eso es lo único que les importa.

—¿Realmente te has vuelto un iluso; o alguno de los golpes en la cabeza que has recibido, te ha dañado el cerebro? Si llega a saberse lo que siento por Alistair, me considerarán un desviado. La Iglesia se me echará encima y pueden llegar a excomulgarme. Ellos jamás aceptarán a un laird considerado un hereje, eso si me dejan con vida.

—Pues mantenedlo en secreto. Podéis hacerlo. Lo que sea con tal de no verte sufrir así. Conozco a Alistair, sé que...

—¿El qué? ¿Qué sabes? —siseó con furia, manteniendo los puños apretados—. Lo besé, Kenneth. Lo besé a traición cuando no se lo esperaba, y lo que hizo fue huir al día siguiente, con la excusa de los MacPherson. No sé qué te habrás imaginado que hay entre nosotros dos, pero la realidad es que no hay nada. Lo amo, sí, pero es un amor tan estéril como una roca, y solo quiero arrancarlo de mi corazón.

Lean se marchó con brusquedad, dando largas zancadas, conteniéndose para no echar a correr como si fuese una maldita mujer. ¿Regalo? Para él, el amor solo había sido una maldición que lo torturaba y le desangraba el corazón poco a poco.

Capítulo once. ¿La verdad nos hace libres?

El día amaneció tranquilo y soleado. Kenneth estaba despierto hacía rato, pero se había quedado en la cama, relajado, observando a su esposa y a su hijo, que dormía entre ambos.

La noche anterior no había podido hacerle el amor a Seelie, pero no le había importado. La satisfacción de tenerla allí, de sentir el calor de su cuerpo, había sido suficiente. Había dormido como hacía años que no lo conseguía, sin pesadillas.

Seelie abrió los ojos y le dirigió una sonrisa. Se desperezó con cuidado de no despertar al pequeño Ken, y se puso de lado para poder mirar a su marido, con las manos bajo las mejillas.

—Es maravilloso estar de vuelta —dijo en un susurro.

—Sí, yo sentí lo mismo hace unas semanas.

Le pasó las yemas de los dedos por la mejilla, acariciándola con ternura.

—¿Hace unas semanas?

—Sí. Me marché, Seelie. Después de tu funeral, me marché. No podía seguir viviendo entre estas paredes. Todo me recordaba a ti. Te veía en cada esquina. Incluso llegué a oír tu risa. Creí que me volvería loco si me quedaba, así que me fui.

—No lo sabía.

—No, por supuesto. No hemos hablado mucho durante estos días, ¿verdad? Ninguno de los dos sabemos qué ha hecho el otro durante estos años.

—Excepto que tú has estado con un montón de mujeres.

—No lo habría hecho si hubiese tenido la más remota esperanza de que estuvieras viva. Te habría buscado, Seelie. Habría removido cielo y tierra hasta encontrarte, sin importarme los peligros. ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—Cuéntame, ¿como eran tus días en el convento?

—Muy aburridos y tristes. Todos eran iguales: rezar a todas horas y trabajar mucho. Lo único que me proporcionaba un poco de alegría era la presencia de Ken, aunque me recordaba constantemente lo que me faltaba: tú. Creí que tu padre lo había hecho para mantenerme a salvo, pero ahora... ¿por qué nos separó, Kenneth? ¡No lo comprendo! ¿Tanto le disgustó que nos amáramos que tuvo que aprovechar la ocasión para apartarme de ti?

—No. Hay... hay muchas cosas que no te he contado todavía. Algunas las supe hace poco. Padre lo hizo porque creyó que así nos mantendría a salvo a los

dos. Tomó una decisión sin prever las consecuencias que acarrearía. No lo culpes, yo ya no lo hago.

—A salvo, ¿de qué? ¿Tiene que ver con los MacDougal?

—En parte, sí.

—Kenny, no me tengas en ascuas, te lo suplico. Quiero comprender para poder perdonarlo.

Kenneth se sintió reconfortado al oírla pronunciar de nuevo el diminutivo cariñoso que siempre había usado con él. Desde que se habían reencontrado, lo había llamado por su nombre completo, Kenneth, y en sus labios sonaba frío, exasperante, y falto de cariño.

—Es una historia muy larga, y ni siquiera yo lo sé todo. Quizá... quizá lo mejor sería que leyeras la carta que me dejó y que Lean encontró no hace mucho.

—¿Una carta?

—Sí. En cuanto nos levantemos, lo buscaremos para que puedas leerla.

—Mami, ¿es hora de levantarse?

La voz del pequeño interrumpió la conversación, y Kenneth se vio obligado a callar. Todavía había más cosas que quería decirle, hablarle sobre Derwyddon, Gwynn, y los dos encontronazos que había tenido con el Cazador Salvaje, pero no fue hasta la noche, después de cenar, que tuvo la oportunidad.

Se reunieron en el gabinete de Lean para leer la carta que su padre había escrito antes de morir. Las manos de Seelie temblaban mientras sus ojos corrían sobre el papel, absorbiendo cada palabra. Intentaba mantenerse calmada, pero la confusión y el enfado eran evidentes en su rostro.

—Yo... No recuerdo casi nada de todo esto —musitó, alzando los ojos para mirarlos—. Me acuerdo del ataque, del miedo que tenía, por mí y por ti. Por todas las personas a las que quería. Vika me abrazaba y no podía parar de llorar. Me sentí una cobarde porque aunque quería mantenerme serena, no podía. Vika se hizo cargo de mí, y de las demás mujeres. Sé que me dio algo de beber... y ahí mi mente se nubla.

—El caldo de la flor del sueño, eso es lo que te dio según mi padre.

La voz de Lean sonó apagada. Seelie asintió y siguió leyendo.

—¿Querían entregarme a un demonio? ¿Qué demonio?

Kenneth miró a su hermano con indecisión. Podía ser que Seelie los tomara por locos cuando le contaran toda la historia, pero no había otra opción. Su vida corría peligro, y debía saber por qué.

Habló largo y tendido, sobre Gwynn, Blake, Maisi, Gawin, Rosslyn y Derwyddon. No se calló nada, ni siquiera las partes más escabrosas. Seelie escuchaba en silencio, sin atreverse a interrumpirlo, a pesar de que en sus ojos

había muchas preguntas. Cuando terminó, se miró las manos, que mantenía crispadas sobre el regazo, y respiró profundamente.

—¿Crees que... me busca por mi magia?

—Posiblemente. Sí, creo que sí.

—Esto es una completa locura. —Se persignó, haciendo la señal de la cruz con las manos nerviosas.

—Desgraciadamente, es muy real. Seelie... —Kenneth se sentó a su lado y le cogió las manos entre las suyas—. Deberíamos irnos de aquí, ahora que todavía estamos a tiempo. Alejarnos todo lo que podamos de su influencia. El mundo es muy grande, y el poder de Gwynn ya no lo es. Si nos vamos lo bastante lejos, no podrá alcanzarnos.

—¿Y dejarlo libre? ¿A su antojo? ¿En las tierras que más amo?

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—No soy una cobarde, Kenny. No pienso tomar una decisión hasta hablar con el druida.

—Te enredará —gruñó Kenneth, malhumorado—. Es su especialidad. Te dará mil razones para quedarte a luchar contra él, sin importarle que tengas que poner en riesgo tu vida. Piensa en nuestro hijo, en su seguridad. Si nos quedamos, él puede salir herido.

—Eso es un golpe bajo —contestó, enfadada—. Intentar manipularme de esta manera es rastrero y vil, y no te ayudará a conseguir lo que quieres. Tengo que hablar con Derwyddon.

Se levantó, decidida a marcharse en busca del druida, pero Kenneth se lo impidió cogiéndola del brazo.

—Él quiere que te quedes a luchar. Incluso me amenazó con manipularme para ponerte en mi contra si intentaba convencerte de irnos. ¿Qué te dice eso de él?

—Me dice exactamente lo mismo que de ti: que ambos pensáis que soy idiota y que no puedo pensar por mí misma. Suéltame. Tengo que hablar con él.

Kenneth se rindió. En los ojos de Seelie vio una férrea determinación y decidió que no era un buen momento para seguir insistiendo. Durante los años que habían pasado separados, ella había cambiado. Antes, cuando eran jóvenes, su esposa confiaba en él ciegamente y nunca discutía sus decisiones. Pero había tenido que aprender a decidir por sí misma y no iba a renunciar a ello tan fácilmente.

—Está bien, pero hazlo por la mañana. Seguramente, a estas horas ya estará durmiendo.

—Si crees que por esperar cambiaré de opinión...

—No, no lo creo. Te has convertido en una mujer testaruda.

—Me he convertido en una mujer independiente capaz de tomar sus propias decisiones. No me quedó más remedio, Kenneth. No me quedó más remedio.

Derwyddon bajó al patio de armas por la mañana, bien temprano. Hacía un día espléndido y podría considerarse un pecado no aprovechar el magnífico sol. Se sentó en el suelo, al lado del portón de entrada del edificio principal del castillo, apoyando la espalda en la pared. Con el rostro alzado y los ojos cerrados, podía parecer que el druida dormitaba bajo los rayos del sol.

Pero no era así.

«¿Te has dado cuenta? —le preguntó en silencio a una fantasmal Morgaine—. Hay un gran número de corrientes telúricas que confluyen en este patio».

La figura traslúcida que solo él podía ver, incluso con los ojos cerrados, se agachó a su lado y lo miró con ternura.

«Por supuesto que sí. Este castillo se levantó sobre un altar que me dedicó el pueblo antiguo, hace ya muchas centurias. Cuando yo todavía tenía fuerzas para cruzar el velo».

Derwyddon abrió los ojos y giró el rostro para mirarla directamente. Lucía más pálida que nunca, con la hermosa melena negra cayéndole en cascada. Los ojos de hielo azulado parecían tristes, y los labios de rubí permanecían tensos y apagados.

—Pareces muy cansada —le susurró.

«Lo estoy, Twain. Deseo que esto acabe pronto para poder descansar por fin. ¿Tú no?».

Derwyddon dejó de mirarla, girando el rostro de nuevo hacia el sol y cerró los ojos otra vez.

«Sí, yo también».

«Mi pobre Twain, mi guerrero celestial. Llevas demasiada responsabilidad sobre tus hombros. Ojalá yo pudiera...».

—No importa, mi reina —musitó con cansancio—. Cada uno de nosotros debe cumplir con la tarea que el Destino le ha encomendado. Y la mía es mucho más liviana que la tuya. No debió ser fácil entregar a tu hija a su padre humano.

«No quiero hablar de ello».

La tristeza era evidente en el tono de voz y en el suspiro que acompañó aquella petición. Morgaine se levantó y dio unos pasos hacia el centro del patio. Su imagen era cada día más tenue, y bajo los rayos de sol hasta a Derwyddon le costaba vislumbrar la figura de la que había sido Cerridwen, la Diosa Oscura, la que poseía el Caldero de la Resurrección.

—Tengo que hablar con vos.

La voz de Seelie lo sacó del trance en el que se encontraba. Parpadeó, confuso, y cuando miró hacia donde había estado Morgaine, vio que esta había desaparecido.

Qué duro debía ser para ella no poder estar cerca de su propia hija.

—Lo sé, pero no aquí, donde hay tantas orejas prestas a escuchar conversaciones ajenas. Demos un paseo por el campo.

Cruzaron las murallas y el pueblo que había crecido a su alrededor. Ambos se mantuvieron en silencio, roto solo para devolver los saludos de los lugareños que se cruzaban con ellos. Los miraban con manifiesta curiosidad: a él, porque era un extraño; a ella, porque se había corrido la voz de su falsa muerte y de su regreso, y los más supersticiosos corrían a santiguarse cuando la perdían de vista.

Por fin en las afueras, cuando los sonidos del pueblo llegaban amortiguados hasta ellos, Seelie se decidió a hablar.

—Tengo muchas preguntas y no sé por cuál empezar.

—Entonces, escucha primero una historia, querida Seelie, que puede que las conteste casi todas sin necesidad de que las formule.

—No soy una niña para que me contéis historias, druida.

—No, pero la historia va sobre ti y sobre tu madre.

—¿Mi madre? —Se detuvo, inquieta y nerviosa—. ¿Qué sabéis sobre mi madre? Mi padre siempre se negó a hablarme de ella, y dejé de preguntar, aunque...

—Aunque nunca has dejado de pensar en ella y de preguntarte quién era, y por qué nunca estuvo a tu lado. —Seelie asintió, con los ojos anegados en lágrimas que pugnaban por salir—. Entonces, sentémonos aquí y escucha su historia, mi niña.

»Dicen que Shawe MacDolan era un guerrero apuesto, de risa fácil y corazón bondadoso. —Una ligera brisa sacudió las ramas de los árboles que los rodeaban y les acarició el rostro—. También era un gran cazador. Un día, se separó de una partida de caza mientras seguía a una presa, y se internó en la cueva en la que creía que esta se había escondido. Era angosta y profunda, con tantos túneles entrecruzándose que la convertían en un laberinto mortal. Cuando Shawe se dio cuenta de eso, ya era demasiado tarde y fue incapaz de encontrar la salida. Cuando la antorcha que había improvisado antes de entrar se apagó y lo dejó sumido en la más absoluta oscuridad, creyó que iba a morir. Se lamentó, no porque temiera a la muerte, sino porque le parecía indigno que un guerrero como él, que había sobrevivido a mil batallas, muriera de aquella manera.

Seelie escuchaba en silencio, sin perder de vista el rostro de Derwyddon. La

sorprendió que lo describiera como alguien risueño, porque sus recuerdos de él eran de alguien triste y poco dado a la risa.

»Lo que Shawe no sabía, era que aquella cueva era la entrada al reino de Cerridwen, y que había sido atraído hasta allí porque la Diosa Oscura hacía tiempo que lo estaba observando y se había prendado de él.

—¿Cerridwen? ¿Ella es mi madre? —La voz de Seelie salió como un susurro entrecortado, temerosa de que aquello fuese verdad.

—Sí, querida, así es.

—Pero...

El druida chistó con suavidad para hacerla callar.

—Escucha hasta el final, querida. —Derwyddon le acunó las manos entre las suyas, palmeándoselas con cariño, y respiró profundamente antes de continuar —. Cuando tu madre se apareció ante tu padre, él quedó prendado de su belleza y la siguió hasta su reino. Puedes imaginarte lo que ocurrió. Los dioses son tan proclives a la pasión como los seres humanos, y se entregaron a ella sin timidez durante mucho tiempo. Tu madre descubrió en Shawe a un hombre apasionado y tierno, leal hasta la médula, capaz de amar sin condiciones. Tu padre descubrió en ella a la mujer que se escondía bajo la poderosa diosa. Se enamoraron, no pudieron hacer nada por evitarlo y, sin pensar en las consecuencias, se engendraron a ti.

—¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias?

Derwyddon suspiró. Le dolía el corazón recordar la historia que Morgaine le había contado hacía ya unos años, con los ojos llenos de dolor y desesperación por la decisión que había tenido que tomar.

—Tu nacimiento alteró el equilibrio, mi niña. El destino de los antiguos dioses estaba echado hacía tiempo. Tenían que desaparecer para ser sustituidos por el dios de los cristianos, algo a lo que todos se habían resignado. Todos, excepto uno, que buscaba desesperadamente la manera de sobrevivir a los tiempos que se avecinaban. Gwynn, el Cazador Salvaje, vio su oportunidad en ti en cuanto oyó tu primer llanto. Una niña, hija de Morgaine y un mortal, un ser que pertenecía a ambos mundos, el Cáliz en el que se reproduciría el poder mágico de su madre.

»Hacía tiempo que el Cazador sabía que su única oportunidad de sobrevivir era volver a nacer, pero no podía engendrarse a sí mismo en cualquier mujer. Necesitaba a alguien con un gran poder mágico para utilizarlo de catalizador y poder transmitir, a través de ella, sus propios poderes al ser engendrado. No le servía cualquier madre. Y en la tierra ya no quedaban seres tan poderosos capaces de soportar algo así sin acabar cediendo a la locura.

—Y decidió que yo sería la elegida —susurró Seelie, llena de espanto.

—Sí. Intentó secuestrarte de la morada de Morgaine cuando todavía eras un bebé. Afortunadamente, no lo consiguió, pero tu madre se vio obligada a tomar la decisión más dolorosa de toda tu existencia: separarse de ti y de Shawe, el hombre al que amaba. Para protegeros, nubló los recuerdos de tu padre de todo el tiempo que habían pasado juntos, años en el mundo de los mortales, y os trajo de vuelta a las puertas de Aguas Dulces, envolviéndoos en un hechizo que os hacía invisibles a los ojos de Gwynn.

—Por eso mi padre nunca me habló de ella, porque no la recordaba —murmuró para sí—. Aunque... recuerdo que siempre estaba triste. A veces, lo sorprendía con la mirada perdida, y cuando le preguntaba que qué le pasaba, él se esforzaba por sonreírme y me decía que creía haber olvidado algo muy importante, pero que no sabía qué.

Se enjuagó las lágrimas que habían empezado a rodar por las mejillas y suspiró. Su padre había perdido al amor de su vida, y se había sentido vacío y triste sin ser consciente del motivo. Ni siquiera había tenido el consuelo de poder expresar la rabia por su pérdida, ni de aceptar el dolor como a un compañero de viaje inesperado, o de la esperanza de que el tiempo pudiese llegar a mitigar su sufrimiento. Hasta su muerte, vivió en un estado de desconcierto constante, sintiéndose triste y abandonado sin saber por qué.

—Tus padres se sacrificaron para que tú estuvieras a salvo, Seelie.

—Pero no lo consiguieron del todo, ¿verdad?

—No. Gwynn todavía tiene ojos en este mundo. Durante siglos, los MacKenzie y los MacDougal lo veneraron como a su dios protector, dirigiendo a él sus plegarias y ofreciéndole los sacrificios que les exigía. Con la llegada del cristianismo a nuestras tierras, los primeros abandonaron sus creencias y, con cada generación, sus historias sobre Gwynn se convirtieron en cuentos para niños. Pero los MacDougal siguieron fieles a sus creencias, con la esperanza de que su resurgimiento les proporcionara la oportunidad de recuperar el poder que habían perdido.

—Por eso atacaron Aguas Dulces cuando su intento de un matrimonio concertado no salió bien.

—Actuaron por pura desesperación, igual que tu tío cuando supo la verdad. En un intento de protegerte, te envié lejos de tu hogar.

—¿Todavía puede hacerlo? ¿Puede utilizarme para engendrar a su... hijo?

—No. Igual que el hijo del dios cristiano, su hijo debía nacer de una doncella virgen y pura. Cuando te entregaste a Kenneth, cerraste esa puerta.

—Entonces, ¿por qué todavía sigue buscándome?

—Porque igual que podías darle la oportunidad del renacimiento, tú eres el arma que puede acabar con su vida para siempre. Te teme, Seelie, está

aterrorizado porque tú eres la única que puede matarlo.

—¿Matarlo? ¿Yo? Esto es una locura. Todo esto es una completa locura. —
Negó con la cabeza, llena de desesperación, y apartó sus manos de las del druida
—. ¿De verdad pensáis que voy a creer todo lo que me contéis? Soy una mortal,
no la hija de una antigua diosa. Mi sangre es roja como la de cualquier otra
mujer; soy mortal, débil y vulnerable. Y estos poderes que me habéis obligado a
descubrir... son una aberración. ¡Soy cristiana, por el amor de Dios!

Se levantó, dispuesta a irse. No quería seguir escuchando. La sola idea de
tener que enfrentarse a un demonio, la aterrorizaba. Quizá Kenneth tenía razón y
la mejor decisión que podían tomar era la de marcharse de allí para siempre.
Pero, si huían, ¿encontrarían algún lugar en el que pudiesen vivir en paz, como
una familia, sin el temor de que Gwynn los encontrase?

—¡No hay ningún lugar en la tierra en el que puedas sentirte a salvo, Seelie!
—gritó el druida, como si hubiera conseguido leerle los pensamientos.

Seelie echó a correr, de regreso al castillo, porque no quería seguir
escuchándolo.

Capítulo doce. Del amor al odio solo hay un paso.

La rabia y el odio de Friggal era como el caldero de la cocinera: hervía a fuego lento consumiendo todo lo que tenía dentro. Había estado convencida de que conseguiría hacer que el hermano del laird besara el suelo que ella pisaba. Era lo bastante buena en la cama, y la belleza con la que había sido bendecida hacía que todos los hombres se arrastraran a sus pies.

Excepto los dos que más le interesaba seducir.

Lean se había mostrado frío siempre que había intentado acercarse, y la había rechazado respetuosamente. Estaba convencida de que a aquel hombre le pasaba algo que no era natural porque nadie, hasta aquel momento, había rehusado follar con ella. ¡Al contrario! Todos los ojos masculinos se fijaban en ella en cuanto entraba en una habitación, sin importar su edad o condición. Solteros, casados, viudos, jóvenes o viejos; todos soñaban con tenerla desnuda debajo de sus cuerpos sudorosos y follarla hasta quedar saciados.

Pero ella se había hecho respetar, porque tenía muy claro qué quería de la vida. Era una simple criada, una sierva sin valor excepto el que su señor quisiera darle; y no iba a permitir que eso siguiera siendo siempre así. Tenía sueños, y el suficiente tesón e inteligencia como para cumplirlos. Quería poder, y riqueza; criados que la sirviesen y la adulasen. Y un marido que pudiese proporcionárselo.

Cuando llegó Kenneth pensó que su suerte había cambiado. Sabía que los hombres no se mueven por sentimientos igual que las mujeres. Son animales y la lujuria los ciega completamente, y el hermano del laird no era diferente. No le costó nada seducirlo la primera noche, cuando se hizo la encontradiza con él en el pozo. Supo desatar sus instintos más primarios y la tomó como un salvaje. Aquella y las veces siguientes, permitió que le hiciera lo que quisiese, con la intención de estrechar las redes a su alrededor hasta conseguir atraparlo.

Pero no había funcionado. La noche en que se metió en su cama y él la echó a patadas de allí, supo ver que jamás conseguiría su objetivo.

Y ahora, con el inesperado regreso a la vida de su mujer, podía dar todo por perdido.

¡Maldita fuese!

Sin ella presente, quizá habría conseguido volver a enredarlo en su tela de araña. Los hombres necesitan el sexo como el agua un sediento, y todas las mujeres en Aguas Dulces eran conscientes de que aquel hombre era suyo, y de que si alguna se acercaba a él, podía amanecer con un puñal clavado en el pecho.

Cuando necesitara desahogarse de nuevo, al no encontrar a ninguna

muchacha dispuesta, hubiese terminado volviendo a ella.

Pero con la esposa rondando por el castillo, iba a ser más difícil.

«O no», se dijo mientras una sonrisa taimada le cruzaba el rostro, al verla cruzar el pueblo a solas. Solo tenía que hacer que Seelie despreciara a su esposo para que no le permitiera satisfacer sus necesidades con ella. Kenneth tenía buen corazón, y jamás obligaría a su esposa a yacer con él en contra de su voluntad. Entonces, buscaría a una mujer dispuesta y entregada que pudiera dejarlo saciado. Y, ¿quién mejor que ella, Friggal, para ocupar ese puesto? Con el tiempo, y si sabía jugar bien sus cartas, podía hacer que la odiada esposa acabara siendo expulsada de Aguas Dulces. ¿No decían los rumores que, durante los cinco años en que la habían creído muerta, había estado escondida en un convento? No sería la primera esposa, ni la última, a la que su marido, hastiado de ella, enviase con las monjas para olvidarse de su existencia.

—No tenéis la mirada de una mujer afortunada, mi señora, y es extraño, siendo la esposa de mi señor Kenneth. Es más, diría que parecéis turbada. ¿Hay algo que os preocupe?

Seelie miró hacia la mujer que la había abordado tan descaradamente. Lucía una sonrisa que se le antojó falsa y, aunque su rostro parecía el de un ángel, la fría mirada le provocó escalofríos.

—¿Quién eres?

—Friggal, mi señora. Trabajo en el castillo. Seguro que me habéis visto sirviendo las mesas. Aunque, durante un tiempo, fui algo más. Por eso os ofrezco mi ayuda. Vuestro esposo debe ser ahora muy diferente a cómo lo recordabais, sobre todo en cuestiones íntimas.

Seelie enrojeció, no pudo evitarlo. ¿Acaso esa mujer estaba insinuando que había sido amante de Kenneth?

—No comprendo a qué te refieres.

—Oh, mi señora... —Friggal intentó parecer turbada e indecisa, y parpadeó mientras hacía un mohín para parecer más convincente—. Yo... no era mi intención molestaros, y quiero que sepáis que entre vuestro esposo y yo ya no hay nada. Desde vuestro regreso, no ha vuelto a reclamar mi presencia en su cama, algo que en parte, agradezco. Las cosas que a él le gustan... —Negó con la cabeza y se tapó la boca con la mano, como si quisiera ahogar un sollozo—. Solo soy una sirvienta y no podía negarme, ¿comprendéis? Estoy sola, sin familia ni protección... Yo, lo siento, mi señora, disculpadme, jamás debería haberme acercado a vos. Solo espero que no os obligue a hacerle las mismas cosas que me exigía a mí. Lo siento, lo siento...

Friggal se marchó de allí deprisa, simulando sollozar, dejando a Seelie totalmente turbada y furiosa.

Kenneth estaba disfrutando mucho de la mañana. Con su hijo sobre los hombros, ambos contemplaban el entrenamiento de los guerreros del clan. El pequeño Kenneth estaba fascinado por todo lo que veía desde que había llegado a Aguas Dulces y se había adaptado rápidamente a su nuevo hogar. Correteaba sin descanso por todos lados y ya había descubierto los mejores escondrijos en los que refugiarse. Y se entusiasmaba por las armas, algo que su madre aceptaba con resignación.

—Padre, cuando sea mayor, ¿podré ser un guerrero como tú y el tío Lean?

—Por supuesto. Lo llevas en la sangre —contestó, orgulloso de su hijo.

—¡Quiero que me enseñes!

Kenneth lanzó una risotada provocada por la vehemencia del pequeño.

—Antes tienes que crecer un poco, hijo mío.

—¿Crecer? ¿Cuánto de alto, padre? ¿Como tú?

—Seguro que, con el tiempo, llegarás a ser tan algo como yo; pero podrás empezar a practicar con la espada mucho antes.

—¿Y cuándo será eso, padre?

Kenneth no contestó. Seelie venía caminando hacia él. Estaba preciosa, con su pelo fulgurando bajo los rayos del sol, aunque el ceño fruncido y los labios apretados le avisaron de que venía enfadada.

«Derwyddon», pensó. Seguro que la conversación con el druida la había puesto de mal humor. ¡Maldita sea! Debería haber impuesto su criterio en lugar de dejarla ir sola. Si él hubiese estado presente, como pretendía, habría evitado que el maldito viejo le llenara la cabeza de historias absurdas.

—He tenido una charla muy educativa con tu amiga Friggal —le dijo en cuanto llegó a su altura.

Se negó a mirarlo de frente, así que se quedó a su lado, quieta, con la mirada fija en los guerreros que estaban entrenando.

Kenneth sintió una punzada en el corazón. Se arrepentía más que nunca de haber acudido a Friggal en su momento.

—No sé qué es lo que te ha dicho, pero no deberías escucharla.

—¿Ah, no? ¿Quizá es porque tienes miedo de lo que pueda haberme contado?

—Seelie... —Kenneth señaló hacia su hijo, que seguía estando sobre sus hombros, gritando y aplaudiendo excitado, completamente ajeno a la conversación de sus padres.

Seelie lo miró y se tragó la furia que bullía en su interior. Su hijo era inocente y no tenía porqué ser testigo de las discusiones con su padre.

—Ken, cariño, ¿por qué no vas a los establos a ver si está el tío Lean? —le

dijo, intentando mantener un tono de voz calmado.

—No quiero. Quiero ver como pelean con las espadas.

—Cielo, podrás verlo mañana.

—¡No!

Kenneth bajó a su hijo al suelo y se agachó para quedarse a su altura, sujetándolo por los brazos.

—Haz caso a tu madre. Un guerrero cumple los deseos de su dama, siempre.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Está bien, padre.

—Y ahora, pídele perdón a tu madre por hablarle de esa manera.

—Lo siento, mamá.

Kenneth se levantó sin dejar de observar a su hijo, que se iba corriendo en busca de su tío. Cuando salió de su vista, se giró para encararse con Seelie.

—No vamos a discutir aquí, delante de todo el mundo —le dijo, áspero—. Vamos.

La cogió por el brazo para llevársela de allí. Seelie no luchó, a pesar de que no le gustaron los modos que estaba utilizando con ella. No quería dar un espectáculo delante de todo el mundo, sobre todo porque odiaba la idea de que Friggal se enterara de que su maniobra había tenido éxito.

Porque estaba convencida de que la supuesta inocencia de la muchacha era fingida, y que el único motivo que la había llevado a acercársele hacía un rato, para susurrarle aquellas odiosas palabras, era provocar el distanciamiento con su esposo.

Pero, a pesar de ello, no podía dejar de arder de celos y rabia. Kenneth había retozado con aquella mujer en su cama, la cama que ahora compartían, y esa era una imagen que no podía quitarse de la cabeza.

Y eso fue lo que vio cuando entró en el dormitorio y miró la cama en la que había estado durmiendo con él. La vio a ella allí, entregándose a su marido, dejando que él le hiciera...

Se giró, llena de rabia y con los ojos relampagueantes.

—¿Con cuántas criadas te acostaste en nuestra cama? —le preguntó en un siseo, destilando odio.

—Con ninguna. Nunca.

—Friggal tiene otra opinión muy distinta.

—Friggal está resabiada porque se metió en ella sin permiso y yo la eché a patadas de aquí.

—¿En serio? ¿Y eso fue antes o después de haber quedado satisfecho? ¿También vas a negarme que te acostabas con ella?

—Sí, follé con ella, en mucho sitios. Pero nunca, jamás, la traje a esta cama. Nunca la llevé a los lugares en los que ambos nos citamos. Jamás ensucié los recuerdos que tenía de esos lugares.

—¿Y he de sentirme satisfecha con esa revelación? ¿Con su presencia en el castillo? ¿Cómo puedo estar segura de que jamás volverás con ella?

—Porque tienes mi palabra.

—En estos momentos, tu palabra no vale nada para mí. No, mientras Friggal siga bajo mi mismo techo. La mantienes cerca por si acaso yo no soy capaz de satisfacerte, ¿no es verdad? No te gusta nada la mujer en la que me he convertido, ¿crees que no lo sé? No quieres tener a una mojígata en tu cama, por eso me provocas para que grite y me sueltas palabras obscenas cuando estamos solos. Y me tocas donde no quiero a pesar de que te suplico que no lo hagas. ¿Disfrutas haciendo que me sienta sucia?

—Tienes celos. Estás terriblemente celosa. Eso es lo que te pasa. ¿Que te sientes sucia? ¿Y cuándo te pasa eso? ¿Antes o después de correrte con tanta fuerza que quedas casi inconsciente?

—¡No estoy celosa! Estoy furiosa porque ya no sé si creerte. Es posible que todo lo que me has dicho sean mentiras para justificar tu comportamiento. Tu lascivia te controla y te impulsa a buscar cualquier mujer con la que satisfacer tus bajos instintos.

—Tú eres la única que hace que mi lujuria se descontrole. ¡La única! ¿Quieres que te lo demuestre?

—Vete al infierno.

—En el infierno he estado durante cinco años. Ahora mismo, me voy a ir a la cama, contigo, y te voy a demostrar hasta qué punto soy un maldito pecador.

Durante toda la discusión se había mantenido apartado de ella, pero ya había escuchado demasiadas tonterías. Se acercó a ella y la cogió de un brazo, con fuerza.

—No hace falta que me lo demuestres. —Intentó desasirse del cepo en el que se había convertido la mano de su marido, pero no lo consiguió. Lo miró a los ojos y, por primera vez en toda su vida, le tuvo miedo, pero aunque una voz en su interior le decía que se había pasado de la raya, la razón había salido huyendo y solo le quedaba pelear por la poca dignidad que le quedaba—. Sé muy bien lo que eres, y no vas a volver a tocarme nunca más. Eres un bruto y no me gusta lo que me haces.

—Eres una mentirosa. ¿La mentira no es un pecado, también? —ironizó, mientras el corazón en el pecho se le partía y una rabia que jamás había sentido, se apoderaba de él—. Porque bien que has disfrutado todas y cada una de las veces que te he follado.

—No uses esa palabra conmigo.

Intentó abofetearlo, pero Kenneth, acostumbrado a una vida ruda en la que tenía que estar atento a cualquier movimiento a su alrededor, detuvo el golpe antes de que ni siquiera llegara a rozarle la mejilla. Apresó la delicada muñeca de su esposa y, con delicadeza pero firmemente, le llevó el brazo hacia su espalda hasta que tuvo a ambos allí aprisionados con una sola mano.

Sus cuerpos quedaron pegados, solo separados por la ropa que llevaban puesta. Los pechos de Seelie estaban aplastados contra su duro torso de guerrero, y ella pudo notar la creciente erección que se escondía bajo el kilt de su marido.

—Voy a usar esa palabra todas las veces que quiera, igual que voy a follarte siempre que quiera. Eres mi mujer, y me deseas tanto como yo a ti, y ahora mismo vamos a hacernos muy felices el uno al otro.

—¡No me toques!

—Eres mía, mujer. ¿No lo has entendido aún? Eres mía igual que yo soy tuyo, y nunca, jamás, voy a permitir que nadie se interponga entre nosotros.

Empezó a tirar de las cintas que cerraban el corpiño del vestido mientras ella se retorció entre sus brazos, intentando detenerlo. Había lágrimas en sus ojos, pero no eran de miedo, sino de pura rabia porque él no se doblegaba a sus deseos. El Kenneth del que ella se había enamorado jamás se hubiera atrevido a tratarla así. Era un muchacho inocente lleno de amor y devoción que la cuidaba con mimo y se preocupaba por ella.

Este hombre era un salvaje que le arrancaba sin miramientos el vestido hasta dejarla desnuda; que la aplastaba con su cuerpo sobre la cama sin importarles que se retorciera intentando escapar; que la llenaba de besos y lamía cada centímetro de su piel, pasando la lengua por las zonas más sensibles mientras se reía al oírle gemir; que le torturaba los pezones con pellizcos que la hacían gritar de placer y que provocaban un torrente de humedad entre sus piernas.

—Tienes razón en una cosa —le dijo mientras la obligaba a abrir las piernas para poder acariciarle el coño—. No me gusta esta Seelie, y quiero que vuelva la mujer de la que me enamoré, porque sé que todavía está ahí dentro. La tienes prisionera, aplastada con todas las estúpidas ideas que las monjas te han metido en la cabeza.

—No —gimió ella al sentir un estremecimiento sacudirle todo el cuerpo. Kenneth había invadido su intimidad con un dedo y lo movía haciéndola vibrar sin que ella pudiera evitarlo. Tenía las manos sobre la cabeza, inmovilizadas por la gran mano de Kenneth, y su cuerpo la medio aplastaba, impidiéndole que pudiera huir del placer que le estaba provocando.

—Sí —siseó con furia—. La veo en tus pezones erizados, señalándome. En tu piel erizada. En tus gemidos. En la manera en la que intentas retorcer las

caderas, exigiéndome más. Porque quieres más, aunque tu boca se niegue a decirlo. Quieres, deseas, anhelas, todo lo que estoy dispuesto a hacerte. Pero te lo niegas. ¿De veras quieres una vida vacía, fría, alejada de la pasión que te calienta el alma?

—¡Sí!

—¡No te creo! ¡Maldita seas! Te mueres por tener mi polla en tu coño, lo deseas con la misma intensidad que yo. ¿Voy a tener que obligarte a confesarlo?

—¡Déjame, por favor!

—Ni lo sueñes.

Kenneth se quitó el *plaid* y lo enredó en las muñecas de su mujer, atándolo firmemente en el cabecero. No iba a permitirle que escapara, ni aquello terminaría hasta que ella confesara en voz alta que la pasión y la lujuria corría con fuerza por sus venas. Su negación le carcomía las entrañas, y no iba a tolerárselo.

—¡Suéltame!

—¡Jamás!

Con las manos bien atadas, seguro de que no iba a poder escapar, se dio un respiro. Se puso de rodillas sobre la cama y admiró la belleza de su esposa: los pechos turgentes, que subían y bajaban al compás de su respiración alterada; el cuello suave y delicado como el de un cisne; el pelo rojo, esparcido y enmarañado sobre las blancas almohadas; la fina cintura y el vientre un poco abultado, probablemente a consecuencia del embarazo del pequeño Ken, coronado por el bonito ombligo; las caderas sensuales, y el vello rizado entre las piernas que había cerrado en cuanto él había dejado de aplastarla.

—No me mires así —musitó, girando el rostro.

—¿Así, cómo? ¿Con reverencia? ¿Con amor? ¿Con deseo?

—Con lujuria malsana.

—La lujuria no es malsana si se siente por la propia esposa y es mutua.

—¡La lujuria es lujuria! ¡Es pecado!

Kenneth se rio mientras se quitaba la ropa que todavía llevaba encima. Completamente desnudo, se acostó al lado de su esposa y deslizó los dedos sobre su piel. Empezó por la frente, bajando por las mejillas y el cuello, vagando hacia los pechos, entreteniéndose allí torturando primero un pezón y después el otro, siguiendo su camino hacia el ombligo, y terminando en la maraña de rizos rojizos que coronaban su monte de Venus.

—Si tan mal te sientes después, —ironizó—, buscas al confesor y asunto arreglado. Estoy seguro de lo que él te dirá. Que es tu obligación satisfacer a tu esposo en todos los sentidos, y a mí me satisface enormemente volverte loca de deseo hasta que este disfraz de gazmoñería con el que te proteges, desaparece.

La obligó a abrir las piernas por la fuerza, aunque ella se resistió todo lo que pudo. De rodillas entre ellas, dedicó un segundo a mirar el magnífico coño de su esposa. Estaba mojado por los flujos de la excitación y se relamió los labios con exageración para provocarla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con un hilo de voz.

—Comerte entera, mi amor. Hasta que te corras en mi boca.

—¡No! Eso no está bien...

—Ya lo creo que sí...

La sonrisa pícaro cruzó su rostro mientras descendía. El primer lametón le provocó a Seelie tal escalofrío que curvó la espalda sin querer. Kenneth chupó, lamió, y torturó aquella zona, y con cada gemido y grito de su esposa, se sentía más y más satisfecho. Sabía a cielo, a hogar, a pasión desenfrenada. Le pellizcó los pezones sin dejar de saborearla, atormentando el clítoris con la lengua, penetrándola con ella.

Seelie sollozaba y gritaba, y en su interior dos fuerzas luchaban con ahínco. Una quería que parara; la otra, exigirle que siguiera. Quería culminar y se sentía sucia por desearlo.

De repente, Kenneth paró. Detuvo su saqueo y se incorporó para mirarla. Estaba sudorosa, con los ojos brillantes, todo el cuerpo ruborizado, y respiraba con dificultad. Necesitaba correrse, lo sabía con tanta certeza como que sus testículos le dolían horrores.

—¿Quieres que siga?

—¡No! —gritó ella, pero curvó la espalda y meció las caderas, buscando su contacto.

—Mentirosa.

—¡Yo no miento!

—Eres una pecadora, Seelie MacDolan. Admítelo.

Un simple pellizco en su clítoris la envió a un orgasmo avasallador que recorrió su cuerpo, enviándola a un viaje del que no supo si iba a regresar. Vio estrellas tras los ojos, y tuvo la sensación de que la piel le estallaría en mil pedazos. Quedaría echa añicos y no podría recomponerse jamás.

—¿Ves como eres una mentirosa? —El susurro de Kenneth en su oído la sobresaltó—. Deseas esto tanto como yo. Tu cuerpo no miente, pero tu boca, sí.

—Yo... no soy solo un cuerpo —farfulló, agotada, odiándose a sí misma porque él tenía razón.

—No, no eres solo un cuerpo. Pero tu alma también anhela mis caricias, el calor de mi cuerpo, y lo que te hago sentir.

—No...

—Puedes seguir negándolo durante el resto de tu vida, pero eso no hará que

sea verdad. ¿Por qué no te rindes, y lo aceptas?

—Nunca.

—Está bien, como quieras. Pero eso no impedirá que yo siga haciéndote disfrutar en la cama siempre que me apetezca. Espero que te hayas hecho ya a la idea, porque jamás voy a cansarme de hacerte el amor.

—Te odio.

—No, me quieres, mi amor. Ese es tu castigo.

Se puso encima de ella de nuevo y la penetró lentamente. La polla acarició el interior del coño tan deseado y anhelado, acompañado del vaivén de sus caderas. Seelie intentó apartar la mirada pero él se lo impidió cogiéndole el rostro con una mano, clavando los ojos en ella mientras empujaba una y otra vez.

—Voy a traerte de vuelta —le prometió, mientras se corría y su semen la inundaba, a la mujer de la que se había enamorado, la impetuosa Seelie que permanecía escondida en el interior de la mujer que se estaba follando—. Aunque me odies por ello.

Capítulo trece. Un acto de venganza.

Friggal estaba feliz. Habían pasado varios días desde su acercamiento a Seelie, y era evidente que la tensión y la desconfianza habían anidado en el matrimonio. Kenneth se veía siempre tenso, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, como en un enfado permanente. Ella lucía pálida y ojerosa, y aunque durante las comidas seguían sentándose uno al lado del otro en la mesa principal, en ningún momento hablaban entre ellos ni se dirigían una sola mirada.

La semilla que ella había lanzado en los oídos de la mujer, había germinado con fuerza, y eso le daba esperanza de conseguir su objetivo.

«El niño siempre será algo que los mantenga unidos».

No supo de dónde había proveniendo aquel pensamiento. Miró alrededor de la cabaña en la que vivía porque, durante un ínfimo instante, le pareció que alguien lo había dicho en voz alta, pero allí no había nadie.

«Tráeme al pequeño. Si él desaparece, tendrás muchas más posibilidades».

Se levantó de un salto, asustada. La voz resonaba en su cabeza pero era como si alguien le estuviera hablando.

—¿Quién eres? —preguntó, temerosa, mirando hacia todos lados otra vez—. Déjate ver.

«Alguien que puede darte lo que deseas, si tú me entregas al niño».

Gwynn se rio en silencio. Había sido una suerte para él encontrar a esta muchacha. cuando ya estaba a punto de darse por vencido. Llevaba días rondando alrededor de Aguas Dulces, buscando la manera de llegar al pequeño; pero el castillo estaba protegido y le había sido imposible entrar. Un antiguo altar dedicado a Cerridwen permanecía enterrado en el centro del patio de armas, y su poder todavía era considerable, cerrándole el paso. ¿Sería posible que la hermosa Morgaine anduviera por allí todavía, alimentándolo con la poca energía que le quedaba? Podía ser. Por eso, en su momento tuvo que utilizar a los MacDougal para llegar hasta Seelie, un plan que se fue al traste por culpa del escocés y del maldito amor que sentían el uno por el otro.

Y por eso, ahora utilizaría a esta pobre desgraciada para llegar hasta el niño.

La negrura de su alma y su ambición eran el caldo de cultivo que necesitaba para atraerla. Y el hecho de que por sus venas corriera sangre MacDougal, aunque solo fuese una ínfima parte, le estaba facilitando mucho el trabajo.

La miró con intensidad, intentando ver más allá, hacia su pasado. Sí... allí estaba. Una bisabuela había corrompido la sangre del clan MacDolan al engendrar un hijo con un MacDougal, un hombre que, fiel a su estirpe, había salido huyendo, dejándola sola y abandonada.

«No les debes nada a los MacDolan. Para ellos, solo eres un instrumento sin sentimientos ni valor. Kenneth te usó para satisfacer sus propias necesidades y después te trató como si fueras basura. ¿No vas a devolverle el favor? Entrégame al niño. Haz que él sufra tanto como tú, y acércate para consolarlo. Volverás a ser su amante, y si me sirves bien, yo conseguiré que te convierta en su esposa. ¿Aceptas el trato?».

Friggal sintió una corriente cálida recorrerle el cuerpo. Fue como una leve caricia que le insufló voluntad y determinación. No sabía quién era el que le estaba hablando; ni siquiera estaba convencida de que no fuese producto de su imaginación. Pero, ¿qué perdía con intentarlo? De momento, aceptaría el trato y, en su infinita estupidez, pensó que podría echarse atrás en cualquier momento sin que hubieran consecuencias.

—Acepto.

«Bien. Esto es lo que vas a hacer por mí...».

—Hola. Tú eres el pequeño Ken, ¿verdad?

El niño miró a la mujer que se había arrodillado a su lado. Lo había sorprendido escondido detrás de las caballerizas, observando el interior. No debería estar allí porque le habían prohibido acercarse si no iba acompañado por un adulto porque, decían, los caballos eran peligrosos y él demasiado pequeño, pero no podía resistir la tentación. Le gustaban demasiado aquellos animales.

Por eso estuvo tentado de mentir y decir que no. Si su madre se enteraba, lo reñiría. Pero su buen corazón habló antes de que pudiera ni siquiera pensarlo.

—Sí.

—Yo soy Friggal, y soy muy buena amiga de tu padre. ¿Qué haces aquí, escondido?

—Mirando los caballos.

—¿A escondidas?

—Es que mi madre no quiere que me acerque a ellos si no voy con padre o con tío Lean. Tiene miedo de que me pase algo. ¿Le contarás que me has visto?

—Por supuesto que no, cielo. Es más, sé de un lugar, cerca de aquí, en el que hay muchos caballos corriendo libres. ¿Te gustaría verlos?

—¡Sí! —exclamó, entusiasmado, con los ojos brillando por la emoción—. ¿Me llevas?

—Por supuesto. Pero tendremos que mentir a los guardias de las puertas para que te dejen salir.

—Yo no sé mentir.

—No te preocupes. Yo lo haré por ti. Tú solo no digas nada. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Hacía un día magnífico y Maisi pensó que era un desperdicio pasarlo encerrada en casa. Blake había salido de patrulla y ella había terminado de limpiar la casita en el pueblo que el laird les había cedido cuando llegaron allí. Ya no trabajaba en la cocina del castillo porque su marido le había pedido que lo dejase al saber que estaba embarazada, y eso le dejaba mucho tiempo para aburrirse.

«Daré un paseo e iré a ver cómo les van las cosas», pensó mientras miraba hacia el cielo azul.

Atravesó el pueblo a buen paso y cuando se acercaba al portón de la muralla, vio a Friggal saliendo por él, llevando a un niño de la mano. Le resultó extraño. Sabía que la muchacha no tenía familia y se preguntó quién era aquel niño, porque no lo reconoció.

No quiso pensar más en ello. Friggal no le caía bien. Todos en el castillo la habían oído alardear más de una vez de la *relación tan especial* que tenía con el hermano del laird, y de cómo acabaría convirtiéndose en su esposa. En las cocinas, caminaba con aires de señora y habían tenido que ponerla en su sitio más de una vez, reprendiéndola severamente.

Suspiró, porque echaba de menos trabajar allí. La cocina era el lugar más caliente del castillo y, excepto por algún caso aislado como el de Friggal, todos se comportaban con camaradería. Eran buena gente y, a su llegada hacía unos meses, la habían acogido sin ningún tipo de reservas o suspicacias, haciendo que se encontrara como si estuviera en su propio hogar.

Aquella palabra la hizo pensar en su padre. ¿Cómo estaría? Marchar tan lejos del lugar en el que nació y creció, le había roto el corazón, pero no se arrepentía. Era muy feliz al lado de Blake. Quizá sus inicios no fueron nada tradicionales, y muchas personas no comprenderían cómo había podido enamorarse de él, pero a ella no le importaba porque había sido la única que había sabido ver más allá hasta descubrir al verdadero hombre detrás del bandido. Su marido era un hombre atento y cariñoso, cuyo corazón lleno de bondad había logrado sobrevivir a pesar de la manera en la que fue criado, por una bruja malvada, totalmente aislado del resto del mundo, y obligado a hacer cosas terribles que todavía lo atormentaban. Nunca hablaba de ello, pero ella sabía que era así cada vez que tenía que despertarlo porque estaba sumido en una pesadilla.

Pasó un buen rato en la cocina del castillo. Intentó ayudar pero la cocinera la empujó suavemente hasta una silla y la obligó a sentarse allí mientras la reprendía.

—No quiero que tu marido venga a pedirme cuentas después, muchacha —le dijo, bromeando.

La verdad era que nadie allí conocía el pasado de Blake, por lo que nadie tenía motivos para temerle más allá de por ser un gran guerrero.

A la hora de comer, mientras los sirvientes correteaban en dirección al gran salón con las bandejas llenas de comida, la cocinera le puso un plato de guiso delante.

—Come. Ese niño ha de nacer fuerte y sano para que pueda convertirse en otro guerrero para el clan MacDolan.

Ella se tocó el vientre, que ya empezaba a estar hinchado, y obedeció. Estaba masticando el segundo bocado cuando una de las criadas, pálida y temblorosa, trajo una amarga noticia: el sobrino del laird había desaparecido y nadie sabía nada de él, ni lo había visto, desde la mañana muy temprano.

Maisi pensó en Friggal y el niño con el que había salido del castillo. ¿Sería él?

Capítulo catorce. Miedo en el corazón.

En el gran salón había estallado el caos. Nadie había visto a Ken desde la mañana, bien temprano. Al principio, Seelie se negó a preocuparse porque, últimamente, el pequeño tenía tendencia a escapar de su niñera y esconderse en los lugares más insospechados; pero era la hora de su comida y, aunque lo buscaron por todos los escondrijos que ya conocía, no encontró ni rastro de él.

A regañadientes, fue en busca de Kenneth. Quizá el pequeño estaba con su padre. O con su tío. Pero ninguno de los dos sabía nada.

Cuando Maisi llegó al gran salón, Lean estaba ladrando órdenes a diestro y siniestro, organizando una búsqueda por todo el recinto del castillo. Kenneth estaba arrodillado delante de Seelie, que estaba sentada ante la chimenea, con el rostro entre las manos, llorando. Gawin y Derwyddon se mantenían a un lado. Hablaban entre ellos y el primero parecía molesto.

Guerreros y criadas entraban y salían a la carrera, trayendo noticias y llevando nuevas órdenes. Era como si hubiera estallado una guerra.

Maisi cruzó la estancia, esquivándolos como pudo, protegiendo su barriga de los choques involuntarios, hasta que llegó hasta donde estaba su amigo.

—Lo encontraremos, ya lo verás. Estará escondido donde menos lo esperemos.

Kenneth intentaba consolar a su esposa, que se mostraba esquiva ante su contacto.

—Kenneth... creo que Friggall se lo ha llevado —murmuró Maisi detrás de él. El guerrero giró el rostro para mirarla con intensidad.

—¿Qué quieres decir?

—La vi hace unas horas llevando de la mano a un niño que no reconocí. Acababan de abandonar la fortificación, pero no cruzaron el pueblo. Iban directos hacia el sur.

—¡Maldita furcia! La mataré con mis propias manos —siseó con furia contenida mientras apretaba los puños.

Se levantó y caminó con decisión hacia donde su hermano seguía dando órdenes. El laird había adelgazado durante las últimas semanas y, a pesar de la energía que seguía transmitiendo, parecía cansado, casi enfermo. Pero Kenneth, sumido en sus propias preocupaciones, no había reparado todavía en ello.

—Se lo ha llevado Friggall —anunció su hermano cuando llegó hasta él—. Haz venir a los que custodiaban la puerta de la muralla esta mañana.

Los dos hombres estaban durmiendo tranquilamente cuando fueron

despertados a gritos. Habían pasado toda la noche de guardia, pero cuando oyeron que el laird reclamaba su presencia, se levantaron de un salto y acudieron rápidamente, preguntándose qué diablos habían hecho.

—¿Es cierto que una de las criadas abandonó el castillo esta mañana, temprano, en compañía de un niño?

—Sí, mi señor. Friggal nos aseguró que se llevaba a vuestro sobrino a dar un paseo, que tenía permiso para hacerlo.

—¿Y a ninguno de los dos se os ocurrió asegurarnos de que decía la verdad?! —tronó la voz de Kenneth, abalanzándose sobre ellos.

—¡Lo pensamos, mi señor! —exclamó el pobre guerrero, alzando los brazos para protegerse, convencido de que Kenneth iba a asestarle un puñetazo que nunca llegó.

—¿Y por qué no lo hicisteis?!

—Ella... —el otro hombre dudó, y miró a su compañero en busca de ayuda. Al no encontrarla, siguió—: Ella nos dijo que vos y vuestra esposa estabais ocupados y que el niño os estaba estorbando. Imaginamos que... bueno... ya me entendéis.

Seelie enrojeció al comprender a qué se refería. Habían imaginado que Kenneth y ella estaban ocupados haciendo el amor, y que Friggal quitaba de en medio al niño para que no los estorbara.

—Había dado órdenes explícitas al respecto. Mi sobrino y la esposa de mi hermano no podían abandonar Aguas Dulces si no iban debidamente escoltados por mí, Kenneth o Derwyddon, ¿no es verdad?

—Sí, mi señor, pero...

—Diez latigazos para cada uno. La próxima vez os molestaréis en cumplir las órdenes recibidas.

—¡Pero, mi señor..!

Lean no se molestó en seguir escuchando las súplicas de los guardias. En diez minutos tenía organizada una partida para salir en busca de la criada, y por Dios que, en cuanto la encontrara, le haría pagar caro su atrevimiento.

Antes de partir, Seelie se acercó a Kenneth y le susurró con cólera:

—No te molestes en volver si no es con nuestro hijo sano y salvo.

La partida salió al galope, siguiendo la dirección que Maisi les había indicado. Hacía muchas horas que la criada se había ido con Ken, pero una mujer y un niño, caminando solos, no podían haber llegado demasiado lejos.

Derwyddon estaba furioso consigo mismo. Había intentado utilizar la

magia para seguir el rastro del pequeño Ken, pero había fracasado estrepitosamente. Se forzaba a considerar el secuestro como un mero inconveniente para sus planes, pero la verdad era que le había cogido cariño al niño y que odiaría que le pasara algo.

Además de ser un considerable revés, porque si Seelie perdía a su hijo, dudaba de que pudiera estar en condiciones físicas y emocionales cuando llegara el momento de enfrentarse a Gwynn... si es que ese hecho llegaba a producirse alguna vez. Sin la baza del niño para chantajear emocionalmente tanto a ella como a Kenneth, dudaba de que alguna vez se decidieran a aceptar sus planes.

Derwyddon odiaba profundamente que sus poderes se viesan tan menguados. Antiguamente, cuando podía cabalgar por el mundo de los humanos en su forma original, esto no ocurría. Tanto su esencia como sus poderes se mantenían intactos, y no se veía tan limitado a la hora de usar la magia.

Pero, quizá, si unía fuerzas con alguien del otro lado del velo...

—¡Morgaine! —gritó, y su voz reverberó tropezando con las paredes de su habitación.

La diosa oscura no tardó en hacerse presente. Parecía cansada y su figura translúcida parpadeaba intermitente, como si ya casi no tuviera fuerzas para aparecer.

—¿Qué ocurre, Twain?

—Han secuestrado al pequeño Ken y no soy capaz de encontrarlo. ¿Puedes ayudarme?

Cerridwen le ofreció la mano a su más viejo amigo y utilizó el vínculo de la sangre con su nieto para saber dónde se encontraba. Fue un viaje costoso que hizo que su rostro palidiera todavía más, como si la energía que la sustentaba estuviera agotándose.

—Hay oscuridad a su alrededor —musito con los ojos cerrados—. ¿Lo ves?

—Sí —contestó el druida, viendo a través de los ojos de ella—. Y procede de la muchacha. Debemos saber qué planea.

—¡Gwynn quiere al niño! —gritó ella con horror—. ¡Lo está llevando al sur, al antiguo bosque maldito en el que los MacDougal hicieron los sacrificios hace cinco años, antes de atacar Aguas Dulces!

Morgaine miró a Derwyddon presa de un gran temor. Ese niño llevaba su misma sangre, sangre poderosa e inocente que derramada sobre un altar maldecido, le otorgaría a Gwynn el poder suficiente para atravesar el velo y hacerse fuerte en el mundo de los humanos.

—Hay que impedirselo.

Cerró los ojos, dispuesto a todo. Con su envoltura carnal, jamás había intentado lo que iba a hacer y no sabía si lo conseguiría. Concentró todas sus

fuerzas en buscar a Gawin y reforzar el débil vínculo que se había establecido entre ellos cuando, semanas atrás, lo había traído de vuelta de la muerte.

Habían perdido el rastro en el maldito riachuelo. Hacía una hora que habían llegado allí y Kenneth se estaba impacientando al no recibir todavía noticias de los exploradores que habían enviado en ambas direcciones, buscando encontrar las huellas.

Si por lo menos tuviesen alguna idea de hacia dónde se dirigían... ¿Qué diablos se le había pasado por la cabeza a Friggal para hacer algo así? ¿Venganza por haberla despreciado?

«Otra carga más para mi maldita conciencia».

Como si no tuviera ya suficiente con los remordimientos que lo consumían y que lo habían llevado a abandonar su propio lecho porque no soportaba el odio con que su esposa lo miraba cada vez que se le acercaba.

«¿De verdad creíste que forzándola, conseguirías lo que querías?».

No solo se había comportado como un estúpido: olvidó su honor y le hizo daño a la persona que más amaba, aquella a la que debería proteger.

«No tengo perdón».

Ese fue el motivo que lo llevó a no volver a su cama ni a su dormitorio, más que para procurarse ropa limpia cuando la necesitaba; y lo hacía cuando sabía que ella no estaba allí.

La rabia y la frustración que lo habían impulsado aquel día, cuando ordenó que, a partir de aquella misma noche, Ken dormiría solo en su propia habitación, habían desaparecido. Miraba hacia atrás y no se reconocía en aquel hombre.

«Pero era yo. Me he convertido en un monstruo sin sentimientos».

Un ligero alboroto lo sacó de su ensimismamiento. El agua del riachuelo le había empapado las botas y sentía los pies fríos y entumecidos. Miró hacia donde estaba Gawin, y vio que se había caído al suelo, persa de terribles estertores.

—¿Qué diablos?!

Lean ya estaba con él, intentando contenerlo, y Kenneth se agachó para ayudarlo. El cuerpo de su amigo se sacudía sin control y le habían puesto un trozo de cuero en la boca para impedir que acabara mordiéndose la lengua. Tenía los ojos muy abiertos, como si mirara hacia algún lugar horrible que nadie más podía ver, y durante un terrible instante, parecieron volverse completamente blancos.

Todo terminó de repente, tal y como había empezado. Gawin, sin saber muy

bien qué había pasado a su alrededor, miró a Kenneth y dijo:
—Sé hacia dónde se dirige.

Friggal estaba cansada de caminar, escuchando los interminables lloriqueos del niño que llevaba a rastras a través de los campos. El crío no paraba de gritar entre sollozos que tenía hambre y sed, exigiéndole que lo llevara con su mamá.

Al principio había procurado ser buena con él, calmándolo con cariño y contándole mentiras; pero el pequeño diablo era más listo de lo que parecía y se había dado cuenta de que trataba de engañarlo.

Había intentado escaparse dándole patadas en las piernas, y casi lo había conseguido. Al ver que sus esfuerzos eran en vano, empezó a gritar pidiendo ayuda. Si algún campesino lo oía, Friggal se vería en serios problemas. O peor, podía atraer a hombres poco recomendables. Aunque aquella zona estaba bastante libre de bandoleros y maleantes gracias a las constantes patrullas de los MacDolan, no estaban completamente limpias, y siempre se corría el riesgo de llamar la atención si se hacía demasiado ruido. Para evitarlo, se vio obligada a improvisar una mordaza con sus enaguas, y había utilizado el resto para atarle las manos y poder tirar de él como si fuese la correa de un perro.

No podía permitir que el pequeño diablo se escapara.

—Pronto llegaremos y el amo me librerá de ti —murmuró mientras pegaba un tirón que lo hizo caer de rodillas.

Ni siquiera se había dado cuenta, pero desde que había aceptado el trato, Gwynn había ido invadiendo su mente hasta corrompérsela completamente, convirtiéndola en una esclava sin voluntad, y su única obsesión era cumplir con su misión entregando al niño.

El lugar indicado estaba cada vez más cerca. Lo sentía en la sangre, que bullía en sus venas; y en el eco ensordecedor que abarrotaba su cabeza. La voz de su amo le llegaba cada vez más alta y clara, más fuerte y poderosa, y la conminaba a seguir a pesar del agotamiento, de las llagas en los pies, y del frío que había invadido su cuerpo después de caerse en el riachuelo, cuando el pequeño intentó escapar. Tiritaba de frío y tenía fiebre, pero no era consciente de nada más que de la pulsión que la obligaba a seguir caminando en dirección al bosque que ya estaba ante sus ojos, arrastrando a un niño que ya no tenía fuerzas para caminar y que se levantaba y caía cada dos por tres.

El sentimiento de realización que la invadió cuando cruzó la linde del bosque maldito, fue excepcional. Nunca había sentido algo así, tan grande y hermoso, y sollozó de dicha al sentir la caricia que su amo le dirigió, enviándole una ráfaga

de brisa fresca que le acarició el rostro y le calmó un poco la fiebre. Su voz resonó en su cabeza, empujándola a seguir todavía un poco más.

Ciega a todo lo que la rodeaba, no fue consciente de la presencia de los hombres hasta que cayeron sobre ella y le arrancaron al niño de las manos.

A Kenneth le parecía un milagro volver a tener a su hijo entre los brazos. El aviso de Derwyddon les llegó con el tiempo suficiente para dar un rodeo a todo galope, adelantar a Friggal sin que esta se diese cuenta, y preparar una emboscada en la linde del bosque.

El pequeño lloraba aferrado a su cuello y Kenneth lo abrazaba, susurrándole palabras de consuelo.

Gawin y Lean se habían encargado de maniatar a Friggal. Cuando cayeron sobre ella, tuvieron que contenerlo para que no la matara. Deseaba con todas sus fuerzas rodearle el cuello con las manos y apretar mientras veía cómo la luz se iba apagando de sus ojos al mismo tiempo que luchaba por respirar.

Durante unos instantes, el dolor y la angustia que había sufrido se convirtieron en el odio más profundo que jamás había sentido. Si no hubiese sido por la intervención de su hermano y su amigo, habría cometido un acto imperdonable.

Él no mataba mujeres. Nunca lo había hecho en el pasado, y no iba a empezar ahora. Friggal tendría un juicio.

—¡¡No!! ¡El amo lo necesita! —El grito de Friggal resonó en el bosque, para empezar a murmurar después—: Su sangre. La sangre de la diosa sobre el altar. Lo quiere, lo quiere. ¡¡No podéis hacerle esto!! Él me prometió algo a cambio de llevárselo. ¿Qué me prometió? No sé, no sé, pero era importante. ¿Un hombre? La sangre de Cerridwen es muy fuerte, muy fuerte.

Soltó una carcajada mezclada con sollozos. De rodillas en el suelo, las manos atadas a la espalda, el pelo revuelto y la ropa sucia, lo miraba todo con ojos desorbitados.

—Parece que se ha vuelto loca —susurró Lean.

—Yo diría que hay algo más —contestó Gawin—. Siento en ella una esencia que no me es desconocida.

—¿Gwynn?

Gawin asintió con la cabeza y miró hacia donde estaba Kenneth con su hijo en brazos.

—Será mejor que no se lo digamos todavía. Esperemos a que Derwyddon esté presente. Quizá pueda hacer algo por ella.

—Buen consejo. —Lean palmeó el hombro de Gawin—. Pero deberíamos amordazarla. Los hombres se están poniendo nerviosos.

—Yo me encargo de ella.

—¿Estás seguro?

—Sí, no te preocupes.

Alistair estaba empapado en sangre. Que no fuese la suya no tenía ninguna importancia, porque se sentía herido en lo más profundo de su ser.

Desde su huida de Aguas Dulces, porque eso es lo que había sido, se había instalado en su alma un vacío frío y descorazonador que lo acompañaba a todas partes. Él, que había sido el hombre de la sonrisa perpetua, que hasta en sus peores días era capaz de bromear y reír, se había convertido en un ser malhumorado y hosco que se enfadaba por cualquier nadería.

Miró a su alrededor. Habían ganado, pero la batalla había sido brutal. Los MacPherson les habían tendido una emboscada y Alistair, sumido en su propia tormenta, no había estado atento a los detalles precisos para deducir que todo era una trampa. Habían caído sobre ellos y lo único que había hecho posible la victoria, había sido el intenso entrenamiento al que sometía a sus hombres diariamente.

Pero el precio era terrible. Cuerpos caídos por doquier. La tierra manchada de rojo, empapada con la sangre de los caídos. Gritos de dolor pidiendo ayuda. Los estertores de los moribundos. Los relinchos aterrados de los caballos.

Les había fallado a sus hombres y a sí mismo.

«Y todo porque soy un cobarde».

Sí, un cobarde que había huido de Aguas Dulces porque no era capaz de aceptar lo que su corazón sentía. El beso de Lean le había abierto la puerta a un mundo nuevo que lo aterraba, enfrentándolo de una vez por todas a sus propios sentimientos y necesidades. Ningún beso en el pasado le había hecho sentir tanto en tan poco tiempo. Ninguna boca femenina había conseguido que deseara aullar a la luna. Ninguna mujer había logrado que en su corazón anidara el perverso deseo de la posesión. Porque Lean era suyo, igual que él lo era de su laird.

«Lo amas, pedazo de alcorcho», se dijo.

Lo amaba de una manera que nunca había creído posible. Se pasaba el día deseando verlo, besarlo, acariciarlo. Una sonrisa suya hacía que la alegría anidara en su pecho hasta amenazar con estallar. Una mirada conseguía que su corazón se acelerara. Cerrar los ojos e imaginarse a Lean entre sus piernas, con su polla en la boca, casi le provocaba un infarto. Soñar con follarlo, o ser follado

por él, una locura.

Hacía tiempo que se preguntaba qué sentiría al hacer el amor con otro hombre. No, otro hombre, no. Con Lean. Solo Lean. Siempre Lean. ¿Se le erizaría la piel si sus manos lo acariciaban? ¿Se perdería en sus besos? ¿Jadearía de placer con el contacto de sus gruesas y callosas manos? ¿Se correría con fuerza, como nunca antes, cuando alcanzara el orgasmo?

«Por supuesto que sí. Solo de pensar en ello, se te pone dura como una piedra».

¿Y Lean? ¿Perdonaría su cobardía? ¿Se sentiría igual de perdido y solo con esta separación que su propio miedo les había impuesto? ¿Lo aceptaría de nuevo entre sus brazos después de haberle roto el corazón de una manera tan cruel?

—Hay siete muertos, de momento. Ewan y Angus están jodidos. Puede que no pasen de esta noche.

Siete de sus hombres, muertos. Siete familias que ya no volverían a ver a su padre, hermano, o marido. Siete madres que llorarían la pérdida de su hijo. Siete vidas desperdiciadas por culpa de la estupidez humana.

«Este mundo ya es demasiado duro y cruel como para andar peleando en contra de nuestro propio corazón».

Le dio las gracias al guerrero palmeándolo en el hombro. Era hora de enterrar a los muertos, volver a casa, y aceptar con valor lo que su corazón deseaba.

«Esta vez voy a ser yo quién te acorrale a ti, Lean MacDolan. Y te besaré sin piedad hasta que pierdas el sentido».

Capítulo quince. La felicidad es de los valientes.

Seelie estuvo todo el día en el adarve, esperando su regreso. Le era imposible esperar dentro pacientemente. Quería verlos llegar desde lejos, aunque eso no disminuyó su ansiedad ni su tormento. Si perdía a su hijo, moriría.

«Todo es culpa de Kenneth».

Había jugado con los sentimientos de Friggal y el despecho la había llevado a desear vengarse. Quizá no era justo culparlo solo a él, pero envuelta en su nube de angustia no era capaz de razonar, y se decía que si su marido hubiese sabido mantener la polla bien guardada, no habrían llegado a esta situación.

Pasó el día entero y se hizo de noche. Seelie se vio obligada a entrar en el castillo cuando la noche se cerró sobre ella y empezó a caer una débil llovizna. Era inútil mantenerse firme en el adarve porque era imposible ver nada más allá de la muralla.

A regañadientes, hizo caso de Maisi, que se había mantenido a su lado a pesar del cansancio del embarazo. Juntas y abrazadas, se refugiaron en el calor de la chimenea del gran salón.

—Lo traerán de vuelta, mi señora, ya veréis. Confiad en vuestro esposo.

—¿Tú también te has acostado con él? —le preguntó con rabia, movida por los celos y la desesperación, pero inmediatamente se arrepintió—. Lo siento, yo...

—No se preocupe, no importa.

Maisi se ruborizó intensamente al recordar las circunstancias en las que ella y Kenneth se conocieron. Sí, se habían acostado, y después había sido secuestrada por Blake, entrando así en la peor pesadilla de su vida que, afortunadamente, terminó bien. Por suerte, Seelie no interpretó el sonrojo como una admisión de culpa.

—Estás muy segura de que lo conseguirá.

Maisi se pasó la lengua por los labios y asintió.

—Le debo la vida y la cordura, mi señora. Y mi esposo, también. Por eso confío en que encontrará a vuestro hijo y lo traerá a casa sano y salvo.

Pensó en contarle parte de su historia, para distraerla, pero allí en Aguas Dulces nadie sabía de su pasado, y prefería que eso siguiese así. ¿Qué pasaría con ellos si llegaban a enterarse de que Blake había sido esclavo (porque no había otra palabra para definirlo) de Gwynn, y se hacían públicas las atrocidades que todavía pesaban sobre la conciencia de su esposo?

Los gritos de los guardias y el tumulto en el patio de armas, terminó con la conversación. Ambas salieron corriendo al patio para ver llegar a los jinetes bajo

la lluvia. Kenneth llevaba al pequeño entre los brazos, y la maldita criada iba a caballo con Gawin, atada y amordazada.

Seelie corrió sin esperar a que desmontaran. Se metió entre los caballos hasta llegar al de su esposo y le arrebató a su hijo de los brazos. Lo abrazó entre lágrimas de felicidad y alivio por verlo vivo y de vuelta. Le llenó el rostro de besos mientras su pequeño protestaba por tanta efusividad.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te ha hecho daño?

—Solo está cansado y tiene algunos arañazos, nada más —contestó Kenneth sin bajar del caballo. Se moría por hacerlo y unirse a ese abrazo, pero reprimió sus deseos. Ella no quería que la tocara de ninguna de las maneras.

—Vamos a darte un baño, cariño. Después, cenarás y te irás a la cama.

—¿Puedo dormir contigo, mamá?

—Por supuesto que sí —contestó, desafiando a Kenneth con la mirada.

Él no replicó. No tenía nada que decir.

Lean, Kenneth y Gawin se asearon en el pozo antes de reunirse con Derwyddon en las dependencias privadas del primero. Tenían que decidir qué hacer con Friggal y querían el consejo del druida, por lo que este había ido a verla al calabozo donde la habían encerrado.

—Definitivamente, Gwynn tiene todo que ver con su locura —sentenció este al volver de allí—. Lo que no comprendo es que le haya sido tan fácil, teniendo en cuenta que su poder está muy mermado. ¿Puede que tenga algún vínculo familiar contigo? —preguntó a Gawin, pero este negó con la cabeza.

—¿Tiene eso alguna importancia real?

—No, pero saberlo me ayudaría. Si es más poderoso de lo que creo, puede traernos problemas.

—¿Más? —bromeó Lean con sarcasmo.

—Sí, cuando llevemos a cabo lo que he estado planeando.

—Os escuchamos.

Derwyddon asintió con la cabeza y miró a Kenneth. Sabía que al escocés no iba a gustarle y que se opondría con todas sus fuerzas.

—He descubierto que en el patio de armas hay un punto en el que confluyen muchas líneas de energía mágica. Eso se debe a que, antiguamente, en este mismo lugar se alzaba un altar a Cerridwen. Eso hace que el poder palpite en cada grano de tierra, y es el lugar perfecto para atrapar a Gwynn. Mi plan es usar el vínculo que Friggal tiene con el Cazador para obligarlo a venir hasta aquí... y que Seelie pueda atraparlo.

—No —interrumpió Kenneth, tajante—. No vais a poner a mi esposa en peligro. No os lo voy a permitir.

—Esa decisión no te corresponde a ti.

—¡Ya lo creo que sí! Es mi esposa, y hará lo que yo diga.

—Escúchame, Kenneth. Tu familia jamás podrá vivir en paz mientras él siga libre. Provocó una guerra para conseguir a Seelie, y ahora ha puesto los ojos en tu hijo. ¿Acaso crees que se rendirá solo por haber frustrado sus planes ahora?

—Sé cómo proteger a mi hijo —gruñó.

—Solo hay dos maneras de que puedas protegerlo: una es mantenerlo encerrado durante toda su vida; la otra es acabar con Gwynn de una vez por todas. Y solo una de ellas te garantizará la paz.

—No me hace ninguna gracia poner en riesgo a Seelie, Kenneth —terció Lean—. Sabes que la quiero como a una hermana, pero...

—No voy a arriesgarme a perderla. Hace muy poco que ha descubierto lo que es capaz de hacer, y dudo de que pueda enfrentarse a alguien que lleva siglos dominando la magia. ¿Es que estáis todos locos? Es como obligar a un niño a pelear por su vida, con espadas afiladas, contra un templario.

—No lo entiendes. No será Seelie la que se enfrente a él. Ella es el Cáliz.

—¡Maldita sea! —gritó con furia— ¡Dejad de hablar con enigmas y de contar las cosas a medias! Y hablad claro de una maldita vez.

—¿Cómo pretendes que haga eso si habéis olvidado todo? ¿Vuestro maldito cristianismo os ha hecho olvidar todas las historias de vuestros antepasados?

—El Cáliz es el origen y el centro de la vida —susurró Gawin con los ojos cerrados, como si intentara evocar un recuerdo lejano—. Es el renacer perpetuo y contiene la esencia de lo imperecedero.

—Menos mal que a alguien le queda algo de la sabiduría de sus ancestros —murmuró el druida con sarcasmo.

—Seelie será la fuente a través de la que se canalizará el poder, ¿no es eso?

—Exacto, muchacho. Y yo usaré ese poder. Para eso estoy aquí.

—Entonces, con más razón para oponerme. Gwynn conoce el peligro que Seelie representa para él, vos mismo lo dijísteis. En cuanto se vea acorralado, irá a por ella para intentar matarla.

—Para eso estaréis presentes Gawin, Blake y tú. Los tres estáis vinculados a Gwynn tanto como Seelie. Sois sus guardianes y protectores.

—No vais a ponerla en peligro. Fin de la discusión.

—Sí vais a hacerlo, Derwyddon. —La voz de Seelie interrumpió la discusión. Todos se giraron para mirarla. Acababa de abrir la puerta y ninguno de ellos se había percatado de su presencia—. Soy yo quién decide si pongo en peligro mi vida o no, Kenneth. Tú perdiste el derecho a darme órdenes.

—Seelie. No. No hagas esto solo porque estás enfadada conmigo.

—¿De veras piensas que todo gira en torno a ti? Hago esto porque es lo mejor que puedo hacer para proteger a mi hijo. Derwyddon tiene razón al decir que, mientras ese dios demonio esté suelto por ahí, él estará en peligro.

—También es mi hijo.

—Entonces, si a mí me pasa algo, asegúrate de cuidar bien de él y de protegerlo, porque no vas a hacerme cambiar de opinión.

Después de la reunión, Kenneth estuvo un rato dando vueltas por el castillo, indeciso. Había muchas cosas que quería decirle a Seelie, pero estaba seguro de que ella no querría escucharlo. Pero el miedo a perderla a causa del plan de Derwyddon, le dio el valor suficiente como para arriesgarse.

Subió hasta el dormitorio y abrió la puerta en silencio, sin llamar. Ken estaba durmiendo. Su pequeño cuerpecillo se perdía en la enorme cama. Seelie lo observaba, sentada en el borde, y le acariciaba la mano de vez en cuando.

—Seelie...

—¿Qué quieres?

Ni siquiera giró el rostro para mirarlo.

—Hablar.

—Si pretendes hacerme cambiar de opinión, ahórrate el esfuerzo porque no vas a conseguirlo.

—Lo sé. Solo quiero pedirte perdón y decirte que lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Qué es lo que sientes, Kenneth?

Su actitud distante y la frialdad de sus palabras produjeron en él el mismo efecto que un puñetazo directo al estómago, pero se recompuso lo mejor que pudo. Había ido allí con una misión y no iba a echarse atrás como un cobarde.

—Todo, mi amor. Pero lo que más lamento es haberte hecho daño. Mi terquedad a la hora de no querer aceptar que ambos hemos cambiado, me ha llevado a convertirme en un monstruo. Quería que los años en que hemos estado separados, desaparecieran. Que volviéramos a ser los que éramos antes, cuando lo único que nos importaba era estar el uno con el otro. Recuperar la pasión y la magia, que volvieras a reír con despreocupación. Mi propia frustración me llevó a cometer un acto imperdonable contra ti. Siento ser como soy, impulsivo e irracional. Pero de lo que más me arrepiento, es de haber destruido el amor que todavía sentías por mí. Sé que no podrás perdonarme. Yo no puedo perdonarme a mí mismo. ¿Cómo podría? Ver el miedo y la rabia en tus ojos, cuando me acerco, ha hecho que me viera tal y como soy: un ser despreciable. Solo... solo quiero

que sepas que nunca más voy a forzarte. Jamás volveré a tocarte. Por la mañana, ordenaré que preparen un dormitorio para ti; si quieres trasladar a Ken allí, contigo, no me opondré. Y mantendré mi promesa de fidelidad. No habrá ninguna otra mujer en mi vida, y no porque espere que, con mi arrepentimiento y mi conducta, tú puedas llegar a perdonarme. Lo hago porque es lo que debo, porque mi honor me lo exige, porque es la única manera que tengo de... castigarme y purgar el daño que he causado. Y si mi presencia en Aguas Dulces te incomoda o te molesta, cuando todo esto termine, me marcharé de nuevo. Desapareceré, para siempre.

Kenneth se marchó sin esperar una respuesta. No había nada que ella pudiera decir, o que quisiera decirle en aquel momento, porque a pesar de todo el daño que le había hecho, seguía amándolo. Se equivocaba al pensar que con su acto infame había conseguido destruir el amor que sentía por él. Era tan tonta que se había dado cuenta de que estaba movido por la frustración y la desesperación. Ambos habían cambiado mucho, y necesitarían tiempo para aceptarse tal y como eran ahora.

«Es imposible volver a ser la que era, por mucho que lo intente».

O quizá no. Los años de separación metida en el convento la habían convertido en una mujer que mantenía cualquier pasión encerrada en lo más profundo de su ser; pero allí seguía, agazapada, esperando la oportunidad para salir a la superficie, y cada vez que Kenneth la había tocado, había peleado con uñas y dientes por emerger.

Y no era solo la pasión carnal lo que había perdido por el camino. Cuando se miraba en el reflejo del agua, no se reconocía a sí misma. Kenneth tenía razón, ya no reía, ni disfrutaba de la vida. Se había convertido en una mujer amargada incapaz de dejarse llevar, controlando cualquier impulso que pudiese traerle un poco de felicidad.

Odiaba a Kenneth por haberla obligado a mirarse, y se despreciaba a sí misma por lo que había descubierto.

Alistair llegó a Aguas Dulces cuando ya era de noche cerrada. Después de la batalla, había fustigado a sus hombres durante dos días para volver a toda prisa, y ninguno de ellos protestó porque también tenían ganas de regresar y poder abrazar a sus seres queridos.

Sabía que al día siguiente le iba a tocar cumplir con la peor parte de ser la mano derecha del laird y la que menos le gustaba: informar a las familias de los

hombres que habían caído.

Pero hasta ese momento, prefería no pensar en ello. En cuanto descabalgó y dejó el caballo en manos del mozo que cuidaría de él, se dirigió al pozo para asearse un poco. Se había lavado la sangre por el camino, en el primer riachuelo que cruzaron; pero todavía tenía mugre y olía a sudor rancio. Pasó por su habitación para ponerse ropa limpia y, después, se dirigió con decisión hacia las dependencias de Lean.

Necesitaba verlo y no podía esperar a la mañana.

Inspiró con ahínco ante la puerta. Alzó un puño para llamar y se lo quedó mirando durante unos segundos, preguntándose que qué narices estaba a punto de hacer. Pero recordó lo efímera que era la vida en este mundo que les había tocado vivir y que no podía desperdiciar la oportunidad de ser feliz que tenía al alcance de la mano.

Aporreo la puerta con decisión y oyó la voz de Lean mascullando en voz baja algo que sonaba a imprecación.

Estaba nervioso como nunca antes. Enderezó la espalda, apretó los puños y respiró profundamente.

Lean abrió la puerta y Alistair sintió el puñetazo de la lujuria. Tenía el pelo revuelto, los ojos entrecerrados a causa del sueño, y las sábanas le habían dejado una marca en la mejilla. Se estaba cubriendo al entrepierna con el plaid, agarrándolo con una mano, y este caía al suelo como en una cascada de fuego dejando bien visibles las musculosas piernas y las apetecibles caderas. Tuvo deseos de arrancarle de la mano aquella tela con la que se estaba protegiendo, pero se obligó a subir los ojos, deslizándolos sobre la definida musculatura de vientre y pecho, hasta llegar de nuevo a los ojos.

Lean, consciente del repaso que su amigo le acababa de echar, tragó saliva antes de preguntar en un susurro:

—Alistair... ¿Cuándo has regresado?

—Hace un momento.

—Y, ¿qué haces aquí?

—He venido a terminar lo que dejamos a medias.

No dejó que Lean reaccionara. Dio un paso hacia adelante para cruzar la puerta, tiró del plaid con una mano para deshacerse de él, y cerró la puerta con la otra.

Lean no se quejó cuando la boca de Alistair descendió a por la suya, ni cuando las manos rugosas y llenas de callos de su amigo lo aferraron por las caderas para pegarlo a su cuerpo. Tampoco se preguntó qué lo había llevado a cambiar de opinión.

Lo único realmente importante era que estaba allí, que lo tenía entre los

brazos y que estaba besándolo con una pasión inusitada, como si la vida le fuese en ello.

Alistair lo guió hasta la cama sin abandonar su boca. Por el camino, las manos de Lean arrancaron de su cuerpo todo rastro de ropa. Cayó sobre la cama de improviso y aprovechó los segundos de separación para quitarse las botas y arrojarlas lejos. Se tumbó a su lado y deslizó los dedos sobre la piel del hombre que amaba.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Lean con la mirada febril.

—Completamente.

Volvió a besarlo. Sus lenguas jugaron, traviesas, chocando una con la otra. Sus pollas se rozaron y dejaron ir al mismo tiempo un jadeo tembloroso. La boca de Lean se deslizó sobre la piel, dejando un rastro de besos, mientras las manos de Alistair le cogían la cabeza, guiándolo. Se entretuvo en los pezones, mordiénolos con pasión, haciendo que afloraran sobre la piel, y después bajó por el estómago siguiendo el rastro de vello que descendía desde el ombligo hasta la enhiesta polla que se alzaba, orgullosa, entre las piernas.

—Cómemela. —Alistair susurró la orden con voz quebrada, y Lean no dudó en obedecerle. Se relamió los labios y sonrió con picardía. Tenía al guerrero donde quería, e iba a aprovecharse de ello.

Chupó el glande como si fuese un caramelo, rodeándolo con los labios y acariciándolo con la lengua. Alistair, tumbado boca arriba, curvó la espalda por culpa del estallido de placer. Gimió cuando Lean lamió el tronco y le chupó los testículos, uno primero, después el otro.

Se sintió desvalido en manos de Lean, pero al mismo tiempo, una fuerza inusitada, que provenía de la certeza de estar haciendo lo correcto, le llenó el corazón. Todas las dudas que aún conservaba, desaparecieron por la magia que Lean estaba obrando en su cuerpo. La piel erizada le hablaba de amor. El latido de su corazón le daba fuerzas. Las manos que le aferraban las caderas y lo mantenían sujeto mientras se introducía la polla en la boca, le contaban una historia de confianza y respeto.

Jamás, en manos de una mujer, se había sentido tan vulnerable y fuerte al mismo tiempo. La devoción que Lean le demostraba enraizó profundo en su alma, atándolo a él irremediabilmente.

—Basta —gimió—. No quiero correrme en tu boca.

Lean se apartó de él, incorporándose hasta quedar de rodillas entre las piernas de Alistair. Le dedicó una sonrisa satisfecha, de medio lado, al ver el manojo de nervios en que había logrado convertir a su amigo. Posó los ojos sobre el pecho que subía y bajaba desacompañado al mismo ritmo que los jadeos. Deslizó una mano entre el vello y se inclinó hacia adelante, apoyándose en una

mano. Con los rostros casi pegados, le preguntó:

—¿Qué quieres que te haga ahora?

—Quiero hacértelo yo a ti.

Lo tumbó boca abajo en la cama, y lo aplastó con el peso de su cuerpo al ponerse encima de él. Acercó los labios al oído de Lean para poder susurrarle.

—Me has vuelto loco. —Frotó la polla entre las nalgas y Lean gimió al mismo ritmo que las caricias—. Eres un laird sin consideración—. Le mordió el hombro con fuerza, y después calmó el leve dolor pasando la lengua sobre la marca que le había dejado—. Cada vez que sales sin escolta, me dan ganas de tumbarte sobre mis rodillas y azotarte el trasero.

Lean gimió, largo y profundo, sin comprender por qué la imagen de Alistair azotándolo, en lugar de enfurecerlo, hacía que su polla se hinchara todavía más.

—Hazlo.

Su boca habló sin que él fuese consciente, provocando que Alistair inspirara con rudeza, sorprendido por la súplica que leyó en su voz.

—Oh, Dios, sí. Hazlo y fóllame de una maldita vez.

Las palabras de Lean exacerbaron su imaginación y la lujuria que ya sentía. Le obligó a abrir las piernas forzándolas con las suyas y se incorporó, quedándose de rodillas. Las nalgas de Lean estaban prietas y Alistair se pasó la lengua por los labios.

El laird estiró el brazo y rebuscó algo debajo de la almohada, un frasco de barro que le ofreció a su amigo.

—Usa este unguento en mi ano para lubricarme.

Alistair lo cogió y lo miró con sorpresa. Lo abrió y lo olió. El agradable aroma a hierbas inundó su nariz.

—Eres un chico travieso, Lean. ¿Por qué tienes esto tan a mano? ¿Acaso lo has usado con regularidad?

—¿Qué? ¡No! No, yo... solo soñaba con este momento, y quería estar preparado por si llegaba a producirse.

—No me mientas.

Alistair estaba jugando. Sabía que, en estas cosas, Lean era inexperto como él; pero imaginarlo en brazos de otro, siendo penetrado por otro hombre, hizo que los celos afloraran sin pudor. Los controló, porque, en todo caso, no tenía derecho a recriminarle nada. Si, en los días que habían estado separados, Lean se había consolado con algún otro, era solo culpa suya y de su precipitada huida.

—No te miento. Nunca, ningún hombre, me ha... follado.

Alistair le acarició las nalgas con una mano y se inclinó para morderla. Lean ahogó un grito al sentir la punzada de los dientes en su carne, y su polla se hinchó todavía más. Dejó ir una risa amarga. No había duda de que era todo un

perverso y de que iría al infierno de cabeza, pero no le importaba. Estaba disfrutando como nunca antes lo había hecho.

—Eso me gusta. Podemos decir que ambos somos vírgenes en ese aspecto. Ponte a cuatro patas, *laird*. Es la hora del castigo por haber escapado sin escolta.

Lean obedeció sin dudar. La primera palmada restalló en el silencio sepulcral y envió un relámpago de lujuria que atravesó todo su cuerpo hasta concentrarse en la polla, que se sacudió y dejó ir unas gotas de líquido preseminal, manchando las sábanas impolutas. La segunda lo hizo gemir y agarrarse con fuerza a la almohada. Con la tercera tuvo que ahogar un grito que hubiera alarmado a medio castillo.

—Tienes un culo perfecto —susurró Alistair, acariciándose con devoción contenida, y Lean no entendió por qué sus palabras fueron como un bálsamo que le calmó el picor.

Alistair se llenó los dedos con el ungüento y penetró a su *laird* con ellos. Lean gemía con cada movimiento. Su cuerpo, presa de un pequeño temblor incontrolable, se rindió y tuvo que apoyar la cabeza sobre la cama mientras dejaba ir varios gemidos encadenados. Cuando estuvo lo bastante dilatado, Alistair se embadurnó su propia polla antes de penetrarlo con ella. Se agarró a las preciosas nalgas que le ofrecían tan divino placer y lo embistió, llenándolo con su miembro.

Un latigazo de felicidad le removi6 las entrañas, atenazándole el alma y el corazón. Se inclinó hacia adelante un poco, lo preciso para alcanzar la polla de su amante, y empezó a masturbarlo con vehemencia al mismo ritmo que lo penetraba. Sus gemidos se entrelazaron. El olor a sexo y sudor inundó la habitación, y el calor de sus cuerpos ahuyentaron el frío.

Ambos se corrieron con fuerza, ahogando los gritos que les rompían en la garganta.

«Si alguna vez el hombre alcanza a volar —pensó Alistair de manera absurda—, será parecido a lo que siento ahora mismo».

Cayeron rendidos, con piernas y brazos entrelazados, jadeando sudorosos y el corazón tan acelerado que parecía que les iba a estallar.

—Te amo, Lean.

Las palabras, susurradas a su oído, lo obligaron a abrir los ojos para mirar al hombre que las había pronunciado, y se maravilló de tenerlo a su lado como tantas veces había soñado.

—Eres mi vida, Alistair —contestó, acurrucándose contra él, sintiéndose completo y satisfecho por primera vez en su vida.

Capítulo dieciséis. El ritual.

Todo estaba preparado.

La oscuridad había caído como un manto sobre Aguas Dulces. Era una noche clara y serena de principios de verano. La luna llena brillaba en el cielo como un carro plateado, y las estrellas titilaban, completamente inconscientes de lo que estaba a punto de ocurrir en ese puntito azul llamado Tierra.

Derwyddon marcó a los actores del próximo drama poniendo los dedos índice y corazón en las frentes de cada uno de ellos, mientras pronunciaba unas palabras extrañas en un idioma desconocido para todos menos para él: Kenneth, Seelie, Gawin, Blake, Friggall, Lean, y Alistair.

Blake le había contado a Maisi lo que iban a hacer y, aunque ella, al principio, fue reticente a dejarlo participar en tamaña locura, acabó aceptando su decisión.

Gawin le escribió una carta a Rosslyn, por si acaso no sobrevivía, y la dejó en manos de Lean para que se encargara de hacérsela llegar si lo peor ocurría.

Kenneth y Seelie no habían hablado desde la noche en que él le había pedido perdón. Habían pasado días evitándose el uno al otro: el primero, porque no quería imponerle su presencia; la segunda, porque no sabía cómo perdonarlo.

Una vez todos estuvieron marcados y protegidos, Derwyddon entonó un ensalmo que se expandió poco a poco por todo el castillo, sumiendo en el sueño a todos sus habitantes. Criados, siervos, guardias, guerreros; todos cayeron en un profundo sopor allí donde se encontraban. No podía haber testigos de lo que iban a hacer, o podrían acabar siendo perseguidos por la Iglesia por las prácticas de brujería.

Lean y Alistair se despidieron de los demás y se dirigieron en silencio hacia el dormitorio donde el pequeño Ken estaba durmiendo. Si el plan salía mal y no eran capaces de detener a Gwynn, ellos dos se encargarían de mantenerlo a salvo y lejos de las garras del Cazador hasta que se convirtiese en un hombre.

El resto del grupo atravesó las puertas del castillo y se dirigieron hacia el patio de armas, al punto en que las energías mágicas confluían.

Kenneth miró a Seelie. Parecía fatigada, pero su mandíbula determinada, alzada con orgullo, casi hacía olvidar las ojeras oscuras que rodeaban sus preciosos ojos. Quiso abrazarla, consolarla, asegurarle que todo iría bien. Pero se mantuvo distante, aunque eso destrozó su alma en mil fragmentos.

«No voy a permitir que te pase nada», le prometió en silencio.

Derwyddon llevaba un báculo en la mano, y con él dibujó en el suelo un

círculo, llenándolo de extraños dibujos arcanos. Colocó allí a Friggal. La muchacha parecía completamente ausente. Tenía la mirada desvaída y no dejaba de balbucear incoherencias, pero la suave voz del druida la mantenía calmada.

Kenneth, Gawin y Blake se colocaron en sus respectivas posiciones. Si trazabas una línea entre ellos, formaba un triángulo perfecto. Los tres desenvainaron las espadas cuando el viejo se lo ordenó, y fue de uno en uno, consagrando las armas con magia.

—Recordad que ni Friggal ni Gwynn deben cruzar el círculo de protección. Hay que mantenerlos dentro a cualquier precio. El Cazador es un mentiroso y un manipulador experimentado. Os susurrará e intentará convencerlos de que lo dejéis salir prometiéndoles cualquier cosa, y sonará tan convincente que, probablemente, llegaréis a considerar aceptar su oferta. Pero vosotros ya habéis experimentado el dolor en sus manos y habéis estado a su merced; solo recordad que nunca antes ha cumplido lo prometido, que todo son mentiras.

—Lo tenemos muy presente, druida —masculló Blake, recordando el infierno de infancia que había pasado en manos de la bruja.

—Desde luego —gruñó Gawin. Él había estado a punto de matar a la mujer que amaba estando poseído por el demonio. Nunca más iba a caer en sus tretas. Antes prefería morir.

—De acuerdo. Empecemos.

Derwyddon se puso al lado de Seelie, entre Gawin y Kenneth, fuera del triángulo imaginario que formaban los tres guerreros.

—¿Estás preparada? —le preguntó, poniéndole una mano tranquilizadora en el hombro.

—Sí —susurró ella.

«No lo estoy», pensó cuando el druida empezó a entonar el cántico que atraería a Gwynn hasta el círculo en el que estaba Friggal.

Tenía más que miedo. Estaba aterrorizada. Cuando tomó la decisión de ayudar al druida en su plan, estaba convencida de que era la única manera de tener una oportunidad de vivir en paz y sin miedo. Todavía estaba segura de ello. De lo que dudaba era de su propia capacidad de cumplir con su parte.

Derwyddon le había explicado que, gracias a su herencia mágica, era capaz de concentrar y transformar la energía que provenía de las líneas telúricas sin que estas la afectaran, igual que un crisol soporta las altas temperaturas en las que debe fundirse el metal para poder ser maleable. Lo único que tenía que hacer, era dejar que estas energías penetrasen en su cuerpo a través de sus pies descalzos, que se concentrasen en su estómago, y permitir que fluyeran hacia Derwyddon. Él las usaría para acabar con Gwynn.

En la teoría, parecía fácil. En la práctica, había resultado ser más difícil de lo

imaginado, por eso habían estado varios días entrenando incansablemente hasta que él creyó que ya estaba preparada.

«Puedes hacerlo», se dijo, y respiró hondo dejando que su cuerpo se relajara hasta que empezó a sentir el cosquilleo en las plantas de los pies.

Gwynn estaba furioso. Su estratagema con la criada no había salido como esperaba. La habían capturado antes de que pudiera llegar hasta el altar y sacrificar al niño en su nombre, lo que le habría dado el poder necesario para atravesar la cúpula de protección que proporcionaba el maldito altar de Cerridwen, enterrado bajo metros de tierra en el patio de armas de Aguas Dulces, y llegar por fin hasta la maldita bruja que tenía el poder de destruirlo y acabar con ella.

Pero no había sido posible.

Envuelto en un aura de cólera y el corazón lleno de resentimiento hacia los malditos humanos que habían osado interponerse en su camino, se movió entre las fisuras de la tierra reseca, deslizándose como un río de lava buscando el punto adecuado para estallar.

Tenía que llegar hasta el niño y hacerlo suyo. La impaciencia y la desesperación lo empujaron hasta la barrera mágica y chocó contra ella, intentando resquebrajarla. Lo único que consiguió fue que sus llamas furibundas se congelaran y un grito de agonía resonó al otro lado del velo.

Entonces, mientras se retorció de dolor, lo sintió. Un camino se abrió ante él, una pequeña grieta a través de la cual consiguió captar la mente de su esclava, Friggal.

Lo estaba llamando.

¿Cómo había conseguido burlar la vigilancia de sus captores? ¿De donde había sacado el conocimiento para abrir la brecha que le permitiría entrar?

Ni siquiera se planteó estas preguntas. En otro tiempo, cuando todavía conservaba su raciocinio, podría considerársele un ser inteligente y sagaz. Pero con su poder menguado y su mente trastornada, las preguntas pasaron a ser irrelevantes al lado de su codiciosa determinación.

Podía entrar en Aguas Dulces.

Podía llegar hasta la bruja, y matarla.

Kenneth observaba a su mujer de reojo. Estaba en una posición vulnerable, al

lado de Derwyddon, con una mano sobre el hombro del druida a través de la cual fluía la magia que el viejo utilizaba.

No le gustaba verla allí. Debería estar dentro del castillo, a salvo de todo. Hacía años, se había jurado amarla y protegerla; pero aquí estaba, permitiéndole ponerse en peligro solo porque un viejo loco se había propuesto acabar con un antiguo dios pagano. ¿Y qué importaba si Gwynn seguía libre? Era como un viejo decrépito que a duras penas podía caminar. Su poder era cada vez menor, y acabaría extinguiéndose por sí mismo, sin necesidad de que ellos hiciesen algo.

La cantinela del druida llenaba el aire y alrededor de Friggall empezaron a saltar algunas chispas, que chasqueaban con rabia hacia los pies de la muchacha, que parecía absorta, con los ojos en blanco y la mandíbula relajada, como si estuviera dormida.

Maldito viejo embaucador. La rabia contra Derwyddon creció en su alma. Ese viejo loco los estaba poniendo en peligro a todos. Seelie no debería estar allí, resplandeciendo en la noche como si fuese una estrella. Era su mujer, y le debía obediencia. ¿Acaso se había convertido en un inútil que no era capaz ni de controlar a su esposa? Era una mujer respondona y de corazón frío, dura como una roca, que ni siquiera se había conmovido cuando le suplicó su perdón por haber tomado por la fuerza lo que era su derecho. ¡Su derecho! ¿Acaso la esposa no estaba obligada a satisfacer al marido de buena gana y con una sonrisa en los labios?

«Ella te desprecia por ser blando —le susurró una voz en el oído—. ¿Cómo puede soportarte si eres un llorica incapaz de imponer tus decisiones? ¡Menudo guerrero! Te doblegas a ella como la mantequilla al fuego. Eres penoso. Pero esto puede cambiar si la alejas de la malsana influencia que ejerce el druida sobre ella. Mátao. Acaba con su vida y llévate a tu mujer de aquí para follártela hasta que no pueda caminar. Aunque grite y se resista. Aunque lllore y suplique. Enséñale cuál es su sitio: en tu cama y con las piernas abiertas, y para lo único que debería usar su boca, es para meter tu polla en ella».

—¡¡¡Noooooo!!!

El grito de Kenneth rompió el aire. Apoyó la punta de la espada en el suelo para evitar caer de rodillas, el cuerpo doblegado por la debilidad. Miró hacia el círculo y vio a Friggall rodeada por un halo de llamas ardientes, con unos ojos rojos inflamados de odio flotando sobre la frente.

—No conseguirás doblegarme con tus palabras, maldito demonio. No lo permitiré.

Gwynn dejó ir una risita siniestra que le puso los pelos de punta y dejó ir una oleada de odio que golpeó a todos en pleno pecho, dejándolos sin aire por un momento.

—Ilusos. —La voz pareció surgir de lo más profundo de una caverna, y su eco reverberó en el aire—. Soy Gronw Pebyr, el dios oscuro que trae las penalidades a este mundo. ¿Llew no os ha hablado de mí? —preguntó con voz melosa señalando a Derwyddon con un dedo de fuego—. ¿Os ha contado por qué quiere verme muerto? ¿A qué se debe su odio hacia mí? Seguro que no.

—¡No nos importan tus mentiras! —gritó Gawin, alzando la espada en su dirección, preparado para atacar si era necesario.

—Pero deberían importaros mis palabras. Su odio hacia mí viene de siglos atrás, de cuando su querida esposa me entregó su corazón. Derwyddon, has escogido un nombre muy singular al convertirme en carne y huesos y sangre —se burló—. ¿Sabéis que en la antigua tradición, derwyddon significa «el que tiene el corazón roto»? Patético incluso para ti, Llew. ¿Todavía no has superado que tu mujercita, la que fue creada para amarte solo a ti, me prefiriese a mí en su cama? ¿Que conspirase conmigo para matarte?

Gwynn soltó una carcajada que les puso los pelos de punta. Había mucha maldad en ella, y un aire frío como la escarcha les atravesó la piel a todos.

—Está utilizándoos para vengarse de mí. Pone en peligro vuestras vidas sin ninguna necesidad. Marchad. Idos a vuestras casas ahora, a copular con vuestras mujeres, y prometo olvidarme de esta afrenta. Os dejaré en paz, a vosotros y vuestros hijos, si cejáis en vuestro empeño de luchar contra mí.

—Me engañaste y utilizaste desde que era un niño —murmuró Blake—. Me obligaste a hacer cosas terribles que yo no quería.

—¿Estás seguro de eso, muchacho? —le preguntó Gwynn en tono paternalista, girando su mirada de fuego hacia él—, porque yo no sentí ninguna resistencia en ti. Disfrutaste cada momento que te proporcioné. Te sentías poderoso acatando mis órdenes, sintiendo el terror que infundías en la gente. Y las mujeres... ah, era un placer verlas correrse mientras te las follabas. ¿Recuerdas la sensación de supremacía que te embargaba cuando te suplicaban más? ¿Cuando te rogaban que siguieras? No les importaban las cadenas con las que estaban sujetas, ni el dolor que sentían cuando las penetrabas. Eras su amo y señor, y todas habrían hecho cualquier cosa por ti en aquel momento.

—¡¡Basta!!

El peso de la culpabilidad que Blake llevaba en los hombros por todo lo que había hecho en el pasado, por el dolor que había causado a tantas personas, le doblegó el cuerpo y lo hizo caer de rodillas, sollozando.

—No es verdad —murmuró, intentando convencerse de ello—. Fui tu marioneta. Lo que yo sentía, era lo que tú me obligabas a sentir. Lo que tú mismo sentías. No hubo placer en nada de lo que hice.

—Miéntete a ti mismo si es lo que quieres. A mí me decepcionaste. Estabas

destinado a convertirte en mi mano derecha. El mundo entero se hubiera arrodillado a tus pies si hubieras seguido a mi lado en lugar de traicionarme. ¿Y en qué te has convertido? En un don nadie, un simple guardia de un patán, un guerrero prescindible que encontrará la muerte más pronto que tarde y al que nadie recordará. Eres patético —escupió con desprecio y una lengua de fuego saltó a los pies de Blake, prendiendo en el suelo—. Todos sois patéticos, del primero al último. Y tú, Gawin MacKenzie, eres el peor. Te ofrecí el mundo y lo despreciaste por una mujer. ¡Una mujer! Preferiste morir a permitir que yo me divirtiera un rato. Por eso serás el primero en morir.

Las llamas que rodeaban a Friggal aumentaron de tamaño y un brazo de fuego con dedos incandescentes, se proyectaron hacia Gawin. Lo cogieron por el cuello, alzándolo del suelo sin ningún tipo de esfuerzo. El guerrero soltó la espada e intentó aferrar los dedos ardientes para deshacerse de ellos. La mano ardía y quemaba su piel, levantando ampollas y llenando el aire con el olor de carne quemada.

Blake lanzó un aullido y se abalanzó sobre aquel enorme apéndice que tenía prisionero a su amigo. Blandió la espada hacia arriba, dejándola caer con todas sus fuerzas. El filo cortó el aire y el fuego, y Gwynn lanzó un aullido de dolor. La mano desapareció. Gawin cayó al suelo de rodillas, luchando por volver a respirar, peleando contra el dolor.

—¡Eres un maldito! —gritó Blake—. ¡Acabaré contigo!

Se arrojó contra Gwynn sosteniendo la enorme espada con ambas manos, apuntando hacia la flamígera garganta. No sabía si cortarle el cuello serviría para algo, pero estaba ciego por la ira y el odio acumulado durante tantos años, y la necesidad de venganza era mucho mayor que su sentido común.

Una violenta ráfaga de aire caliente lo lanzó contra la pared, a varios metros de allí. El golpe fue feroz y Blake oyó el ruido que hicieron varias de sus costillas al romperse. Con un gemido, se sobrepuso al dolor y se levantó, presto a volver a atacar.

Pero Gwynn no le dio ocasión.

Giró sus ojos hacia la más desvalida de sus víctimas y centró la mirada en una inexpresiva Seelie, concentrada en reunir toda la energía mágica posible para facilitarle el trabajo a Derwyddon, que seguía con sus cánticos, ajeno a todo lo demás.

—Tú, la que podría haber sido mi reina, morirás.

Una lengua de fuego salió disparada hacia Seelie. Blake gritó. Gawin gritó. Kenneth se abalanzó sobre Gwynn mientras gritaba:

—¡Ahora, maldito druida!

Entró en el círculo en el que estaba encerrado el Cazador. Le asestó varios

golpes con su espada consagrada, cortando la lengua de fuego y desviando su atención de la mujer que amaba. Peleó con dureza, aguantando las llamas y el dolor, esquivando las manos flamígeras que querían abrasarlo. Utilizó todos los conocimientos que había adquirido a lo largo de los años en que había estado jugándose la vida en guerras y batallas inútiles, y consiguió que el maldito dios oscuro desviara la atención de su presa, poniendo a salvo a Seelie y distrayéndolo el tiempo suficiente para que el druida consiguiera terminar su ensalmo.

Gwynn gritó lleno de rabia y frustración cuando notó las paredes de roca que empezaban a crecer a su alrededor. La prisión mágica estaba cercándolo, naciendo del mismo centro de la tierra, utilizando las piedras consagradas del altar de Cerridwen que estaban a sus pies. Las runas sagradas brillaron en el aire y un terrible hedor ácido llenó el aire.

Los ojos flameantes de cólera se centraron en Kenneth, que había caído al suelo al perder el equilibrio a causa del temblor del suelo bajo sus pies. Una llamarada tomó la forma de una espada y se solidificó en un último estertor, volando dirigida con certera puntería hacia el corazón de Kenneth, atravesando la carne y el hueso hasta clavarlo en la tierra seca del patio de armas, mientras un charco de sangre se expandía a su alrededor y la vida lo abandonaba en un suspiro.

Gwynn gritó de rabia e impotencia. Las lenguas de fuego golpeaban la roca intentando liberarse del encierro, pero con cada violento contacto perdía más y más fuerza. El rojo de las llamas empalideció y su furia menguó mientras la prisión se cerraba a su alrededor. Las runas sellaron la trampa y el grito quedó atrapado junto a él, colisionando contra las pétreas paredes, congelándose al mismo tiempo que las llamas se convertían en polvo y caían al suelo como una fina lluvia de finales de primavera.

El menhir había surgido del suelo, formándose capa a capa alrededor de la figura de Gwynn. Al principio era translúcido y las manos humanas no podían tocarlo, como si lo que sus ojos veían fuese una imagen del otro lado del velo.

Los ojos de Friggal volvieron a la normalidad. Parpadeó, sorprendida de verse allí, bajo el cielo nocturno en el patio de armas. No dijo nada. Solo ahogó un grito y echó a correr, desapareciendo en la negrura totalmente aterrada.

Nadie se dio cuenta de que se había marchado de Aguas Dulces hasta horas después, cuando fueron a buscarla y no la encontraron por ningún lado. Había cogido sus pocas pertenencias y abandonado el que había sido su hogar durante toda su vida. Quizá por la vergüenza, o quizá por el miedo al castigo por lo que había hecho inducida por Gwynn.

Seelie abrió los ojos y suspiró. Estaba agotada. El esfuerzo había sido descomunal y se sentía como si hubiese estado caminando una semana entera, sin parar ni un minuto para descansar. Pensó en dejarse caer al suelo allí mismo y dormir sobre el frío suelo pero, cuando bajó la vista para considerar seriamente aquella opción, lo vio.

Kenneth.

Estaba en el suelo. Donde antes había estado su corazón, ahora había un enorme agujero. Un charco de sangre rodeaba su cuerpo.

Quedó paralizada por el torrente de emociones que la embargaron. Quería correr hacia él, arrodillarse a su lado, acunar su cabeza, y llorar. Gritar hasta desgañitarse.

Pero solo se pudo quedar allí, quieta, oyendo el repicar de su propio corazón dentro del pecho.

Dolía. Dolía mucho más de lo que podía recordar. Dolía tanto que parecía que la piel se le rasgaba desde dentro. Como si un animal enfurecido hubiera anidado en sus entrañas y estuviera arañando para poder salir.

Olvidó el rencor, el enfado, y sus equivocaciones; las noches en vela odiándolo por lo que le había hecho. Solo quedó el tremendo amor que había sentido por ella, y su sacrificio para mantenerla a salvo.

—No... —susurró, mientras un puño invisible le atoraba la garganta.

Negó con la cabeza, con furia, como si quisiera arrancársela, como si negándolo con violencia pudiese cambiarlo. Las lágrimas asomaron deslizándose por las mejillas como un torrente.

Y el grito que se había quedado atascado, salió por fin.

Fue un grito largo y angustioso, nacido del dolor y la desesperación. Como un animal herido, se lanzó al suelo, a su lado, sin que le importara mancharse de sangre.

El «no» se convirtió en una letanía repetida mil veces mientras recorría con las manos el cuerpo del hombre que había amado más que a su vida.

—Nonononononono...

Gawin y Blake se mantuvieron quietos, mirándola, solos. Derwyddon

intentó apartarla del cadáver, pero ella se resistió con uñas y dientes. Quería permanecer allí eternamente, no volver a separarse de él nunca jamás.

—Está muerto, cielo —le susurró el druida, pero ella se negó a escuchar sus palabras.

—¡¡¡Madre!!! —gritó, desesperada, entre sollozos—. ¡¡Tú puedes volverlo a la vida!!

Su grito no era una súplica; era una exigencia en toda regla.

—¡¡Hazlo, maldita seas!!

—Seelie...

Derwyddon le puso una mano en el hombro, en un vano intento por consolarla. Se la quitó de encima en un arrebato agresivo y lo fulminó con la mirada.

—No te atrevas —siseó con toda la rabia que sentía—. Malditos seáis, tú, las antiguas tradiciones y la magia. Maldito el día en que apareciste en nuestras vidas. Malditos tú, mi madre y el maldito demonio, así se pudra en el infierno.

—Hija mía...

La voz de Morgaine fue como un soplo de aire, como la leve brisa que mece las ramas de los árboles.

—Devuélvele la vida, madre —gimió Seelie, acariciándole la cara a Kenneth—. Devuélvemelo. No puedo vivir sin él.

—Casi no me quedan fuerzas...

—¡Me da igual! —replicó con toda la furia que tenía enquistada en el corazón—. Utiliza la mía. ¿No soy el Cáliz? ¿La dadora de vida y no sé cuántas cosas más? ¡Pues úsame! Que mi maldito poder sirva para algo bueno.

Morgaine miró a Derwyddon. Sentía el dolor de su hija como propio y no podía quedarse de brazos cruzados si en su mano estaba poder aliviarlo.

—Está bien. Lo haremos.

Kenneth no sentía nada. A su alrededor todo era negrura, pero no tenía miedo. Ni dolor. Ni rabia. Ni pena.

Pero tampoco había alegría, ni felicidad.

Estaba flotando en el agua, pero no gélida como la del mar cuyas olas rompían cerca de Aguas Dulces, sino cálida y acogedora. Era como si hubiera vuelto al vientre materno, donde estaba a salvo de todo y no debía preocuparse por nada.

Estaba en paz, eso sí. Pero una paz ausente, la que llega a causa de la ignorancia, o quizá, de la inocencia.

Estaba a gusto allí, pero había una sensación de zozobra en su corazón, como si hubiera olvidado algo muy importante y, aunque fuese incapaz de recordarlo, estuviese presente en sus pensamientos.

¿Qué era?

Se esforzó, pero fue inútil.

Hasta que una luz se abrió ante sus ojos y una voz le llegó hasta el corazón.

—Kenneth, mi amor, vuelve a mí...

La vuelta fue brutal. El pecho le ardía como mil demonios y tenía los pulmones paralizados. No podía respirar, y se ahogaba.

Abrió la boca, esforzándose, y manoteó para agarrarse a algo.

Un golpe en el pecho pareció abrirle la garganta por fin, y una bocanada de aire frío penetró en ella, deslizándose por la laringe y la tráquea hasta llenar, por fin, los pulmones.

Estaba vivo. No sabía cómo, o por qué, pero estaba vivo.

Abrió los ojos. Ante él estaba el rostro que más amaba. Seelie sollozaba con la frente pegada a la suya. Instintivamente y sin mediar palabra, la rodeó con los brazos y la pegó a su pecho. Ella se dejó abrazar. No intentó apartarse, ni lo miró con desprecio.

Al contrario.

Se aferró a él como si temiera que desapareciera, como si así pudiese evitar volver a perderlo. Le llenó el rostro de besos y caricias hasta que Gawin, intentando romper con aquel momento que les había desolado, dejó ir una de sus pullas.

—Deberíais buscar un pajar, o algo.

Seelie se rio. Por primera vez, no se sintió avergonzada de mostrar públicamente el amor que sentía por Kenneth. Lo amaba, sí, con todo su corazón. y precisamente por eso, era capaz de perdonarle sus faltas.

—Te amo, Seelie, mi vida, mi amor.

—Lo sé, lo sé. Cuando te he visto... pensé que te había perdido de nuevo y no fui capaz de soportar la idea.

—¿Pero cómo...?

—Mi madre. Cerridwen. O Morgain, como también se la conoce. Entre las dos conseguimos volverte a la vida.

—Igual que hizo con Gawin.

—Eh, ¿dónde está el druida? —preguntó Blake de repente.

Seelie miró a su alrededor. Kenneth se incorporó hasta quedarse sentado en el suelo, e hizo lo mismo.

No había ni rastro de Derwyddon.

—Supongo que su misión ha terminado y ha regresado a donde quiera que fuese su hogar —sospechó ella.

—Pues espero que sea feliz allí donde esté, y que jamás sienta la tentación de volver por aquí a causar más problemas —rezongó Kenneth.

Se levantaron del suelo sin separarse. Kenneth le rodeó la cintura con un brazo para pegarla más a su cuerpo mientras caminaban hacia el edificio. Blake y Gawin los siguieron en silencio. Lean los estaría esperando muy preocupado y tenía prisa por informarle de que todo había ido bien, echarlo de su dormitorio y hacerle el amor a su mujer.

Antes de cruzar el umbral, Seelie miró hacia atrás. Las runas que brillaban en el menhir habían desaparecido. ¿Cómo explicarían la súbita presencia de aquel pedrusco enorme en mitad del patio de armas?

Ya se les ocurriría algo.

Una luz brillante llamó su atención. Al lado de la roca, dos figuras la miraban con complacencia.

En el rostro de Cerridwen podía ver todo el amor que sentía por ella, su hija. Quizá había tenido que abandonarla siendo un bebé, pero siempre había estado a su lado, protegiéndola. Ahora lo sabía.

Derwyddon ya no era un anciano druida de pelo plateado. Mostraba por fin su verdadera apariencia, la de un guerrero dorado como el sol y fiero como una tempestad. El Dios Que Regresa, el guerrero de la luz, el que rescata a la doncella de las flores y trae la primavera.

Sí, había cumplido su cometido. Había traído de regreso la primavera a su corazón, y nunca se lo agradecería lo suficiente.

Epílogo. El futuro.

En la actualidad.

El llanto del recién nacido resonaba por todas las estancias del castillo de Aguas Dulces. En el cielo nocturno, la luna resplandecía en todo su esplendor y las estrellas titilaban, celebrando el nuevo nacimiento.

En la quietud solitaria de lo que antaño había sido el patio de armas, al lado del gigantesco menhir que seguía manteniendo en su prisión al Cazador Salvaje, dos figuras etéreas flotaban sobre el suelo, medio transparentes, emitiendo una luz iridiscente que, a pesar de ser intensa, no podía ser percibida por ojos humanos.

Una de ellas era una mujer. Tenía largos cabellos negros que le llegaban hasta los pies, y su piel era tan blanca que parecía que el sol nunca la había tocado. En sus ojos violetas había un rastro de tristeza, pero sonrió cuando miró a su acompañante.

—Acaba de nacer un nuevo MacDolan. Su llanto es fuerte. ¿Lo puedes oír, Twain?

—Por supuesto, Morgaine —contestó el hombre.

Twain ya no tenía aspecto de viejo druida. Hacía siglos que había abandonado su disfraz de Derwyddon y había adoptado la forma que le correspondía. Era un guerrero alto y fuerte, de anchos hombros y manos poderosas. Tenía el pelo dorado atado con trenzas que caían alrededor de su cabeza. Sus ojos azules irradiaban un poder que ningún humano era capaz de asimilar y ponía de rodillas hasta a los guerreros más intrépidos. Iba vestido de cuero y en el cinto llevaba una espada que, decían, solo había habido un hombre que había sido capaz de empuñarla, además de él.

—Otro guardián para Gwynn —sonrió Morgaine.

Twain suspiró y se movió alrededor del menhir que todavía tenía muy visibles las runas que había incrustado en ellas.

—A veces, me pregunto si todo lo que hicimos ha servido para algo. No es que la humanidad haya conseguido vivir en paz.

—¡Por supuesto que sirvió! —lo riñó Morgaine, girándose hacia él para fulminarlo con la mirada—. La humanidad es un recipiente que contiene las dos semillas, la del bien y la del mal. Es decisión de cada uno de ellos cuál quieren hacer germinar. Sin interferencias de ningún tipo, es solo cuestión de su libre albedrío y solo ellos son responsables de sus actos. Si no hubiéramos detenido a Gwynn, habría acabado forzando al mal a todos y cada uno de ellos. Hasta al alma más pura. Y la humanidad no habría avanzado como lo ha hecho. Seguiría

en una perpetua edad oscura, sin comprender el mundo que la rodea.

—Supongo que tienes razón.

—¿Pero?

—¿Por qué sabes que hay un pero?

—Te conozco, Twain. Siempre hay un pero para ti.

Twain sonrió y asintió con la cabeza. Ella lo conocía demasiado bien.

—Me preocupa el resurgimiento de los cultos ancestrales. Comprendo que una pequeña parte de la humanidad se sienta incómoda con estos tiempos y busquen una manera de volver a sus orígenes. Supongo que es intrínseco en ellos cuando se sienten perdidos. Pero temo que alguien, en su ignorancia, sea capaz de invocar y liberar al Cazador Salvaje.

—No te preocupes. Si eso llegara a ocurrir, tenemos a muchos campeones capaces para luchar contra él. Y acaba de nacer uno más —añadió, escuchando con una sonrisa el llanto del recién nacido.

—Eres la más sabia de todos nosotros, Cerridwen.

El sol mostró los primeros rayos que anunciaban el amanecer. Twain cogió la mano de Morgaine y la miró con una sonrisa en el rostro.

—Es hora de que volvamos a Avalon —le dijo.

Ella asintió con el corazón lleno de tristeza.

—Sí. Volvamos a casa.

INOCENCIA ROBADA.

Sophie West.

Lady Prudence Amelia Worthington nunca ha sido amada. Su padre la desprecia aunque ella no sabe por qué y, cuando cumple los diecisiete años, la obliga a casarse con el marqués de Stratford, un hombre cuarenta y tres años mayor que ella, cruel y déspota, que abusa y la maltrata constantemente. Su único refugio es el recuerdo del conde de Merton, el hombre al que le entregó su virginidad el mismo día de la fiesta de su compromiso.

Vincent Bouchamp, conde de Merton, tiene una deuda pendiente con Stratford. El odio hacia este hombre es descomunal y, cuando su afligida prometida le ofrece la oportunidad de arrebatarse la virginidad, no lo duda ni un instante. Pero esa pequeña venganza no es suficiente y Merton necesita mucho más para restañar las heridas de su alma.

Lo que lady Prudence y lord Merton no podrían llegar a imaginar jamás, es que el amor es capaz de nacer hasta en las circunstancias más crueles y complicadas.

DOMA. LUCHA DE SUMISIÓN.

Mamba Negra

Danielle visita todos los días la cafetería que hay en frente de las oficinas de su trabajo y ahí está él; Jared. Un seductor camarero que no ha podido evitar que llame su atención.

Quiere jugar con él, someterlo, hacer de él un esclavo sexual con el que disfrutar. Sin embargo, ¿Jared será capaz de someterse?

Dos dominantes comenzarán una guerra por el poder y traspasarán barreras en las que sus sentimientos se verán involucrados.

Danielle y Jared. Dos Amos respetados en el mundo del BDSM.

¿Quién ganará la batalla?

Y lo más importante, ¿podrán dejar el juego una vez iniciado?

Descúbrelo en DOMA.

Arde de placer con esta intensa historia llena de erotismo, BDSM, y por supuesto, romance.

No apto para corazones débiles.

ALGO AUN MÁS GRANDE (Algo muy grande, 2)

Kattie Black

Han pasado cinco años y Amber ha encarrilado su vida. Ahora estudia robótica en la universidad, se ha independizado y ha decidido casarse con su novio, Mike, el hombre ideal con el que tendrá hijos pelirrojos como siempre ha soñado. Todo parece ir sobre ruedas, pero la sombra de Donovan, su padre mafioso, vuelve a alcanzarla cuando sus enemigos secuestran a su prometido. Furiosa y dispuesta a todo, Amber contacta con la única persona en el mundo que puede ayudarla a recuperar a su novio: Eric, el mercenario con el que vivió la mayor aventura de su vida.

Después de cinco años sin noticias de Amber, Eric responde a su llamada para acudir en su ayuda, dándose cuenta de que el tiempo y la distancia no han sido suficientes para apagar las llamas de una pasión que

surgió como una tormenta de verano. ¿Podrán ignorar sus impulsos para trabajar juntos y rescatar a Mike? El dilema está servido.

Sumérgete de nuevo en el intenso mundo de Amber en una aventura llena de erotismo y acción.

MÁS INFORMACIÓN
SOBRE LAS NOVELAS DIRTY BOOKS,
EN NUESTRA
[PÁGINA WEB](#)